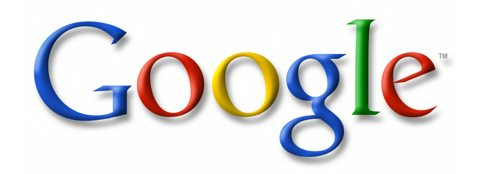


Leo. Eloesser -
90 Post St.
San Francisco 2- California
U.S.A. - -

Favor acusar recibo -

# VIAJES DE LIONEL WAFER

AL

ISTMO DEL DARIÉN

# VIAJES

DE

# LIONEL WAFER

AL

# ISTMO DEL DARIÉN

(CUATRO MESES ENTRE LOS INDIOS)

TRADUCIDOS Y ANOTADOS

POR

VICENTE RESTREPO

BOGOTÁ—1888
IMPRENTA DE SILVESTRE Y COMPAÑÍA
*Director, Antonio María Silvestre*

# PROLOGO.

La excavación del Canal de Panamá da grande interés de actualidad á todo lo que se refiere á aquella parte del territorio colombiano. Al extremo oriental del Istmo se extiende una región privilegiada, cuya historia empieza por la repetición del drama sangriento de Caín, (1) continúa con las depredaciones de los bucaneros y termina con el abandono casi completo, motivado por la sublevación general de los indios, en el primer tercio del siglo XVII, de aquella rica comarca conquistada sobre la barbarie.

El siguiente pasaje de un oficio dirigido por D. Andrés de Ariza, en 1778, al Excelentísimo Señor D. José de Gálvez, Secretario del Consejo de Indias, prueba hasta dónde llegaba en su tiempo la inseguridad en el Darién: "Suplico á Vuestra Excelencia se sirva, como tan activo y celoso ministro, poner los medios más convenientes á conseguir de Su Majestad aquel poderoso incremento que logró esta Provincia y la hizo tan célebre, y con razón, pues toda ponderación parecería hiperbólica, si se hubieran de manifestar menudamente las riquezas que por experiencia se sabe que encierra, tanto en sus copiosísimos y fáciles minerales de oro, como en la fertilidad de la tierra, propensa á exquisitos frutos, cuyas utilidades tienen truncadas las crueles asechanzas de los cobardes indios. En muy pequeñas partidas, amparadas de la fragosidad de la selva y del favor que les presta lo intrincado de los montes, para no poder ser perseguidas de los pocos que aquí somos, el incauto pasajero perece en sus manos, sin que, por no causar estruendo la saeta, sepa de dónde se la disparan, hasta que de su herida alevemente espira.

"Esta es la causa fundamental para que se haya apodera-

(1) La muerte alevosa dada á Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Pacífico, por orden de Pedrarias Dávila.

do de un gran terror pánico el ánimo de estos míseros vasallos del Rey, que apenas son osados á salir de sus pobres chozas al beneficio de sus labores, pues no yendo seis ú ocho juntos, y bien prevenidos con armas de fuego, es cuasi imposible emprender faena; por lo cual la Provincia se halla tan despoblada, pues aunque infinito número de habitadores desean venir á ella para gozar la comodidad de su benigno temperamento y demás conveniencias que ofrece para pasar descansadamente la vida, no se determinan por el inminente peligro de perderla."

Si consideramos la admirable situación topográfica del Istmo del Darién entre dos océanos, y nos fijamos en la riqueza de sus filones y aluviones auríferos, en la sorprendente feracidad de su suelo, ponderada por Laet, Wafer, Ariza, Pérez, Selfridge, etc; en la bondad de su clima, reconocida por todos los exploradores de esa comarca; en la abundancia de las aguas navegables que atraviesan su territorio, es natural preguntar ¿por qué no es hoy la parte más poblada, rica y floreciente de Colombia? Sería demasiado extensa la dilucidación de este punto; bástenos resumirla en unas pocas juiciosas palabras que tomamos de la *Historia eclesiástica y civil* del señor J. M. Groot: "Pero es preciso saber que por sus riquezas atrajo sobre sí su decadencia y desgracia. El Darién era una linda doncella que tuvo una madre que no supo cuidarla, y los libertinos la pusieron en un estado deplorable. La codicia de los extranjeros (los bucaneros, filibusteros, etc.) y las malas pasiones de los naturales, incitadas por aquéllos, hicieron la desgracia de esa Provincia llamada á ser la más rica y feliz de la Nueva Granada."

Unas pocas citas bastarán para confirmar la verdad de lo que afirmamos. Dice D. Andrés de Ariza: "Aunque todo lo expuesto abiertamente manifiesta la suma riqueza de esta Provincia, la hace mucho más abundante y recomendable, no sólo la proporción de los ríos para los fáciles trasportes del comercio y tráfico de las gentes, hallándose el nacimiento de ellos en paraje eminente para dirigir con mucha facilidad sus corrientes al útil beneficio de los metales, sino también que en todo el terreno, sea ó no mineral, es la tierra fertilísima para producir copiosamente todo género de frutos de temperamento caliente.

Los que en ella se cogen son de mayor magnitud y sustancia de los de otras partes; sólo con el cacao, café y añil puede hacerse una de las más poderosas de este Reino.

"El territorio de Cana es el más fértil de toda la Provincia, pues cogiéndose los frutos de temperamento caliente, puede también producir los del frío, por conocerse allí las distribuciones del año.

"Lo más especial de todos los ríos de esta Provincia se admira en que cuanto más se aproximan á sus cabeceras son mucho más fértiles, abundantes y hermosos por los llanos que tienen por sus márgenes."

En lo tocante al clima, nos bastará citar la opinión de uno de los recientes exploradores de esa región, Mr. T. Oliver Selfridge:

"Que el istmo del Darién es mucho más sano que el de Panamá, es no solamente la unánime opinión de todos los anteriores exploradores, sino que está plenamente probado por la experiencia de esta expedición, la que, constando de 280 hombres, sólo perdió uno, y éste porque se ahogó. Téngase en cuenta que todos han estado expuestos á la prueba de un trabajo constante á la intemperie. La fiebre que da en el Darién es muy distinta de la de Chagres; no deja ninguno de los malos efectos de ésta en la organización, y proviene más bien de las fatigas y privaciones que de causas climatéricas....

"No tengo duda de que con alojamiento propio y buena alimentación, la excavación de un canal por el istmo del Darién sería menos insalubre que en muchos puntos de los Estados Unidos donde se remueve por primera vez el suelo virgen."

M. Wyse confirma la opinión de Selfridge.

De las riquezas minerales del Darién nada tenemos que decir. Nos referimos á los capítulos *Panamá y Darién* y *La mina de Espíritu-Santo* de nuestro *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia.*

Cuando las poderosas dragas, á impulso del gran genio de M. de Lesseps, abren el cauce por donde se unirán dos océanos, parécenos oportuno sacar del olvido aventuras, descripciones y recuerdos, viejos de dos centurias, que se refieren al territorio del Istmo, cuyas selvas deseamos se muden pronto en amenas campiñas y en florecientes ciudades.

Este modesto trabajo, al que hubiéramos podido dar el título de *Historia de una tribu*, tiene también el alcance de una tesis filosófica. Cotejando los usos y costumbres de la interesante tribu en medio de la cual pasó Lionel Wafer algunos meses á fines del siglo XVII, con los de los aborígenes del Darién en la época de la Conquista, y extendiendo luégo la comparación á los indios que viven aún en toda esa comarca, hemos visto comprobadas hasta la evidencia las verdades que el abate Moigno enuncia en los siguientes términos:

"Es un dogma filosófico é histórico positivo que el progreso entre los pueblos salvajes no procede jamás de una presión interior y espontánea, sino de una impulsión exterior y extranjera.

"Todos los pueblos salvajes, aunque originarios de razas civilizadas, abandonados á sí mismos, están condenados á una barbarie eterna ó á una destrucción universal."

Es fácil cerciorarse de la exactitud de este aserto, recordando la triste historia de las tribus de toda la América que lograron conservar la independencia después de la Conquista; unas han desaparecido, otras se han sometido al fin y las demás continúan sumidas en la ignorancia y la barbarie. En el caso particular del Darién la lectura de las numerosas notas que hemos agregado en la parte del texto que se refiere á los indígenas bastará para ilustrar asunto tan interesante. Unas hemos tomado de los historiadores y cronistas de la conquista, y las hemos puesto en primer lugar; otras de los informes de D. Andrés de Ariza, de fines del siglo XVIII; otras, en fin, son sacadas de las relaciones de algunos de los últimos exploradores del Darién: Eduardo Cullen, que estuvo allí en 1849, 50 y 51; Lionel Gisborne en 1852; Agustín Codazzi en 1854 (los manuscritos de éste fueron utilizados por el señor Felipe Pérez para escribir la geografía de Colombia); Oliver Selfridge en 1854, y Luciano Napoleón Bonaparte Wyse y Armando Reclus en 1876 y 1877. (1) El General Joaquín Acosta, que vi-

(1) El último viajero que ha escrito sobre las costumbres de los indios del Darién es el señor D. Ernesto Restrepo, hijo del traductor de estos Viajes, quien visitó esa hermosa comarca en 1887. Su relación nos parece en esta parte la más completa y la que manifiesta una observación más atenta de las tribus que visitó. De sus *Apuntes de Cartera*, publicados en el número 11, año VII del

sitó las márgenes del golfo de Urabá en 1820, dice, de acuerdo con nosotros: "Los indios cunas y caimanes conservan, con el lenguaje, muchos rasgos del carácter primitivo y de las creencias y hábitos de los antiguos habitantes, como nos los describen los historiadores."

Hemos anotado los progresos hechos por los indios en cerca de cuatro siglos, progresos bien insignificantes por cierto, y que se reducen: al uso del vestido en ciertas circunstancias; al empleo de la vela que han agregado á sus barcas; á la sustitución frecuente de la flecha por la escopeta en las cacerías, y á la aplicación del hacha y del machete al cultivo de la tierra. En cambio de esto han renunciado generalmente á muchos de los ricos adornos, en particular de los de oro, con que antes se ataviaban en sus fiestas. Pero lo que es más sensible es que han degenerado física y moralmente, como lo dicen Gisborne y Wyse, y que perdiendo algunas de sus virtudes primitivas, las han cambiado por vicios detestables. "El ejemplo de los hombres de color—dice Wyse—quienes tan frecuentemente los han engañado, los ha vuelto falsos, vengativos y ebrios."

Nuestro trabajo no ha dejado de presentar algunas dificultades. Como el Darién estaba ocupado por diversas tribus, algunas de ellas ofrecían marcadas diferencias en sus costumbres, como sucede en un mismo país entre los habitantes de distintas provincias; así, por ejemplo, los indios de Cueva (golfo de San-Blas), y los de Carreto, en la costa atlántica, eran muy licenciosos y se entregaban á prácticas abominables, mientras que las tribus del interior eran sencillas y morigeradas. Pero en medio de estas desemejanzas se encuentran numerosos rasgos que son comunes á las tribus indígenas conocidas con los nombres de *mandingas*, *bayanos*, *cholos*, *darienitas*, *payas*, *cunacunas*, *caimanes*, *cunas*, etc.; son estos rasgos los que hemos querido hacer resaltar, como prueba de que todas estas tribus pertenecen á una misma raza.

Dos motivos han contribuído poderosamente á que la raza istmeña se conserve sin mezcla: el uno es la resistencia tenaz que en todo tiempo han opuesto los naturales á la ocupación

*Repertorio Colombiano*, tomamos, para formar un capítulo aparte, lo concerniente á las costumbres de los payas y tapalisas.

de su territorio por los extranjeros; y el otro es que tienen por regla "no contraer matrimonios con extranjeros ó con gentes que hablan distinta lengua." (1)

Cuando acompañábamos con placer en nuestro estudio á los pobres hijos de las selvas del Darién en sus correrías, fiestas y ocupaciones diarias, nos sorprendía el que Wafer no dijera nada de sus creencias religiosas, y aunque Raveneau de Lussan, que estuvo allí muy de paso, asegurase con suma ligereza que "no hay señal de religión ni de conocimiento de Dios entre ellos," por más que cavilábamos no podíamos comprender que una tribu humana y morigerada, que obedecía los preceptos de la ley natural, donde los afectos del matrimonio eran conocidos y respetados, y se castigaba severamente al homicida, al ladrón y al que tomaba mujer ajena, no tuviera alguna creencia y no buscara en el bien que practicaba algún fin elevado, que sólo las ideas de Dios y de la inmortalidad del alma pueden inspirar. Nuestras dudas no eran infundadas, y cuatro autores, uno de la conquista y tres de nuestro tiempo, vinieron á darnos la razón. El primero, Pascual de Andagoya, dice lo siguiente: "Queriendo saber de estas gentes si tenían alguna noticia de Dios, se halló que tenían noticia del diluvio de Noé, y que se escapó en una canoa con su mujer é hijos, y que después se había multiplicado el mundo de éstos; y que había en el cielo un Señor que ellos le llamaban Chiripira, y que hacía llover y las otras cosas que del cielo bajaban."

El viajero francés D. Carlos Saffray no es menos explícito, dice así: "En Quibdó cultivé relaciones con un indio anciano llamado Comagre, descendiente del Cacique Comagre, que fué jefe de una tribu numerosa y rica del Darién en el tiempo de la Conquista. El anciano había recibido intacta de su padre la tradición de los acontecimientos notables que pasaron entonces en su país.... No se cansaba de hablarme en nuestras largas veladas de las costumbres de sus antepasados, sus creencias en Dios y en otra vida y el culto de los muertos."....

M. Wyse, en su última obra, *El Canal de Panamá* (1886), se expresa en estos términos: "Las ideas religiosas de los cunas son vagas y confusas.... En general creen en un Ser Supremo

(1) Bancroft. Véase además á Gisborne y Wyse.

y en la vida futura, puesto que dejan cerca de los muertos provisiones para el *gran viaje.*" Véanse, además, en el capítulo *Costumbres de los indios payas y tapalisas* las declaraciones explícitas del señor D. Ernesto Restrepo sobre esta materia.

Estos pasajes confirman, por lo que toca al Darién, la conclusión que formuló el sabio americanista M. Alcides D'Orbigny en los términos siguientes: " Aunque muchos autores hayan rehusado toda religión á los americanos, es evidente para nosotros que todas las naciones, aun las salvajes, tenían una cualquiera. Hasta en el seno de las selvas cien veces seculares del Amazonas, entre esas tribus cuyas costumbres atroces nos repugnan, la noción de un mundo y de seres superiores se comprueba más y más á medida que logramos penetrar algún poco el secreto de aquellas soledades.". . . .

Hace veinticinco años que hicimos la traducción de los Viajes de Wafer sobre el texto francés, la que fué publicada en el *Repertorio Colombiano* en 1880 y 1881. Hemos revisado y corregido cuidadosamente esa traducción sobre el original inglés.

En seguida publicamos un estudio sobre la vida y los escritos de Lionel Wafer; y como complemento y natural desarrollo de sus Viajes, reproducimos al fin del libro una relación de las depredaciones de los bucaneros en el Istmo de Panamá, que escribimos en 1884 consultando para ello gran número de obras antiguas y modernas.

VICENTE RESTREPO.

---

# VIDA Y ESCRITOS DE LIONEL WAFER.

---

No nos ha sido posible hallar la más leve noticia biográfica sobre el cirujano inglés Lionel Wafer. Para decir algo de él tendremos que limitarnos á entresacar lo poco que de sí mismo refiere en sus cortas relaciones de viajes.

Wafer nació en Inglaterra. Pasó parte de su juventud en el norte de Irlanda, y recorrió varios lugares de la parte alta de Escocia. Entendía muy bien el dialecto irlandés, y no es dudoso que la vista de las montañas y de los sitios pintorescos de Escocia despertara en su viva imaginación el deseo de los viajes.

En 1677 entró al servicio del cirujano del navío mercante la *Grande Ana*, de Londres, y estuvo en Bantam, en la isla de Java, y en Jambi, en la de Sumatra. Pero era tan joven aún, que sus observaciones no vinieron á parar en nada.

De vuelta á Inglaterra, en 1679, emprendió un segundo viaje, á bordo de un buque que se dirigía á las Indias occidentales. Pasó á Jamaica, donde tenía un hermano empleado en una plantación. Se estableció durante algunos meses en Puerto–Real, y allí ejerció la cirugía. Al fin se embarcó para Cartagena. Habiéndose encontrado con varios armadores en esa costa, siguió con ellos á la isla de Oro, de donde pasó al puerto de Bastimentos el 5 de Abril de 1680. Reunido allí á muchos otros bucaneros, atravesaron el istmo del Darién, bajo el mando del capitán Bartolomé Sharp, tomaron la reciente ciudad de Santa–María, y después de tentativas inútiles sobre Panamá, cambiaron de designio y se dirigieron á las costas del Perú. Tomaron la pequeña ciudad de Ilo, intentaron en vano apoderarse del puerto de Arica. Volviendo otra vez hacia el norte, divididos y disgustados con la conducta floja de Sharp, los bucaneros se separaron en dos grupos en la isla de Plata. Uno de ellos, entre los cuales estaba Wafer, siguió al golfo de San–Miguel, al mando de Guillermo Dampier. Saltaron á tierra el 1º de Mayo de 1681, temiendo á cada instante encontrarse con los españoles. Después de cinco días de penosa marcha, le sucedió á Wafer un accidente grave que le obligó á quedarse atrás con cuatro de sus compañeros, cansados ya: una pipa acercada imprudentemente á un plato en que se secaba pólvora, hizo que se le quemase una ro-

dilla, habiendo sido destruída la carne hasta el hueso. Sin embargo, caminó aún cinco días, hasta que sintió un vivo dolor y se consideró sin fuerzas para seguir por más largo tiempo al través de los ríos y de las selvas. Se quedó en medio de los indios salvajes del Darién, que le curaron la herida con yerbas.

Pasó al principio grandes trabajos y fatigas entre ellos, pero al fin supo ganarse completamante el cariño de su jefe Lacenta. Durante cerca de cuatro meses que estuvo con ellos pudo estudiar atentamente el país y sus riquezas naturales, y conocer á fondo las costumbres y el lenguaje de sus habitantes. Habiendo conseguido de Lacenta permiso de volver á Inglaterra, después de muchos ruegos y promesas, se dirigió con sus compañeros y con una comitiva de indios á la costa del mar de las Antillas. Dampier cruzaba casualmente en esa costa, y deseoso de tener alguna noticia de sus amigos, se acercó á tierra, donde estaban Wafer y los suyos esperando.

Dampier y Wafer viajaron largamente juntos entre las islas y la costa oriental de la Nueva Granada y parte de Venezuela. Llegaron en Abril de 1682 á la isla de la Tortuga, donde se separaron. Wafer acompañó al capitán Yanki á la isla de Vaca; allí fueron despojados por los bucaneros franceses y puestos en tierra. El capitán Tristián, uno de ellos, condujo á su bordo á unos nueve ó diez, y los llevó muy cerca del Pequeño-Goave, en la isla de Santo-Domingo. Estando él con parte de su gente en tierra, se hicieron dueños de su buque, volvieron á la isla por sus compañeros y se dirigieron á la costa de Virginia en Abril de 1683. Allí estaba ya Dampier, y tanto él como Wafer se pusieron bajo las órdenes del capitán Cook, que se preparaba para una larga expedición al mar del sur.

El 23 de Agosto de 1683 se hicieron á la vela, tocaron en algunas islas cerca del Cabo Verde, costearon el Africa, doblaron la Tierra del Fuego y siguieron lentamente su viaje cerca de las costas de Chile, Perú, Ecuador, Nueva Granada y Guatemala, deteniéndose en algunos puertos é islas, en los cuales ejercían su oficio de piratas.

En el puerto de Realejo, en Guatemala, se separaron por la última vez Dampier y Wafer. Este se volvió con el capitán Davis, por el mismo camino que acababa de recorrer.

Se dieron á la vela el 27 de Agosto de 1685. En ese último viaje, que duró hasta el mes de Mayo de 1688, sufrieron mucho de la fiebre y de otros contratiempos, y tuvieron que combatir con los españoles en varios puntos. Algunos incidentes de este viaje merecen relatarse.

"Habiendo saltado á tierra, dice Wafer, en Vermejo (sobre la costa del Perú), á diez grados de latitud sur, con treinta hombres en busca de agua y de provisiones, caminámos unas cuatro millas, subiendo por

una bahía arenosa; toda ella estaba cubierta de cuerpos de hombres, mujeres y niños. Eran tantos que uno hubiera podido pasearse por el espacio de media milla tropezando á cada paso con un cadáver. Esos cuerpos parecía que no tuvieran más de una semana de yacer sin vida, pero si se les tocaba, se les hallaba tan secos y ligeros como una esponja ó un pedazo de corcho. Al cabo de algún tiempo vimos una humareda, y siguiendo en su dirección nos encontrámos con un anciano, mestizo, que buscaba en la ribera algunas yerbas secas para preparar unos pescados que sus compañeros de bote habían cogido. Le hicimos muchas preguntas en español sobre el lugar en donde nos hallábamos y cómo habían venido allí á dar esos cuerpos; á lo cual nos contestó, que en los tiempos de su padre, el suelo, actualmente estéril, se veía verde, bien cultivado y lleno de frutos. Que la ciudad de Vormia había sido habitada por los indios, quienes eran tan numerosos que habían podido pasarse de mano en mano un pescado á veinte leguas de distancia del mar hasta ponerlo en manos del Rey ó Inca. Y que la razón por la cual se veían allí tantos cuerpos era porque cuando vinieron los españoles y bloquearon y sitiaron la ciudad, los indios prefirieron hacer hoyos en la arena y sepultarse vivos, más bien que quedar á merced de ellos. Los hombres tienen todavía sus arcos rotos y las mujeres sus husos, en los cuales se ve envuelto hilo de algodón. Hice trasportar á bordo el cuerpo de un niño de nueve á diez años de edad, con intención de llevarlo á Inglaterra, pero los marineros me hicieron desistir por su ridícula superstición de que la brújula no señalaría el rumbo rectamente mientras el cuerpo estuviera á bordo. Con gran disgusto tuve, pues, que arrojarlo al mar.

"Otra cosa singular tengo que referir. Abordámos en un lugar llamado Santa (situado á ocho grados cuarenta minutos de latitud sur); nos internámos á tres millas de distancia de la ribera para ir á la ciudad, pasámos una colina baja, y en un valle entre ésta y la ciudad vimos sobre el terreno tres buques pequeños de 60 á 100 toneladas cada uno, en muy mal estado. Esto nos causó grande admiración y nos movió á pensar cómo habían llegado allí esas naves. Siguiendo nuestro camino interrogámos á un indio. Díjonos que cosa de nueve años antes esos buques estaban anclados en la bahía, cuando sobrevino un terremoto é hizo retirar las aguas del mar á pérdida de vista. Así permanecieron durante 24 horas y luégo volvieron, subiendo y rodando con tal violencia, que llevaron los buques por entre la ciudad, que estaba entonces edificada sobre la colina y los dejaron en el valle. El terremoto destruyó una considerable extensión de la costa. Esta relación nos fue confirmada en la ciudad por el Cura y por otros muchos de sus habitantes....

"Llegámos á la isla de Juan Fernández á fines del año de 1687. Tres ó cuatro de los nuestros (1) que habían perdido al juego todo el dinero que tenían y que no querían regresar de estos mares tan pobres como vinieron, resolvieron quedarse en la isla, y esperar que otros corsarios se acercasen. Dímosles una pequeña canoa, una olla, hachas, machetes, maíz y otras cosas necesarias. Después supe que habían sembrado maíz, domesticado cabras y alimentádose de pescado y de aves; hay en especial una de color gris, del tamaño de un pollo, que hace hoyos en la tierra como el conejo. Ocúltase allí durante la noche y de día sale á coger peces. Es un animal acuático, y aunque tiene algún sabor de pescado, es de bastante buen gusto después de haberlo enterrado un poco. Oí decir que estos hombres fueron llevados á bordo de un buque corsario que abordó á la isla uno ó dos años después (2), y que uno de ellos ha venido después á Inglaterra.

"Estábamos prontos á salir de este mar para doblar la Tierra del Fuego. Antes de llegar al cabo de Hornos experimentámos una terrible tempestad que duró cerca de tres semanas. No vimos el Cabo, pues nos hallábamos á una gran distancia al sur, á 62 grados 45 minutos de latitud; ni sabíamos qué camino tomar, porque no teníamos á bordo un marino entendido. Siguiendo rumbo hacia el norte en los días de Navidad, encontrámos muchas islas de hielo, que de lejos parecían de tierra. Las había desde media milla de extensión hasta una y dos leguas. Costeando la más grande de todas, que tendría de 400 á 500 pies de altura, echámos la sonda y no hallámos tierra, lo que nos hizo concluír que eran islas flotantes. Se veían tan bien durante la noche, que podíamos fácilmente evitarlas. Mas había algunas debajo del agua que chocaban con nuestro navío, pero que no le causaron ningún daño.

"Mientras estuvimos doblando la Tierra del Fuego el tiempo estuvo tan tempestuoso y el sol y la luna tan oscuros, que no pudimos tomar ninguna observación de la latitud, pero por el reconocimiento que hicimos nos hallábamos como á 63 grados de latitud sur, que es la parte más distante á donde haya llegado hasta hoy un europeo. Cuando nos vimos á 62 grados 30 minutos, creímos deber volver al norte hacia el mar Atlántico y nos dirigimos al momento al noreste, conservando el mismo rumbo por muchos días.

"Sufrimos error respecto de la variación del compás, de tal manera que habiendo llegado á la latitud del río de la Plata, cuando creíamos hallarnos á cien leguas de la ribera, estábamos aun en realidad á quinientas leguas de distancia. Anduvimos algunos centenares de leguas al

(1) Cinco, dice Dampier.

(2) El capitán Juan Strong los tomó á bordo del *Welfare* en Octubre de 1690.

oeste en la misma latitud sin hallar señales de tierra. Temiendo nuestros hombres que siguiéramos aún un camino errado, y viéndose todos en peligro de perecer por falta de provisiones y de agua se descorazonaron. Quiso Dios enviarnos en esta emergencia una lluvia copiosa; llenámos muchos barriles de agua, que nos fue de grande alivio y levantó nuestros ánimos por algún tiempo. Pero habiendo andado 450 leguas en la misma latitud sin encontrar tierra, esto dio origen á un nuevo alboroto, en el cual estuvimos á pique de hallarnos todos de acuerdo. Los más querían que se cambiara de rumbo, pues juzgaban que el que llevábamos tenía que ser errado; pero el capitán Davis y Mr. Knott, el patrón del buque, les pidieron por el amor de Dios que continuasen navegando en la misma dirección por dos días más, á lo que accedieron. No había pasado el término convenido cuando un viento de oeste nos arrojó una bandada de langostas y de otros insectos, lo que nos dió la seguridad de que la tierra estaba próxima. Si esto no hubiera sucedido providencialmente, habríamos cambiado de rumbo, pues los más de los nuestros, que eran hombres muy ignorantes, estaban persuadidos de que se hallaban en el mar del Sur, y entonces habríamos perecido. Seguímos la dirección del viento y de las langostas y saltámos á tierra cerca de la boca del río de la Plata. Allí encontrámos agua y provisiones en abundancia....

" Dimos de nuevo á la vela, costeámos el Brasil y de allí fuimos á las islas Caribes, donde encontrámos á Mr. Edwin Caster en una nave de la Barbada. El nos dio la noticia de que el rey Jacobo había publicado una proclama, en la cual perdonaba y llamaba á los bucaneros. Seguímos á bordo de su nave al río Delaware y de allí pasámos á la ciudad de Filadelfia, á donde llegámos en Mayo de 1688.

" Permanecimos algún tiempo en esta ciudad, después de lo cual bajé el río Delaware con el capitán Davis y Juan Hingson. De allí pasámos á Punta-Comfort, en el río James, en Virginia. Pensaba establecerme allí, pero habiendo sobrevenido algunos disturbios, después de tres años de residencia, regresé á Inglaterra en el año 1690."

Hasta esa época de su vida alcanzan las noticias que da Wafer de sí mismo en sus viajes. El debía de estar entonces muy joven aún, y su edad no pasaría de treinta y cinco años. El resto de su vida lo pasó en Inglaterra, donde se publicaron sus escritos en 1699.

Treinta años después, en 1729, dio á luz una segunda edición de su *Viaje y descripción del Istmo de América*, que dedicó á Su Gracia el duque de Marlborough. Su propósito al hacer esta publicación fue llamar la atención del gobierno inglés á la rica comarca del Darién é incitarlo á ocuparla, por la sola razón que hallaba muy cómodo y conveniente que ese territorio pasara del poder de los españoles al de los

ingleses. El dicho de Lafontaine fue siempre cierto: "La raison du plus fort est toujours la meilleure." "Deseo únicamente, dice en el prólogo, que todo hombre de sentido y de juicio considere cuánto adelantarían los intereses de Inglaterra en Europa con la adición de las Indias Occidentales españolas á sus otras adquisiciones en América; puesto que así el enemigo común se vería privado del fundamento más positivo que tiene para hacer la guerra. En una palabra, las dificultades y el gasto no pueden ponerse en competencia, por ningún hombre razonable, con la gloria y las ventajas de semejante expedición."

Luégo agrega: "Por lo que hace al libro en sí mismo, aunque lleve el título de *Viajes*, no se debe esperar que sea un diario completo, ó una relación histórica de todo lo ocurrido en el teatro de mis correrías, sino como una descripción, tan particular como puedo darla, del Istmo del Darién, donde se me dejó entre los indios salvajes. En la narración que la precede y la sigue, sólo he dado brevemente noticias del curso de mis viajes, para que el lector no se prive del placer de saber cuáles fueron las aventuras que me llevaron á esa comarca y cómo encontré medios de salir de ella.

"Sólo me queda por decir una cosa, y es que pienso muy conveniente aprovechar esta oportunidad de vindicarme ante el mundo, respecto de ciertas circunstancias del relato que hice del modo de conjurar de los *paguéveres* indígenas, y de los indios blancos (albinos); del que muchos de los hombres más eminentes de la nación parecieron muy sorprendidos. Mas espero que el testimonio de todos los caballeros escoceses (1) y de otros que han visitado posteriormente el Darién, será considerado por los hombres juiciosos como una autoridad suficiente para confirmar la verdad de lo que he afirmado sobre esas materias. Ninguno de ellos me ha contradicho de palabra ni por escrito, sino que al contrario han confirmado lo que he dicho en cada caso, lo que ha sido para mí motivo de no pequeña satisfacción. Asimismo Mr. Davis, que es el autor de la relación de la *Ultima expedición á las minas de oro* (la minas de Cana) me dijo, en una reciente conferencia que tuve con él, que deseaba manifestar al mundo, que si dicha relación no se hubiera publicado antes de haber hablado conmigo, habría declarado que el paguever de los indios que seguía á D. Pedro (su cacique) en la expedición, fue quien indujo á algunos de los ingleses, más supersticiosos que los demás, á abandonar las minas mucho más pronto de lo que intentaban; porque la inquietud que mostraban entonces los indios los puso temerosos de que se presintiera algún peligro extraordinario de parte de los españoles."

Después de haber viajado por espacio de trece á catorce años, sólo

(1) Los que pretendieron fundar una colonia en el Darién.

escribió una corta relación de sus aventuras en el Darién, y de su último viaje de Realejo á los Estados Unidos, con una descripción del Istmo, de sus producciones naturales y de las costumbres de sus habitantes.

Pasaremos ahora á hacer algunas observaciones sobre su obra.

Con un poco más de vanidad, Wafer sería citado hoy entre los viajeros de renombre. Acompañó al Capitán Sharp en su expedición al Darién, y se contenta con decir: "Hicimos todas esas correrías que refiere Mr. Ringrose en su *Historia de los bucaneros*." En los más de sus viajes se halló con Guillermo Dampier, á quien se refiere á cada paso; y se contenta con escribir la pequeña parte de ellos que ninguno de sus compañeros había tocado, como quien sólo piensa en llenar una laguna. Sin embargo, es superior á todos ellos en su narración, que es sencilla, pero nutrida y animada. No se embaraza, como Dampier, en ese fárrago de nombres propios, de fechas y detalles insignificantes de que están plagados los escritos de éste. Era sin duda muy instruído, y Dampier hace de él un elogio muy significativo. "Habría podido —dice—hacer una relación más amplia de las cosas del Darién. Pero dejo este cuidado á Mr. Wafer, que estuvo allí más largo tiempo que yo, y que es más capaz de hacerlo que ninguno de los hombres que conozco."

Wafer dice que el objeto principal de su obra fue dar la descripción del Istmo; pero es de sentirse que hubiera pensado tarde en escribir, después de que ya había olvidado muchas cosas. Los pasajes siguientes prueban la veracidad de nuestra aserción: "No hablaré de todos los lugares que vi, ni de todo lo que nos sucedió, puesto que yo no llevaba diario de eso." "Aprendí—dice en otra parte—regularmente el dialecto del Darién, pero sólo me acuerdo de algunas palabras ó frases, cuya lista daré." Y en el curso de su obra usa frecuentemente estas y otras expresiones análogas: "No recuerdo tal cosa; olvidé tal otra; no observé tal particularidad." Ese olvido es causa de que en sus descripciones zoológicas y botánicas sea algunas veces tan lacónico y oscuro, que es imposible saber la especie de animal ó de vegetal de que trata. Sin embargo, si se extraña y se siente esa falta, se admira aun más la feliz memoria del escritor, que relata mil detalles minuciosos, con tanta exactitud como si los tuviera á la vista.

El estilo claro, sencillo é ingenuo de Wafer es la mejor garantía de su veracidad. "Los viajes de Wafer," leemos en el *Gran Diccionario Universal* de Larousse, "contienen la primera relación exacta que haya visto la luz sobre el Istmo de Panamá." Poco inclinado á lo maravilloso, él no asegura nada que no haya visto. Sólo un hecho sorprende el juicio del lector: es la profecía de los adivinos del Darién, que refiere extensamente, y que dice que se cumplió al pie de la letra. No pretenderemos explicar ese hecho sobrenatural. ¿Habría coincidencias tales,

que pudiesen sorprender la buena fe desprevenida de Wafer? Lo ignoramos, mas aceptamos la curiosa descripción de las ceremonias de los *paguéveres* (adivinos) darienitas, y los hechos sustanciales relativos á la profecía, pues Dampier, que los presenció, los refiere en su *Viaje al rededor del mundo.*

Raveneau de Lussan confirma las curiosas revelaciones de Wafer sobre los paguéveres en el siguiente pasaje de su *Diario del viaje hecho al mar del Sur con los filibusteros en* 1685: "Aseguran que tienen comunicación con el diablo: cuando quieren saber alguna cosa, pasan la noche en los bosques con el fin de consultarlo. *Algunas veces nos anunciaron cosas que se efectuaron con todas las circunstancias particulares de la relación que nos habían hecho.*"

Una reflexión se le ocurrirá naturalmente al que lea estos viajes: ¿cómo pudieron, hombres de cierta posición, instruídos, de inteligencia y de corazón, tales como Dampier y Lionel Wafer, andar en compañía de aventureros de mala ley, que ejercían el oficio de piratas y vivían del saqueo practicado en grande escala? A esto no se nos ocurre qué responder. Tenemos por principio invariable no excusar el mal en ningún tiempo, ni bajo latitud alguna. No alegaremos, pues, en favor de ellos circunstancias atenuantes; sólo sí haremos constar que no fueron jefes de filibusteros, y que parece que hubieran seguido esas expediciones, más por cierto amor á las aventuras que por el deseo de hacer fortuna apoderándose de lo ajeno.

Por otra parte, el estudio de la historia nos ha acostumbrado á ver tantos extravíos del criterio humano, aun en hombres dotados de raras cualidades de espíritu y de corazón, que si muchas cosas lastiman nuestros principios y nuestras convicciones, nada nos sorprende. Como dice el proverbio, que quien con los lobos anda á aullar se enseña, no nos parece raro encontrar en la narración de Wafer incidentes como el que refiere en estos términos: "Bajámos á la ciudad de Arica, la saqueámos y tomámos allí algunos cerdos, volatería, azúcar y vino." Le hacemos, no obstante, la justicia de reconocer que no hace alarde de sentimientos crueles, y que más bien se muestra humano y generoso. Hallándose en 1685 en el golfo de Amapalla se declaró una fuerte epidemia de fiebre maligna á bordo de los cuatro pequeños buques que mandaba el Capitán Davis. Bajaron á una isla, donde construyeron barracas para los enfermos, cuyo número pasó de 130, muchos de los cuales murieron. "Sin embargo,—dice Wafer,—de que yo los atendía constantemente, doy gracias á Dios de que me libré de la infección."

Con esto tenemos dicho todo lo que sabemos del doctor Lionel Wafer, y lo que nos revelan sus viajes de su carácter. El lector completará su juicio recorriendo las páginas de su interesante relato, escrito con soltura y amenidad, y revestido con las galas de ingenua verdad.

# VIAJES DE LIONEL WAFER

## AL ISTMO DEL DARIÉN

### (CUATRO MESES ENTRE LOS INDIOS)

---

## CAPÍTULO I.

Viaje de Lionel Wafer á las Indias Occidentales.—Se encuentra con varios aventureros en la costa de Cartagena.—Trescientos treinta bucaneros desembarcan en el Istmo.—Wafer se quema una rodilla.—Sus sufrimientos lo obligan á quedarse en el Darién.—Los indios lo curan con yerbas.—Mal trato que él y sus compañeros reciben de ellos.—Los indios resuelven inmolarlos á su venganza en una hoguera.—Su jefe Lacenta llega á tiempo de salvarlos.—Penoso viaje hacia el mar del Norte.—Terrible inundación.—Vuelven á las plantaciones de los indios, casi muertos de hambre y de fatiga.—Estos los reciben muy bien.—Residencia de Lacenta.—Wafer sangra á una de las mujeres de Lacenta, la cura y se granjea el cariño de los indios.—Modo de sangrar de los indígenas.—Cómo lavan el oro en los ríos.—Lacenta permite á Wafer que vuelva á Inglaterra.—Viaje al mar del Norte.—Ceremonias de los adivinos darienitas y rara profecía.—Llegada de dos buques á la costa.—Wafer y sus compañeros se embarcan y se despiden de los indios.—Muerte de Gopson.

En 1679 emprendí mi segundo viaje por mar, á bordo de un buque mandado por el Capitán Buckemham, que iba á las Indias Occidentales. Entré al servicio del cirujano, y á nuestra llegada á Jamaica sucedió que todavía no era la estación del azúcar; de suerte que, entre tanto, el Capitán resolvió hacer un corto viaje á la bahía de Campeche, pero yo no quise ser de la partida, y bien me valió, pues el Capitán fue aprehendido allí por los españoles y llevado á la ciudad de México. Un tal Russel, que estaba entonces prisionero y que tuvo la felicidad de fugarse, me dijo que había visto al Capitán Buckemham con un trozo de madera atado á una pierna y un cesto en la espalda vendiendo pan por las calles, por cuenta de un panadero amo suyo. Bien que ese Capitán fuese gentilhombre y que tuviese amigos muy ricos que ofrecían una suma considerable por su rescate, los españoles no quisieron nunca ponerlo en libertad.

Yo tenía un hermano en Jamaica, empleado en una plantación llamada de los Ángeles, y el deseo de verlo fue el principal motivo de mi viaje. Después de haber vivido algún tiempo con él, me estableció en una casa de Puerto-Real, donde ejercí la cirugía durante algunos meses. Encontré en seguida dos corsarios, los Capitanes Cook y Linch, que iban de Puerto-Real hacia la costa de Cartagena, y que me llevaron consigo. Encontrámos otros corsarios sobre esta costa, pero el mal tiempo nos separó de ellos á la altura de la isla de Oro, que es una de las Samballas, de suerte que seguímos hacia Bastimentos, donde nos juntámos con muchos otros que se habían citado allí, y que habían ido á la toma de Portobelo. Aquí vi por la primera vez á Mr. Dampier, y fuí con él al mar del Sur. Después de haber pasado revista á nuestras fuerzas en la isla de Oro y desembarcado en el Istmo, hicimos todas esas correrías que Mr. Ringrose refiere en su *Historia de los bucaneros.*

Mr. Dampier ha referido en la *Introducción* de su *Viaje al rededor del mundo* cómo se separó la compañía. Yo estuve en esto de acuerdo con él y fuí del número de los que prefirieron volver al Istmo en barcos, expuestos á inauditas fatigas, más bien que permanecer bajo el mando del Capitán Sharp, que carecía de experiencia y de valor. El ha publicado también una relación de lo que sucedió á nuestro regreso, hasta el momento en que, por descuido de nuestra compañía, mi rodilla fué desollada por la pólvora, y se me abandonó entre los indios salvajes, en el Istmo del Darién. (1)

Era el 5 de Mayo de 1681. Yo estaba sentado en tierra, cerca de uno de nuestros compañeros de fortuna, que secaba pólvora en un plato de plata; la pólvora ardió por imprudencia de él, y me quemó toda una rodilla; la carne fue consumida hasta el hueso, y aun el muslo sufrió mucho. Apliqué al principio los remedios que mi morral pudo suministrarme, y temiendo que se me dejara atrás, seguí algunos días con bastante trabajo. Durante ese intervalo, nuestros esclavos nos abandonaron con el negro que se me había dado para servirme y llevar los medicamentos; él huyó con todo lo que yo tenía, y no me dejó nada para curarme la herida. Sentí entonces un vivo dolor, y sin poder fatigarme más largo tiempo al través de las selvas y de los ríos, me despedí de mis compañeros y me detuve en el Darién el día 10 de Mayo.

Ricardo Gopson, que había hecho su aprendizaje de farmacéutico en Londres, me acompañó: no le faltaba ni inteligencia ni saber;

(1) En el capítulo *La vida en el Istmo de Panamá* se hallará una corta relación de las excursiones de los bucaneros en que tomó parte Wafer y que él pasó por alto.

tenía el Nuevo Testamento en griego, que leía con frecuencia y que traducía incontinenti en favor de los que estaban dispuestos á escucharlo. Un marinero nombrado Juan Hingson, fue también de la partida; estaban ambos tan cansados, que no pudieron pasar adelante. Se había hecho la resolución, al tomar tierra, de matar á todos los que se detuvieran en la marcha; pero esa orden rigurosa fue dada para impedir que alguno de nosotros se entretuviera inoportunamente en el camino y cayera en manos de los españoles, que no habrían dejado de ponerlo en tortura para descubrir nuestra marcha; así es que no fue ejecutada, y la tropa se despidió de nosotros tres muy amistosamente. Otros dos de nuestros compañeros, Roberto Spratlin y Guillermo Bouman, se habían separado ya de nosotros, en el río Congo, al otro día de mi desgracia. El lugar por donde pasámos ese río era bastante profundo, y la corriente tan rápida, que me arrastró muchos pasos, hasta una punta á donde rebotaba el agua. A pesar de todo, salvé el obstáculo; pero los dos hombres que llegaban últimos, luégo que vieron la pena que tuve en ese paso, no se atrevieron á seguirme, y prefirieron quedarse donde estaban; ellos fueron los primeros que se me juntaron, y los otros dos poco después que toda la tropa partió para el mar del Norte. Así es que nos quedámos cinco atrás á merced de los indios.

Reducido á vivir con esos bárbaros parecía que no tuviera ningún medio de aliviar mi dolor; sin embargo, emprendieron curarme con ciertas yerbas que mascaban hasta la consistencia de pasta, y que extendían sobre una hoja de plátano para cubrirme la herida. Se renovaba este emplasto todos los días, y su virtud fue tan grande, que al cabo de tres semanas no me quedó en la rodilla sino una debilidad que me duró largo tiempo después, y un entumecimiento del que sufro ataques aún algunas veces.

Pero los indios no fueron igualmente caritativos en lo demás: había algunos que nos miraban con muy malos ojos, y que nos arrojaban plátanos verdes como se arrojan huesos á un perro, cuando ateridos de frío nos arrastrábamos á sus pies. Era ese un pobre alimento con que teníamos no obstante que contentarnos. El joven indio en cuya casa vivíamos, nos daba frecuentemente plátanos maduros, sin que lo supieran sus vecinos, lo que contribuía grandemente á fortalecernos. Ese indio había sido hecho prisionero por los españoles en su infancia, y puesto al servicio del Obispo de Panamá, de quien aprendió bastante bien el español, hasta que encontró ocasión de huír y de volver á sus compañeros. Nos fue de un grande auxilio, y no tuvimos trabajo en hacernos entender con algunas nociones que teníamos de español, algunas palabras indias que habíamos aprendido en el país, y el uso de signos. Por otra parte, ese joven era tan generoso, y ejerció tan bien la hos-

pitalidad con nosotros, que si durante el día sólo se nos daban malos plátanos verdes, se levantaba de noche para coger maduros á escondidas, y nos los distribuía. No era que los otros fuesen inclinados á maltratarnos, pues todos son de un natural benigno y franco, pero estaban disgustados porque nuestros compañeros habían obligado á algunos de ellos á servirles de guías contra su voluntad, y la estación lluviosa era entonces tan fuerte, que los indios mismos se afanaban poco por viajar, aun cuando ellos generalmente no se cuidan del mal tiempo ni de la dificultad de los caminos.

Después de que Gopson, Hingson y yo pasamos tres ó cuatro días de esta manera, se nos juntaron Spratlin y Bouman, muy fatigados de haber corrido sin guías entre los bosques y los ríos, y sin más alimento que algunos plátanos que habían encontrado aquí y allí. Nos dijeron que Jorge Gainy había tenido la desgracia de ahogarse, como lo refiere Dampier. Lo vieron extendido á la orilla del río, después de que bajó la marea, con una cuerda envuelta en el cuerpo, y su dinero atado al cuello; pero estaban tan cansados, que no se detuvieron á quitárselo. Ambos permanecieron con nosotros unos quince días en la plantación donde nos abandonaron nuestros compañeros, y fuimos tratados de la misma manera, es decir, que poco teníamos que comer, y que los indios nos miraban mal porque no tenían noticias de sus amigos, que nuestras gentes habían conducido de guías. Á pesar de su disgusto, cuidaron de mi herida, y me hallaba ya en estado de caminar un poco. Pero, en fin, cuando vieron que sus hombres no volvían, comenzaron á perder la paciencia, y por su semblante parecía que tramaban vengarse contra nosotros de la pretendida injuria que sus compañeros habían recibido de los nuestros. Con ese designio se consultaban frecuentemente para saber de qué manera dispondrían de nosotros: unos opinaban por la muerte, otros decían que se nos detuviera en medio de ellos, y otros que se nos entregara á los españoles, para congraciarse con ellos; pero casi todos odiaban tan mortalmente á esta nación, que el último parecer fue pronto abandonado, y resolvieron que no se nos haría mal alguno hasta que hubiese pasado el tiempo que sus amigos podían emplear en la vuelta. Ese término fue de diez días, que venían á contarnos en los dedos.

Cuando se acercó el término, sin que ninguno de sus hombres apareciera, sospecharon que los nuestros los habían asesinado ó llevado consigo, y resolvieron inmolarnos á su venganza. En esa resolución, levantaron una grande hoguera el décimo día por la mañana, y nos advirtieron que seríamos quemados allí tan pronto como se pusiera el sol, pues querían aplazar nuestro suplicio hasta esa hora. Pero su jefe Lacenta, que por fortuna pasó, los disuadió de esa barbaridad, y les

propuso que nos enviasen del lado del norte con dos indios, que podrían saber de los habitantes de la costa qué suerte habían corrido los otros guías. La proposición fue aceptada al instante, y se escogieron dos hombres para conducirnos hacia el norte. Uno de esos indios había sido siempre nuestro enemigo capital, pero el otro era aquel indio generoso que se levantaba por la noche á traernos plátanos maduros.

Fuimos, pues, despedidos el día siguiente con nuestra escolta, y marchámos alegremente tres días consecutivos, bien persuadidos de que nuestros amigos no habrían hecho ningún mal á sus guías. Pasámos esos tres días por caminos pantanosos, con fuertes lluvias, acompañadas de truenos y relámpagos; y nos vimos obligados á acostarnos dos noches bajo los árboles, que no nos preservaban de la humedad. Acampámos el tercer día en una colina, que el día siguiente por la mañana nos pareció una isla; tan grande era la inundación en los alrededores. Sin embargo, por toda pitanza no habíamos tenido los dos primeros días más que un puñado de maíz, que nuestros guías indios nos habían dado, y tan pronto como fue consumido, se volvieron á sus casas y nos abandonaron.

Nos quedámos el cuarto día en la colina, y el quinto, después de corridas las aguas, proseguimos nuestro camino hacia el norte, gracias á una pequeña brújula que teníamos. Nuestra marcha continuó hasta las seis de la tarde; encontrámos un río que tenía cerca de cuarenta pies de ancho, y era muy profundo; (1) había un árbol caído que lo atravesaba, lo que nos hizo conjeturar que nuestros amigos habían pasado por allí, de suerte que nos vimos precisados á sentarnos á deliberar qué camino tomaríamos.

Después de haber discurrido bien sobre ese punto, se acordó que atravesaríamos el río, y que buscaríamos la senda que nuestros compañeros habían seguido. Por otra parte, el agua que corría un poco al norte en aquel paraje, nos persuadió que estábamos del otro lado de la gran cadena de montañas que separan la parte septentrional del Istmo de la meridional, y que no nos hallábamos muy lejos del mar del Norte. Pero en lugar de atribuír á las fuertes lluvias que habían caído el rápido crecimiento y decrecimiento del río, juzgámos sin fundamento que provenía de la marea, y que siendo así estábamos cerca del mar.

Sea de ello lo que fuere, pasámos el río por el árbol, pero la lluvia lo había puesto tan resbaladizo, que no era posible caminar sobre él, y nos costó mucho trabajo arrastrarnos encima á horcajadas. A pesar de eso, cuatro de entre los cinco tuvimos la felicidad de llegar á la otra orilla; mas Bouman, que era el último, resbaló y la corriente lo arrastró en un minuto lejos de nuestra vista, de suerte que lo creímos aho-

(1) El río Cañaza.

gado. Para colmo de aflicción, nos fue imposible encontrar una senda, porque la inundación había cubierto todas las tierras de fango. Reducidos á tal extremidad, volvimos á pasar sobre el mismo árbol, con el designio de seguir el curso de ese río, que creíamos desembocaba en el mar del Norte. No habíamos caminado más de un cuarto de milla, cuando vimos á nuestro compañero sentado á la orilla del río; nos refirió que la violencia de la corriente lo había conducido allá, y que gracias á un recodo que hacía el río, había tenido tiempo de volver en sí y de agarrarse á algunas ramas que colgaban en el agua, por medio de las cuales se había salvado: llevaba entonces al hombro cuatrocientas piezas de á ocho. Él era de oficio sastre, y de una complexión bastante débil.

Nos quedámos allí toda la noche, y el día siguiente continuámos nuestra marcha al través de lugares llenos de guaduas y de espinos, bien debilitados por falta de víveres; pero cuando estábamos á punto de espirar, abatidos de hambre y de cansancio, la Providencia nos hizo descubrir una palmera que llaman *macao*, (1) que produce frutos, de los que comimos con avidez. Después de haber en alguna manera aplacado el hambre, guardámos un racimo y proseguimos nuestro camino hasta la noche.

El sexto día de este viaje, á las cuatro de la tarde, encontrámos otro río que se junta con el que habíamos costeado hasta aquí, y entonces nos vimos encerrados de ambas partes sobre una colina que está en su confluencia. (2) Éste era tan ancho y tan profundo como el precedente, de suerte que no sabíamos qué sería de nosotros. No había modo de vadearlos, ni de encontrar un árbol que alcanzase de una ribera á otra, ni aun de cortar uno de ese largo, pues por todo instrumento sólo teníamos un machete; nos hallábamos, pues, ante un *non plus ultra.* Examinámos el curso del último río por medio de la brújula, y hallámos que se dirigía al norte, lo que nos confirmó en nuestro error de que estábamos en la parte septentrional de la gran cadena de montañas. Entonces resolvimos hacer dos balsas para bajar el río, según todos creíamos, hasta la costa del mar del Norte. Los bosques nos suministraban guaduas, que son muy propias para ese uso; las cortámos de buen tamaño, y amarrámos muchas unas sobre otras, con bejucos sacados de una planta parecida á la vid.

Tan pronto como terminámos nuestras balsas, sobrevino la noche; de suerte que nos vimos obligados á retirarnos á una colina, en donde, después de haber amontonado una brazada de madera, prendimos fue-

(1) El chontaduro.

(2) La colina en que se vieron detenidos se halla probablemente en la confluencia del río Cañaza y de uno de sus tributarios.

go, resueltos á bajar el río al día siguiente por la mañana. Pero poco tiempo después de puesto el sol, comenzó á llover con una fuerza tan terrible, que parecía que el cielo y la tierra iban á confundirse; la tempestad era acompañada de furiosos truenos, y los relámpagos tenían un olor de azufre tan fétido, que nos vimos casi sufocados.

La tempestad duró hasta media noche, y entonces fuimos sobrecogidos de espanto al oír el ruido que hacían los ríos al rededor de nosotros. La oscuridad era aún tan grande, que sólo veíamos nuestro fuego, á menos que resplandeciesen los relámpagos. En esos momentos descubríamos la colina, y pronto advertimos que el agua nos alcanzaba, pues arrastró nuestro fuego en menos de media hora. Cada uno pensó entonces en salvar su vida, y en subir á algún árbol para preservarse del diluvio que nos amenazaba. Pero no había sino árboles de algodón de un grueso prodigioso, y donde no parecía ninguna rama á cuarenta ó cincuenta pies de altura, de suerte que no era posible trepar á tales árboles.

Por mi parte, no sabía de qué lado dirigirme, tan grande era mi consternación; pero en medio de tal peligro, tuve la felicidad de encontrar un enorme árbol de algodón que estaba podrido de vejez, ó por cualquier otro accidente, en el cual había un hueco como á cuatro pies de altura. Subí como pude á la cavidad y hallé en ella una corcova que me sirvió de asiento. Acurrucado y recogido como un rollo, sin poder pararme ni extender las piernas, esperé el día con mucha impaciencia. Por otra parte, estaba tan rendido del viaje, que á pesar del hambre y del frío que me acosaban, me dormí; pero mi sueño fue pronto interrumpido por el ruido de los grandes árboles que la corriente arrastraba y que chocaban contra el mío con tanta violencia, que lo hacían tambalear.

Tenía entonces las rodillas en el agua, á pesar de que, como he dicho, había cuatro pies desde la raíz del árbol hasta la parte más baja de la cavidad, y el agua corría con la misma rapidez que la del río. La oscuridad y los relámpagos hacían la inundación tan terrible, que olvidé el hambre, y sólo pensé en rogar á Dios que me salvara la vida. Orando y meditando sobre la triste situación á que me veía reducido, vi aparecer la estrella de la mañana, que levantó mi ánimo abatido, y que fue seguida del amanecer en menos de media hora. Pronto cesaron la lluvia y los relámpagos, y el agua se escurrió tan ligero, que ya no la había al pie de mi árbol cuando el sol se levantó.

Desde luégo salí de mi fría caverna; pero estaba tan entumecido, y el terreno se había puesto tan resbaladizo, que apenas podía estar de pie. Sin embargo, me arrastré lo mejor que me fue posible hasta el lugar donde habíamos prendido fuego, y no encontré allí á nadie. Lla-

mé en seguida á mis compañeros en alta voz, y sólo oí la respuesta del eco, lo que me llenó de un terror tan grande, que caí en tierra como muerto, agobiado de tedio y de hambre, pues hacía ya siete días que comíamos únicamente frutas de palmera.

Me quedé algún tiempo sobre la tierra húmeda, sin esperanza de volver á ver á mis amigos, ni de disfrutar de ningún consuelo, cuando oí, al fin, una voz cerca de mí, que me volvió la vida, sobre todo luégo que vi á Mr. Hingson. Los otros, que se habían salvado sobre pequeños árboles, se nos juntaron después. Nos abrazámos, con los ojos llenos de lágrimas, y le dimos gracias á Dios, que nos había preservado de tan gran peligro.

Buscámos en seguida nuestras balsas, que habíamos amarrado á un árbol, pero las hallámos atascadas, y las guaduas llenas de agua, lo que nos sorprendió mucho, porque creíamos que no admitían ni aun el aire, y que eran como grandes vejigas infladas. Era muy probable que tuviesen hendiduras, y tal vez nosotros mismos las habíamos hecho por descuido cuando las juntámos: al menos los utensilios que de ellas se fabrican guardan muy bien el agua.

Este fue, pues, otro nuevo motivo de disgusto y un obstáculo más á nuestra salida; pero la Providencia lo dispuso todo para nuestro bien, pues si hubiéramos bajado ese río, que se une al Chepo, y corre en seguida hacia la bahía de Panamá y el mar del Sur, nos habría conducido en medio de los españoles, nuestros enemigos, de quienes no podíamos esperar cuartel.

Por otra parte, la proximidad de las montañas y su rápida pendiente, son la causa de que los ríos crezcan así de un golpe después de esas violentas lluvias, y vuelvan con la misma prontitud á su primer estado.

Pero, volviendo á nuestras balsas, éstas no podían ya servirnos para bajar ni para atravesar esos ríos; de suerte que debimos contentarnos con regresar á la plantación india de donde habíamos salido. Tomámos, pues, otra vez el camino por donde habíamos venido á la orilla del río, y como el hambre nos obligaba á dirigir la vista á todo lo que podía remediarla, descubrímos un gamo profundamente dormido. Nos acercámos tanto, que habríamos podido arrojarnos sobre él y cogerlo, si uno de nuestros compañeros no hubiera juzgado á propósito dispararle un tiro de fusil á quemarropa; pero sucedió por desgracia que las balas, que estaban sin taco, salieron antes de que disparase el fusil; de suerte que el gamo no sufrió más mal que el de despertarse al ruido de la pólvora, y pasar el río nadando. No nos vimos, por otra parte, poco embarazados cuando nos fue preciso dejar el río para buscar la habitación de los indios. Ya hacía ocho días que sólo nos alimentábamos de frutas de macao y del jugo de un árbol llamado bibi (árbol de leche), que nos agradó mucho.

Después de haber discutido sobre el camino que tomaríamos, resolvimos seguir el rastro de un saíno ó cerdo montés, con la esperanza de que nos condujese á algún platanar ó á algún campo sembrado de patatas, á donde esos animales acostumbran ir á alimentarse. En efecto, nos llevó á una antigua plantación, y cerca de una nueva. Aquí fue donde el miedo nos sobrecogió, expuestos por una parte á morir de hambre, y por otra á sufrir el mal humor de los indios, que creíamos aún irritados contra nosotros. Pero no había medio, y se resolvió que uno de nosotros iría á la casa vecina, mientras que los demás se quedarían á distancia para esperar el resultado. Fui en persona, y sucedió que era la casa de donde habíamos partido. Los indios, muy sorprendidos al verme, comenzaron á interrogarme sobre muchas cosas; pero el calor del fuego y el olor de la carne que se asaba, me hicieron caer en un desvanecimiento que puso fin á todas sus preguntas. Se mostraron muy apresurados en hacerme salir de ese estado, y tan pronto como volví en mí, me dieron algo que comer. En seguida me preguntaron dónde estaban mis cuatro compañeros, y los enviaron á buscar al momento, pero sólo condujeron tres, pues Gopson se había quedado un poco más lejos y nos trataron á todos con mucha bondad. Los guías estaban ya de vuelta de la costa del norte, y se felicitaban mucho de la manera cortés y generosa como los habían tratado nuestras gentes; de suerte que los indios habían venido á ser nuestros buenos amigos. Aquel que nos había manifestado tanta benevolencia, tan pronto como notó que Gopson no había llegado aún, le llevó víveres y lo condujo á la plantación. En una palabra, nos vimos de nuevo todos reunidos y se tuvo gran cuidado de nosotros.

Pasámos siete días fortaleciéndonos, y continuámos nuestra marcha, con el designio de dirigirnos al mar del Norte, tan pronto como nos fuese posible. Desde que nuestros compañeros se habían despedido de los guías con mucho agasajo y presentes, como hachas, collares, etc., los indios estaban más dispuestos á servirnos que nunca. Así es que nos proporcionaron cuatro jóvenes vigorosos para conducirnos hasta el río donde habíamos encontrado un árbol caído que lo atravesaba. (1) Llegámos allí en un día, porque nuestros guías nos servían con mucho gusto, cuando en nuestro primer viaje habíamos gastado tres. Luégo que llegámos á ese punto, caminámos aún una milla subiendo el río, y en seguida nos fue necesario meternos en una canoa y seguir contra la corriente; nuestros guías remaron vigorosamente hasta la noche, y entonces nos alojámos en una casa, donde ellos dijeron tanto bien de nuestros compañeros que habían ido al mar del Norte, que el dueño de ella nos trató lo mejor que pudo. Salímos al día

(1) El río Cañaza.

siguiente con dos nuevos remeros, es decir, que teníamos seis por todos, y que nuestra condición era entonces muy diferente de la primera.

Seis días después llegámos á la casa de Lacenta, que nos había salvado la vida. Esta se halla situada sobre una colina muy agradable, donde hay la más vistosa floresta de árboles de algodón que yo haya visto. El grueso de esos árboles era, en general, de seis pies de diámetro, y había algunos de ocho, de nueve, de diez y aun de once. Cuatro indios y yo, teniéndonos por las manos, nos pusimos al rededor de uno, y faltaron á lo menos tres pies para que pudiéramos abarcarlo. Había también una hermosa calle de plátanos, y otro bosquecillo de árboles pequeños, que se habría podido convertir en un delicioso parque, si se hubiera empleado alguna industria.

Esta colina contiene por lo menos cien acres de tierra (1), y es una península de figura ovalada, casi rodeada por dos grandes ríos, el uno de los cuales viene del este y el otro del oeste (2). Sólo hay una punta de tierra de cuarenta pies de ancho que los separa á la entrada de la colina; pero se juntan después y forman un grande y hermoso río muy rápido. Esa única entrada se halla defendida por guaduas, zarzales y perales silvestres, tan entrelazados que hacen imposible la aproximación del enemigo.

Cincuenta de los principales del país viven en esta colina, bajo la dominación de Lacenta, quien es como el Príncipe de toda la parte meridional del Istmo del Darién. Los habitantes de la parte septentrional lo respetan mucho, pero la del sur es propiamente su país, y esta colina forma su residencia. Aquí sólo hay una canoa, que sirve á Lacenta y á todos los que habitan en esta península, para pasar el río.

Cuando llegámos aquí, Lacenta despidió nuestros guías, y nos dijo que era imposible viajar hacia el norte en la estación lluviosa, que estaba entonces en su más alto punto; ofreciónos que si permanecíamos con él cuidaría de nosotros, de suerte que nos fue forzoso complacerlo.

Pronto después se presentó una ocasión que contribuyó mucho á aumentar la buena opinión que Lacenta y su gente habían formado de nosotros, y á granjearme particularmente su estimación. Sucedió, pues, que una de las mujeres de Lacenta enfermó, y se resolvió sangrarla. Hé aquí de qué manera ejecutan los indios esta operación: hacen sentar al enfermo sobre una piedra que está en el río; en seguida el operador, armado de un arco pequeño y de cortas flechas, las tira tan ligero como puede, por todo el cuerpo desnudo del paciente, sin omitir un

(2) Cien acres ingleses equivalen á unas cuarenta hectáreas.

(3) Se comprende que la residencia de Lacenta estaba situada á la margen del río Cañaza, quizá en su confluencia con el Sábalo; en el territorio donde historiadores y geógrafos colocan la tribu de los Mandingas.

solo punto. Es cierto que las flechas tienen un óbice, y así no penetran más adentro que nuestras lancetas; pero si por casualidad tocan una vena llena de viento, y la sangre sale con alguna impetuosidad, saltan, hacen cabriolas y ejecutan mil posturas grotescas en señal de regocijo y de triunfo. Yo estaba presente cuando se hizo esta operación á la esposa de Lacenta, y sorprendido de su ignorancia, no pude menos de decirle que si quería, le mostraría un método más fácil, y que no causaría tanto dolor á la enferma. "Veamos," me dijo. Entonces hice una ligadura en el brazo de su mujer con una tira de corteza de árbol, y le abrí la vena con mi lanceta; pero poco faltó para que mi empresa me costase la vida. Tan pronto como Lacenta vió correr la sangre, que ellos sacaban gota por gota, tomó su lanza y juró por su diente que si su mujer se veía mal me atravesaría el corazón. No manifesté ninguna emoción, y le supliqué que tuviese un poco de paciencia. Le saqué como doce onzas de sangre, y después de haberle vendado el brazo, dispuse que descansase hasta el día siguiente. Por fortuna la fiebre disminuyó y los accesos no volvieron. Esto me valió tan gran fama, que Lacenta vino á visitarme, y en presencia de toda su corte se inclinó delante de mí y me besó la mano. Entonces todos los demás me rodearon, los unos me besaban la mano, los otros la rodilla y algunos el pie. Fui puesto en seguida en una hamaca y llevado en hombros de los indios, mientras que Lacenta pronunció un discurso en alabanza mía, en el cual me colocó mucho más alto que todos sus doctores. Se me llevó de esta manera de una plantación á otra, y viví con mucho brillo y reputación, gracias á los remedios y á la sangría que hacía á los que lo necesitaban. Aunque había perdido mis ungüentos y mis emplastos, á consecuencia de la huída del negro que me había robado el morral, conservaba en el bolsillo una caja de instrumentos y algunos pocos medicamentos, que tenía envueltos en un pedazo de hule.

Pasé de esta manera algunos meses entre los indios, que me adoraban, por decirlo así. Algunos de entre ellos se habían escapado de las manos de los españoles, de quienes habían sido esclavos; y supongo que por esa razón me pedían el bautismo: aunque lo desean más bien por tener un nombre europeo, que por ningún conocimiento que posean del Cristianismo.

Durante mi mansión cerca de Lacenta, lo acompañé frecuentemente á la caza, que le agradaba mucho, y no le faltaba para divertirlo. Fuimos una vez hacia el sureste, al principio de la estación seca, y llegámos hasta un río donde los españoles sacaban oro. Creí, por otra parte, que era uno de los que van á desaguar en el golfo de San-Miguel. (1) Habiendo llegado á la altura del lugar donde trabajaban, nos

(1) Probablemente se trata del río Balsas ó del Marea.

escabullímos al través de los bosques, y después de habernos apostado detrás de gruesos árboles, los observámos largo tiempo, sin que nos descubriesen. Hé aquí de qué manera sacan el oro: tienen platos de madera, que hunden poco á poco en el agua, y que en parte llenan de arena. En seguida los retiran mañosamente y los sacuden en redondo, lo que hace elevar la arena, que se sale con el agua por encima del borde del plato, mientras que el oro cae al fondo. Después de haberlo sacado del plato, lo hacen secar al sol, y cuando está seco lo pilan en un mortero. En seguida lo extienden sobre papel, y con una piedra de imán que pasan por encima, atraen todo el fierro que contiene. En fin, echan ese oro bien limpio en calabazos. Por otra parte, sólo se ocupan en ese trabajo durante la estación seca, es decir, tres meses del año, porque las fuertes lluvias que trae la estación húmeda arrastran el oro de lo alto de las montañas, y los ríos son impracticables á causa de su profundidad; pero cuando el buen tiempo ha vuelto, sólo hay un pie de agua. Tan pronto como esta labor ha terminado, los trabajadores se dirigen á Santa-María en pequeñas embarcaciones, y he oído decir á un español, á quien aprehendimos en esa ciudad, bajo el mando del Capitán Sharp, que si la estación es buena traen hasta el peso de diez y ocho á veinte mil libras de oro. Pero sea que recojan más ó menos, la cantidad que se saca todos los años de esos ríos es increíble.

Mis cuatro compañeros se quedaban en la casa de Lacenta, mientras yo me divertía con éste. Aun más, había llegado á merecer de tal manera su consideración, que no quería ir á ninguna parte sin mi compañía; de tal suerte que comprendí que su designio era detenerme todos los días de mi vida. Este pensamiento me causó inquietud, pero lo oculté lo mejor que me fue posible.

Una vez que estábamos cazando sucedió que hicimos levantar un saíno que fatigó en balde á los naturales del país y á sus perros durante la mayor parte del día, hasta que Lacenta, casi agotadas sus fuerzas por falta de alimento, pareció tan disgustado por el mal suceso de ese día, que deseó con ardor que se pudiese hallar algún otro método más fácil para tener buen éxito en la caza.

Comprendía ya medianamente bien su lengua, y me serví de esa ocasión para obtener mi libertad. Luégo, pues, que le hice el elogio de nuestros perros de Inglaterra, ofrecí á Lacenta traerle algunos si quería permitirme hacer un corto viaje. Él se quedó un momento cortado al oír esta proposición; pero al fin juró por su diente, sobre el cual puso los dedos, que yo tendría mi libertad y la de mis compañeros, con tal que le prometiera y jurara por mi diente volver á casarme en su país, porque él se había comprometido á darme su hija, que no era aún núbil, en matrimonio. Acepté las condiciones, y me prometió, por otra parte, que á mi vuelta haría por mí más de lo que yo podía esperar.

Le di las gracias y me despidió al día siguiente con una escolta de siete hombres vigorosos. Iban también cuatro mujeres, que llevaron nuestras provisiones y mis vestidos: éstos consistían en una blusa de lino y unos calzones, y los conservaba para cubrir mi desnudez en caso de volver algún día á verme entre los cristianos, pues aquí andaba casi desnudo como los salvajes, y sus mujeres me habían pintado el cuerpo de pequeñas manchas; pero no quise permitir que, para hacer indeleble la pintura, me picasen el cutis á la manera del país.

Partí, pues, de cerca del mar del Sur, donde Lacenta se divertía cazando, para dirigirme á su palacio, al que llegué en unos quince días, con gran contento de mis compañeros, que me esperaban allí con impaciencia. Después de muchas salutaciones de ambas partes, y algunas lágrimas que la alegría nos hizo derramar, les referí cómo había obtenido mi libertad de Lacenta y lo que le había prometido hacer á mi vuelta. Esa noticia los contentó á todos, con la esperanza de salir pronto de un país salvaje, en el que habíamos pasado tan largo tiempo.

Yo me fortalecí aquí algunos días, al cabo de los cuales partímos con una buena escolta de indios armados, que debían conducirnos hacia el mar del Norte.

Atravesámos varias montañas muy altas, pero la última les excedía á todas; gastámos cuatro días en subirla, aunque había una que otra hoyada. Desde que llegámos á la cima, sentí que la cabeza me daba vueltas de una manera extraña; se lo dije á mis compañeros y á los indios, quienes me respondieron que se hallaban en el mismo estado. Probablemente esto provenía de la altura excesiva de esa montaña, y de la sutileza del aire. Creo que era más elevada que la que pasámos con el Capitán Sharp, y que aquella otra que Dampier y el resto de los nuestros atravesaron á su vuelta; al menos las que habíamos pasado nos parecieron más bajas que ésta, y aun algunas veces las nieblas que había de por medio nos impedían verlas; pero cuando éstas llegaban á disiparse y á elevarse poco á poco hacia la cima de la montaña, las descubríamos confusamente.

Supliqué á dos hombres que se colocasen sobre mis piernas, mientras yo miraba para abajo desde ese punto de la montaña, que me pareció ser el más perpendicular; pero no pude ver la sima á causa de las nieblas que interceptaban su vista.

Los indios nos condujeron á un paso tan estrecho, que nos vimos en la necesidad de arrastrarnos sentados; ellos mismos emplearon este expediente, y se pasaban del uno al otro sus arcos, sus flechas y todos sus arreos. En fin, el vértigo nos abandonó á medida que bajámos.

Habiendo llegado al pie de la montaña, hallámos un río que corre hacia el norte, y cerca de él algunas casas de indios, quienes nos sumi-

nistraron con qué satisfacer nuestro apetito. Eran las primeras casas que veíamos hacía seis días; pasámos allí una noche, y diré de paso que tuve por cama una hamaca amarrada á dos árboles, y una hoja de plátano por cobertor.

Partímos de allí al día siguiente por la mañana, y llegámos á la ribera del mar en dos horas. Cuarenta indios de los principales del país se nos juntaron, y después de habernos dado la enhorabuena por nuestra feliz llegada, nos recibieron en sus casas. Estaban todos ataviados con sus más hermosos vestidos, los cuales consisten en largas batas blancas que bajan hasta el tobillo, guarnecidas de franjas en su parte inferior. Llevaban, además, una pica en la mano. Pero hablaré más largo de todo esto cuando haga la descripción del país, así como de todas las otras particularidades que observé allí.

Preguntámos primero á los indios si llegarían navíos europeos. Nos contestaron que no sabían nada, pero que se informarían. Entonces llamaron á uno de sus adivinos, quien se preparó con sus compañeros para evocar al diablo, á fin de saber cuándo llegaría algún navío; pues ellos son muy expertos y hábiles en sus diabólicos conjuros. Lo primero que se hizo en la casa donde estábamos, fue hacer una separación con hamacas para que los *paguéveres* (así llaman á los magos) pudiesen estar aparte. Gastaron algún tiempo en sus sortilegios, y les oímos dar gritos y aullidos espantosos; tan pronto imitaban el canto de las aves como el grito de las bestias; unían á ese ruido el de piedras y conchas que golpeaban entre sí, y el de una especie de tambores hechos de guaduas; toda esa algazara era acompañada del ruido discordante producido por sartales de grandes huesos de animales; se ponían algunas veces á dar alaridos terribles, y de repente se quedaban en un profundo silencio. Después de haberse agitado mucho, sin obtener ninguna respuesta, juzgaron que provenía de que nosotros estábamos en la casa; nos hicieron salir y comenzaron de nuevo todas sus ceremonias. No obtuvieron mejor resultado en esta vez, lo que los obligó al cabo de más de una hora á registrar nuestro departamento, en el cual encontraron algunos de nuestros vestidos colgados en la pared; los arrojaron con mucho desdén fuera de la casa, y volvieron á su ejercicio. Pronto salieron con la respuesta; pero tan cubiertos de sudor, que se vieron obligados á bañarse en el río. En seguida nos pronunciaron el oráculo, el cual decía, en sustancia, que el décimo día del viaje, que era el siguiente, llegarían dos navíos; que por la mañana del mismo día oiríamos un cañonazo, y algún tiempo después otro; que uno de nosotros moriría poco después, y que al ir á bordo de esos navíos, perderíamos uno de nuestros fusiles. (1)

(1) Los indios del Darién han tenido en todo tiempo adivinos. Pascual de An-

Todo esto se cumplió al pie de la letra. El décimo día, por la mañana, oímos un cañonazo, y algún tiempo después otro. Perdimos uno de nuestros fusiles, yendo á bordo de los navíos, y hé aquí de qué manera: estábamos todos cinco con tres indios en una canoa que se volcó, cuando pasábamos sobre la barra; poco faltó para que Gopson se ahogara, y con trabajo lo sacámos del agua; pero perdió allí su fusil, que sin duda no había amarrado bien. Salvámos los otros, que estaban sujetos á los lados inferiores de la canoa, que es lo que se acostumbra siempre en las Indias Occidentales. La menor cosa puede hacer voltear la embarcación, y se correría frecuentemente el riesgo de perder las armas, si no se tuviera el cuidado de amarrarlas á los lados de aquélla.

dagoya dice en su *Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila:* "Había aquí algunos particulares que se hacían maestros, que ellos les llamaban Tequina, que les decían que hablaban con el diablo (al cual llamaban Tuira), y tenía el tequina una choza muy pequeña, sin puerta y por arriba sin ninguna cobija, y se metía allí de noche y hacía que hablaba con el diablo, y mudaba muchas maneras y tonos de hablar, y decía al señor lo que á él placía, diciendo que el diablo le respondía aquello."

"Ciertamente hablan con el diablo," dice Pedro Cieza de León, "los que para ello señalan y le hacen la honra que pueden, teniéndole en gran veneración."

D. Andrés de Ariza dice:

"En cada río, ranchería ó población de indios hay para su gobierno un Cacique ó Capitán que siempre es la persona de primera clase; de la segunda es el Lere; de la tercera el Camoturo, ó tocador de flauta.

"Suele haber en un pueblo dos ó más leres; pero entre sí y para la plebe, se lleva la preferencia el más embustero, charlatán y sectario. Su ejercicio es vaticinar lo que les puede suceder á los de su pueblo, á quienes engaña fingiendo que habla con el dios chiquito, y que éste es quien le encarga la precaución recíproca de sus personas, para que anden con mucho cuidado, porque los quieren matar, y también les persuade que allá arriba en la región del fuego ve y sabe todo lo que en ella pasa, con otras embusterías muy fútiles y despreciables, que sólo su estolidez admitiera. De cuyas patrañas, anunciadas por los respectivos leres, les viene á los indios aquel espíritu de desconfianza y cobardía, que reside generalmente en todos; porque para tenerlos subordinados les hacen creer que han de morir muerte violenta á manos de los guacas: así llaman á los blancos ó españoles.

"Cuando hay alguna fiesta clásica, se dedica anticipadamente el lere á lerear, ó á hacer oración; esto lo practica en un paraje independiente, cerrado á manera de observatorio, que llaman el carro; sus oraciones se reducen á hablar mucho (á que todos los indios son propensos) y ha de imitar precisamente en su oración los balidos y gaznerías con que se distinguen las varias especies de animales y aves que son vecinas de aquel pueblo, especialmente las que son propias de sus monterías, para lo cual siempre que van á cazar llevan al lere para reclamo, y el que con perfección no hace esta maniobra, no lo reputan por buen estudiante. Es tanta la autoridad y respeto con que se portan los leres, que cuasi primero se trata con ellos algún asunto de importancia que con el Cacique siendo gubernativo."

Salímos á la orilla lo mejor que nos fue posible, arrastrando con dificultad á Mr. Gopson, y corrimos en seguida más cerca de tierra hasta la isla de la Sonda. Vimos entonces un buque inglés y una tartana española que aquél había capturado dos ó tres días antes. Pero no podíamos adivinar cuál de esas dos embarcaciones estaba en poder de la otra; sin embargo, fastidiados de vivir con los indios salvajes, tomámos el partido de llegar á ellas á toda costa. Tuvimos mucho trabajo en hacer resolver á nuestros remeros, que temían más que nosotros encontrar allí españoles, por ser éstos enemigos comunes nuéstros. La razón que tenían, y que merece ser notada, es que la respuesta de sus demonios sobre esos buques era positiva con respecto al inglés y muy dudosa en cuanto al otro. En efecto, la tartana era española y estaba en poder de los españoles cuando los magos hicieron sus sortilegios, y aun algunos días después hasta que los ingleses se apoderaron de ella.

Fuimos, pues, á bordo del navío inglés con nuestros indios, y se nos recibió con mucha amistad. Mis cuatro compañeros fueron al momento reconocidos y acariciados por toda la gente de la tripulación. En cuanto á mí, que estaba pintado y desnudo, con un sencillo ceñidor en medio del cuerpo, y una placa de oro que me colgaba de la nariz sobre la boca, me quedé algún tiempo sentado sobre las pantorrillas, á la manera de los naturales del país, para ver si me reconocían. Pasó casi una hora sin que nadie se cuidase de mí. Pero al fin un tripulante me miró más fijamente que los otros, y de repente empezó á gritar: "Ah! hé aquí á nuestro doctor!" Tan pronto como pronunció esas palabras se apresuraron todos á darme el parabién por mi feliz llegada cerca de ellos. Trabajé mucho en lavarme la pintura, y, á pesar de mis cuidados, no logré borrarla hasta pasado casi un mes. Estaba tan bien impresa en la cutis, sea por lo largo del tiempo ó por el ardor del sol, que no había modo de quitarla sin arrancar aquélla. Con respecto á Mr. Gopson, aunque llegó con vida á bordo del buque, no se restableció de sus fatigas ni del mal que había sufrido con el vuelco de la canoa; penó dos ó tres días, y murió en la isla de la Sonda. Así es que su muerte verificó otra de las predicciones de los paguéveres.

Después de haber festejado seis ó siete días á nuestros indios á bordo, de recibir á muchos otros que iban y venían con sus mujeres y sus hijos, y de ser visitados por Lacenta durante quince días ó tres semanas, nos despedímos de todos los indios, excepto de dos ó tres que quisieron acompañarnos hasta entrar en alta mar, y seguímos con la tartana hacia las islas Samballas, que están más al este, de donde volteámos hacia la costa de Cartagena.

Pero no entraré en el detalle de ese viaje, puesto que Mr. Dampier, que estaba con nosotros, lo ha hecho particularmente.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Paso á la descripción del Istmo del Darién, objeto principal que me he propuesto al publicar esta relación.

---

## CAPÍTULO II.

Descripción del Istmo del Darién.—Sus límites.—Su terreno.—Sus montañas.—Sus ríos.—Descripción de la costa septentrional.—Islás-de-Oro, de los Pinos, Samballas ó Mulatas.—Puerto-Escribano.—Nombre-de-Dios.—Bastimentos.—Portobelo.—Descripción de la costa meridional.—Ríos Sambú, Santa-María ó Tuira y Congo.—Golfo de San-Miguel.—Río y ciudad de Chepo.—Panamá antigua y Panamá moderna.—Terreno del interior.—Bosques.—Estaciones.—Inundaciones.

La parte más estrecha del istmo de América es lo que se llama propiamente Istmo del Darién, del nombre, sin duda, del gran río que limita su costa septentrional al este; (1) porque más allá de ese río el país se ensancha tanto hacia el este y el nordeste, así como sobre la otra costa hacia el sur y el sureste, que no se le podría llamar ya un istmo. Está casi todo encerrado entre los grados 8 y 10 de latitud septentrional, y su menor anchura no es sino de cerca de un grado. Pero no sabré decir precisamente hasta qué extensión al oeste lleva el nombre de Istmo del Darién, si es hasta Honduras ó Nicaragua, ó si no es más allá del río Chagres, ó de las ciudades de Portobelo y Panamá.

Esta última ciudad me servirá de límite en lo que quiero describir; pero me extenderé más en lo que tiene relación con el centro de ese país, en donde permanecí más largo tiempo, y que fue, por decirlo así, el teatro de mis aventuras. Sin embargo, lo que diré de esa parte del Istmo se podrá en cierta manera aplicar á lo que está aun más allá de Panamá.

Si debiese fijar los límites de esa parte, la más estrecha del Istmo, trazaría, como límite occidental, una línea que pasara de la boca del río Chagres, en el punto donde desagua en el mar del Norte, á la parte más próxima del mar del Sur, y al oeste de Panamá; de suerte

(1) Tanto Wafer como Dampier dan constantemente el nombre de *Darién* al río Atrato, y al propio río del Darién ó Tuira lo denominan *Santa-María.* En esto no hay error de parte de ellos, pues antiguamente se conocía el Atrato con los nombres de Río-Grande ó río del Darién, que son los mismos con que varios escritores y geógrafos han conocido y conocen aún el río Tuira.

Esta igualdad de nombres en dos ríos que, bien que desaguan en opuestos mares, están á poca distancia uno de otro, ha dado lugar á confusiones y aun á algún curioso error histórico de que hablámos antes.

que encerraría esta ciudad y á Portobelo con los ríos Chepo y Chagres. Por otro lado, como límite oriental, trazaría una línea desde la punta Garachiné ó el sur del golfo de San-Miguel, derecho al este, hasta la parte más inmediata al gran río del Darién, y comprendería así en el Istmo la bahía de Carreto. Está bien limitado al norte y al sur por ambos mares. Si se observa que es el terreno más estrecho que los separa, y que hay que hacer un rodeo prodigioso para ir por mar de una costa á la otra, habrá de admitirse que su situación es muy singular y muy halagadora.

Además, las costas de esos mares no son abiertas por todas partes; hay gran número de islas esparcidas acá y allá. Se ven al norte: Bastimentos y la larga serie de las Samballas ó Mulatas, y se encuentran al sur las islas del Rey ó de las Perlas, Perico y muchas otras en la bahía de Panamá. Dicha bahía se forma por la curvatura del Istmo, y entre las de su magnitud no hay una quizá en el mundo más agradable y cómoda.

El terreno de ese país es casi por todas partes desigual; fórmase de montañas y de valles, que varían mucho en altura, profundidad y extensión. Se ven allí gran número de ríos, arroyos y fuentes que no se secan nunca. Los unos desaguan en el mar del Norte y los otros en el del Sur. La mayor parte de los ríos toman su origen en la cadena de altas montañas que corren á lo largo del Istmo y que son en cierto modo paralelas á la costa. A fin de distinguirla de las otras la llamaré la cadena principal.

Esas montañas no son igualmente anchas por todas partes, y forman una especie de arco, así como el Istmo; se aproximan más al mar del Norte que al del Sur, y sólo distan de aquél unas diez ó quince millas. Desde su cima podíamos siempre ver el primero de estos mares, y la variedad de su ribera, acompañada de la vista de las islas adyacentes, hacían esa perspectiva muy placentera. Pero no pude nunca descubrir el mar del Sur de ningún punto de esta cadena, no porque la vista no pudiese alcanzar, sino por los obstáculos que hay de por medio. Pero aunque haya llanos y valles muy vastos, hay por otra parte grandes montañas cubiertas de bosques tan espesos, que la vista no puede penetrarlos; así es que cuando uno está del otro lado, hacia el mar del Sur, esas mismas montañas impiden que se pueda ver la cadena principal. Fue á nuestra vuelta de este mar cuando tomámos las unas por las otras, y habiendo llegado á su cima, esperábamos ver el mar del Norte. Por otra parte, aunque esas montañas que atravesámos entonces nos parecían más grandes á medida que avanzábamos por ese lado, sin embargo, ellas nos hicieron menos sensible la altura de la cadena principal que si la hubiéramos subido á la salida del país llano.

Al norte de esa cadena hay pocas ó ningunas montañas, y las alturas que allí se ven no son sino suaves pendientes de la cadena misma. Aunque esa parte del país no es, por decirlo así, sino una selva espesa, la vista se extiende por todas partes de lo alto de esa eminencia, y se descubre con placer la costa del norte, que es la más próxima.

La cima de esta cadena no es igualmente continua por todas partes; es más bien una serie de muchas montañas separadas las unas de las otras por grandes valles, que las hacen más útiles y más habitables, y que son tan profundos que sirven en algunos puntos de paso á los ríos. Así, el río Chagres, que tiene su origen en unas montañas distantes del mar del Sur, corre oblicuamente al nordeste, hasta que se abre paso al mar del Norte, aunque la cadena de montañas se extienda mucho más hacia el oeste, y llegue, si no me engaño, hasta el lago de Nicaragua.

Algunos de los ríos que riegan el país son bastante grandes; pero hay muy pocos navegables, porque tienen casi todos barras en sus desembocaduras. La mayor parte de los que se ven sobre las costas del mar del Norte son muy pequeños; la cadena principal de donde vienen está tan próxima á la costa, que sus aguas no pueden crecer en tan corto trecho. Es cierto que el río del Darién es muy grande; pero su profundidad en la entrada no corresponde á la anchura de su boca, bien que tenga bastante fondo más arriba. De aquí á Chagres, en todo lo largo de la costa, no hay casi sino arroyos; y el río de la Concepción, que desagua al frente de la isla de la Sonda, una de las Samballas, no merece mejor título. El Chagres, que toma su origen al sureste del Istmo y corre en una larga extensión de la costa, es bastante considerable. En una palabra, esta parte del norte está bien regada, sobre todo por riachuelos y arroyos que brotan de las montañas vecinas.

El terreno en esta costa del norte no es uniforme ni igualmente fértil: puede decirse en general que es feraz y lleno de montañas; pero cerca del mar hay algunos pantanos, de los cuales los más grandes no tienen más de media milla de anchura.

Desde la bahía de Carreto hasta el promontorio próximo á la isla de Oro, la costa del Istmo es bastante fértil y cubierta de arena en algunos puntos; pero hay otros llenos de mangles, y tan pantanosos que no se pueden atravesar sin meterse en el fango hasta la cintura. La ribera de esta costa se eleva pronto en colinas, y la cadena principal sólo está á cinco ó seis millas de distancia. No he estado nunca en la bahía de Carreto, pero he oído decir que se dirigen allí dos ó tres fuentes de agua dulce. La bahía pequeña y dos islotes que tiene al frente contribuyen á formar allí un puerto bastante bueno: el fondo es

de arena pura sin ninguna roca. Esas islas son bastante altas y están cubiertas de gran número de árboles.

Al oeste del cabo hay otra bahía arenosa, que encierra en su recinto una pequeña isla baja, cubierta de pantano, rodeada de bancos, cuyo fondo es tan limoso, que no es posible anclar en ella. La ribera del Istmo, cerca de esta bahía y más allá, es cenagosa y cubierta de mangles, pero tres ó cuatro millas más lejos del terreno se eleva poco á poco hasta la cadena principal. Aunque el interior de esa bahía es tan malo, hay mucha agua en su entrada; el fondo de ella es de una arena consistente, y el anclaje es excelente. Tres islas que ocupan la abertura hacen el puerto superior: la más oriental de las tres es la pequeña isla de Oro, en donde hay un hermoso canal, bastante profundo, entre ella y la alta mar. Sólo se ven rocas escarpadas á su rededor, las que le sirven de fortificación natural, y no hay sino un punto en que se puede abordar, que es una pequeña bahía arenosa, al sur, donde el terreno se eleva insensiblemente; es de una altura mediana y está cubierta de arbustos y de zarzales. El terreno opuesto del Istmo, al sureste, es muy fértil, de color negruzco, mezclado de arena y bastante llano durante cuatro ó cinco millas, hasta que se llega al pie de las montañas. Aquí abordámos cuando fuí al mar del Sur con el Capitán Sharp. Estuve también en la isla de Oro y pasé en su puerto unos quince días. Cerca de la punta oriental de la bahía, que sólo está á media milla de la isla de Oro, hay una pequeña fuente de muy buena agua dulce.

La más grande de las tres islas que hacen frente á la bahía, está al oeste de la de Oro: es baja, pantanosa y está tan cubierta de mangles, que es difícil llegar; así es que ninguno de nosotros quiso bajar allí á tierra. Está muy cerca de una de las puntas del Istmo, cuyo terreno no es mejor, durante una ó dos millas de distancia hacia el oeste. El que se ve del otro lado es poco más ó menos de la misma naturaleza hasta el interior de la bahía. Esta isla no está separada del Istmo sino durante la marea alta, y aun entonces los buques no pueden pasar por entre las dos tierras.

La pequeña isla de los Pinos está situada al norte de las otras dos, que forman con ella una especie de triángulo. Su terreno es muy notable cuando se viene de la alta mar, y parece dividido en dos montañas; está cubierta de grandes árboles, que son propios para toda especie de usos, y tiene una hermosa aunque pequeña fuente de agua dulce. Sólo se ven rocas al norte de la isla, así como en el punto opuesto del Istmo. Se puede abordar al sur de esta isla en una bahía arenosa, que es admirable y que se halla encerrada entre dos puntas que forman una media luna. El anclaje allí es muy bueno. Se puede también navegar

al rededor de la isla, pero para ir al puerto de la de Oro, hay que entrar por la extremidad oriental de las islas de Oro, entre ese lado y la alta mar, pues no hay modo de pasar entre ésta y la grande isla baja.

Desde esas islas y la punta baja y pantanosa que les está opuesta, la costa se extiende al noroeste hasta la punta de Samballas. En las tres primeras leguas está guarnecida de rocas, las unas ocultas bajo el agua, y las otras á la vista; pero una chalupa no podría abordar. Esas rocas dispersas en varios lugares no son de una extensión igual por todas partes: hay unas que alcanzan hasta una milla de distancia de la costa, y otras hasta dos. Al noroeste de esas rocas hay una pequeña bahía arenosa, muy linda, donde el anclaje es bueno y se puede desembarcar cómodamente, según dicen los armadores. Esos bajíos por una parte, y por otra algunas de las Samballas, cuya cadena comienza aquí, la ponen al abrigo de las olas del mar y forman un puerto tan admirable, que nuestros armadores, que lo frecuentan mucho, así como las otras bahías de la vecindad, lo llaman el "Puerto deseado."

Las Samballas (islas Mulatas) se extienden hasta la punta de Samballas; hay un número infinito que se siguen en línea recta, y otras están á los lados á distancias muy desiguales de la costa y entre sí, algunas á una milla, otras á dos ó á dos y media. Su vista, unida á la de las montañas y de las grandes selvas que se ven sobre la costa cuando uno viene del mar, forman una perspectiva encantadora. Su número es demasiado considerable para representarlas todas en un mapa, además de que hay algunas muy pequeñas. (1) Parecen separadas en diversos grupos y se encuentran en general buenos canales para ir de una á otra. La parte de mar que está entre esta cadena y el Istmo es también navegable de un extremo á otro. El anclaje es bueno por todas partes, en un fondo firme de arena, y se puede abordar sin dificultad á las islas y á la costa.

Sea cual fuere el viento que sople, un número considerable de buques puede hallar siempre lugares propios para anclar en la parte interior de una ú otra de esas pequeñas islas. Por esto han sido el lugar de reunión más común de los corsarios; particularmente la isla de la Sonda, la de Springer, cuando permanecen algún tiempo en la costa, porque hay muy buen abrigo para carenar, y cavando se halla

(1) "Las islas del archipiélago de las Mulatas, 'más numerosas que los días del año,' están esparcidas en el mar en una grande extensión... Todas estas islas bajas, que parecen reposar sobre la superficie de un lago, como los jardines flotantes de Cachemira, están cubiertas de cocoteros... Un aeronauta que por primera vez contemplase este archipiélago desde lo alto de su globo, no podría menos de comparar las Mulatas á gigantescas hojas de nenúfar abiertas sobre la superficie apenas rizada de un pantano." (Elisée Reclus, *Voyage á la Sierra Nevada en* 1861).

agua dulce, que falta en las más de las otras. El terreno de casi todas las Samballas es llano, bajo, arenoso y cubierto de árboles de muchas especies. Se ven allí, por ejemplo, mameyes, zapotillos, manzanillos, etc. Además suministran varios peces que sirven de alimento á los corsarios. Las más próximas á la alta mar están cubiertas de rocas por ese lado, y por esto se las llama las islas de las rocas, aunque son arenosas por el lado opuesto, lo mismo que las islas que están cerca de la ribera. Aun más, hay una cadena de esas rocas, separadas del cuerpo de las islas, que se avanzan en el mar como á media milla, y se extienden hasta la isla de la Sonda, y tal vez más lejos.

El largo canal que corre entre las Samballas y el Istmo, es de dos á cuatro millas de ancho; y la costa del Istmo se compone en parte de bahías arenosas y en parte de un terreno cubierto de mangles, hasta la punta Samballas. Las montañas están poco más ó menos á seis ó siete millas de distancia de la orilla, pero hacia el río de la Concepción, que sale á una ó dos millas al este de la isla de la Sonda, la cadena principal está un poco más distante, y hay multitud de arroyos que caen en el mar á ambos lados de ese río. De esos arroyos, los unos se dirigen á las bahías arenosas y los otros al terreno cubierto de mangles; unos se vuelven salobres á causa del agua salada que forma aquellos pantanos, y otros conservan la dulzura de sus aguas. Aunque hay muchos ríos en esa parte de la costa, no los hay bastante profundos para admitir ningún navío; sólo se puede ir en canoa, aun por el río de la Concepción; pero el anclaje es tan bueno en el canal, que no hay necesidad de ningún otro puerto. Lo he recorrido casi por todos lados, y bajado á tierra en muchas de las islas, á que es fácil llegar en todo tiempo. Es cierto que las olas que vienen á estrellarse contra el Istmo son tan grandes cuando sopla el viento del mar, sobre todo en los lugares donde hay un canal entre las islas, que no está uno bien seguro en una canoa. Yo fuí volcado dos veces en los ríos, la una yendo á tierra y la otra hacia el mar. El terreno de ese lado es agradable á la vista; se eleva insensiblemente hasta la cadena principal, y no es sino un bosque continuado de hermosos y encumbrados árboles.

La punta Samballas es una roca bastante larga y baja, que está tan rodeada de rompientes á una milla de distancia en el mar, que es peligroso acercarse á ella. De aquí hasta Portobelo la costa se extiende al oeste y un poco al norte. A unas tres leguas al oeste de esta punta se encuentra el puerto Escribano. La costa, entre estos dos puntos, está toda llena de rocas, y el interior del país cubierto de espesas selvas.

El puerto Escribano es bueno cuando ya se ha anclado, pero la entrada, que tiene menos de ciento cincuenta pasos de anchura, está rodeada de rocas por una y otra parte, sobre todo al este, y el paso es

muy peligroso. Aun parece que no haya fondo para recibir los buques de tamaño regular, pues sólo se encuentran allí, casi por todas partes, ocho ó nueve pies de agua. El puerto se interna bastante en el país, y el anclaje es cómodo hacia el extremo del golfo, en donde hay fondo de arena. El terreno que se ve al frente es fértil, y se encuentra en él buena agua dulce. Se puede también llegar fácilmente al este y al sur, en donde el terreno es bajo y firme, en el espacio de dos ó tres millas, pero al oeste hay un pantano cubierto de mangles rojos. Fue en ese lugar, aunque tan incómodo, donde el capitán Coxon, La Sonde y sus otros compañeros abordaron en el año 1679 para ir á tomar á Portobelo. Su marcha fue muy larga y penosa, pero prefirieron exponerse á esa fatiga más bien que abordar á Bastimentos ó á cualquiera otro lugar más cerca de la ciudad, á fin de no ser descubiertos por los centinelas que los españoles colocan siempre en su vecindad, y sorprenderlos más fácilmente. En efecto, no se les descubrió sino á una legua de Portobelo, después de que habían marchado cinco ó seis días por el país. Los españoles no hacen uso ninguno del puerto Escribano, y á menos que un corsario entre en él por casualidad, se pasan muchos años sin que buque alguno toque allí.

Del puerto Escribano hasta el punto donde la ciudad de Nombre-de-Dios estaba en otro tiempo situada, hay siete ú ocho leguas de camino al oeste. El terreno comprendido en ese espacio es muy desigual, formado por pequeñas montañas, que son escarpadas del lado del mar, y por valles regados por insignificantes ríos. Esas montañas no son de roca pura, y no producen sino arbustos. Con respecto á los valles hay algunos cuyo terreno es bueno, y otros pantanosos, donde sólo se ven mangles. La cadena principal parece aquí bastante distante del mar; los corsarios de quienes acabo de hablar no la descubrieron desde la costa cuando marcharon hacia Portobelo. La ciudad de Nombre-de-Dios se elevaba en el interior de una bahía, cerca del mar, en un lugar que está actualmente tan lleno de cañas silvestres, muy parecidas á las que usan nuestros pescadores en Inglaterra, que no hay ya vestigios de ninguna habitación. Esta situación no parece haber sido muy ventajosa, puesto que la bahía está abierta al mar, y no hay casi abrigo para los navíos. Esta es la razón, según se dice, que obligó á los españoles á abandonarla; y tal vez el clima, que es muy malsano en ese país bajo y pantanoso, fue otro motivo (1). Hay, sin embargo, una fuente de agua dulce que corre al este de la plaza. La abertura del puerto es muy ancha, y aunque hay dos ó tres pequeñas islas que

(1) "Nombre-de-Dios se halla despoblado, y pasada su habitación á Portobelo, pues por estar cerca de lugares muy bajos y humedísimos, no tiene número la gente castellana que ha perecido allí." (Herrera, *Décadas*).

lo cubren, no es bastante seguro; así es que los españoles hicieron muy bien en abandonar ese punto para ir á establecerse á Portobelo, donde el puerto es magnífico y de fácil defensa, aunque el aire es también malsano.

A una milla ó dos al oeste de esas pequeñas islas, que están en la abertura de la bahía de Nombre-de-Dios, y á media milla ó más de la ribera, se ven unas pocas islas llamadas Bastimentos, una de las cuales se eleva en forma de punta; las más de las otras son de buena altura, y todas en general están cubiertas de bosques. Hay una fuente de muy buena agua en una de esas islas que tiene una bahía arenosa, donde es fácil abordar, y el anclaje es bueno. Estuve en ésta, y navegámos entre las otras que forman todas juntas un excelente puerto hasta el Itsmo. El fondo es de buen anclaje, se puede pasar cómodamente con el viento de mar entre la más oriental de todas y la que le está opuesta, y salir por el mismo camino con viento de tierra. Por otra parte, éste es el paso principal. Un poco más al oeste, antes de llegar á Portobelo, hay dos pequeñas islas llanas, sin agua y sin selvas. Están bastante cerca la una de la otra, y yo estuve en una de ellas. Su terreno es arenoso; del lado del mar tienen bajíos de piedras. Están tan cerca del Itsmo, que sólo hay un canal muy estrecho que las separa, por donde los buques no podrian pasar.

Después de haber pasado una cadena de rompientes que se extienden hacia Bastimentos, desde la bahía de Nombre-de-Dios, no se ven casi por todas partes en la ribera del Istmo sino bahías arenosas. Más allá de Bastimentos, hasta Portobelo, la costa está en general llena de rocas. En el interior del país sólo se ven altas montañas escarpadas, cuyo terreno es sin embargo bueno, y donde hay grandes selvas, excepto en los lugares que los indios sometidos, tributarios de Portobelo, han desmontado para hacer sus plantaciones. Estas son las primeras que se hallan en la costa, bajo el gobierno español, y no se ven en seguida hasta Portobelo, y aun más allá, sino casas aisladas, dispersas á uno y otro lado, ó pequeñas aldeas. Se ven también algunos centinelas hacia el mar, que ponen para seguridad de la ciudad. En todo el resto del norte del Istmo, que llevo descrito hasta aquí, los españoles no tenían ni autoridad sobre los indios, ni comercio con ellos cuando estuve allí, aunque los últimos habiten por todo el continente. Pero una persona me ha dicho después que los españoles los han ganado por medios suaves. (1)

Portobelo es un puerto vasto y muy cómodo; su entrada es estrecha,

(1) "El Obispo Piedrahita trabajó en la reducción de los indios del Darién del Sur, empleando sus rentas en hacerles presentes para atraerlos, y gastando más de ocho mil pesos en ello." (Acosta, *Compendio histórico del Descubrimiento)*.

pero su abrigo y su anclaje son inmejorables. Los tesoros del Perú, conducidos de Panamá por tierra, son cargados allí en los galeones españoles. Hay un buen fuerte á la derecha, y una plataforma á la izquierda, que defienden su entrada. La ciudad está situada en el fondo del puerto, en forma de media luna, en el centro de la cual, y cerca del mar, hay otro pequeño fuerte, bastante bajo, que está rodeado de casas del lado de la plaza. Al oeste, y á unos ciento cincuenta pasos de la ribera, se ve otro bastante grande y bien construído, sobre una pequeña eminencia, pero está dominado por una montaña vecina, de la que se sirvió sir Enrique Morgan para tomarlo (en 1665). Puede haber en todos esos fuertes dos ó trescientos soldados españoles de guarnición. La ciudad es estrecha y larga, tiene dos calles principales, además de las que cruzan, con una pequeña plaza de armas en el centro, rodeada de casas bastante hermosas. Las otras no son feas, ni lo son tampoco las iglesias, y todos esos edificios están construídos á la manera de España. No hay ni murallas, ni obras exteriores en esta ciudad; se ve al este el gran camino que conduce á Panamá, con una extensa caballeriza que se extiende al norte y al sur de Portobelo. Por otra parte, el paso más corto sería al sur de la ciudad, pero las montañas que existen por ese lado se oponen y forman un obstáculo insuperable. La caballeriza está destinada á las mulas del Rey, que van de aquí á Panamá. La casa del Gobernador está cerca del gran fuerte, sobre la misma eminencia y al oeste de la ciudad. Entre la plaza de armas y esta casa hay un arroyo, sobre el cual hay un puente; al este, próximo á la caballeriza, hay otro arroyo de agua dulce. He dicho ya que el aire es malsano allí, por ser el terreno bajo y pantanoso al este. Cuando el mar se retira, se ve sobre la ribera un fango negro y fétido que no puede menos de exhalar vapores nocivos en un clima tan cálido como éste. Al sur y al norte el terreno se eleva insensiblemente hasta la cima de las montañas, que están en parte en sabanas; pero no hay muchos árboles frutales ni plantaciones cerca de la ciudad. Esta relación la tengo de diferentes corsarios que volvían de Portobelo, en donde no he estado en persona.

En cuanto á la costa que está más adelante, al oeste, hasta la embocadura del río Chagres, no la he visto sino desde el mar; así es que no puedo decir otra cosa sino que hay montañas en ciertos puntos y que en otros es muy pantanosa. Por otra parte, diferentes personas me han dicho que no hay comunicación entre Portobelo y la boca de ese río.

Fuí aun más al oeste, antes de atravesar el istmo con el capitán Sharp: costeámos muy lejos y carenámos en Bocas-del-Toro y en Boca-del-Dragón; pero esto se sale de los límites que me he prescrito.

Después de haber examinado la costa septentrional del Istmo, no trazaré sino un ligero bosquejo de la del sur, porque Mr. Dampier la ha descrito en parte en su *Viaje al rededor del mundo.*

Comienzo por la punta Garachiné, situada al oeste del río Sambú, que es bastante alta; pero más adelante, hacia el río, el terreno es bajo, pantanoso y cubierto de mangles, así como las ctras puntas hasta el cabo San-Lorenzo.

No he visto el río Sambú, pero dicen que es bastante grande. Su embocadura está hacia el norte, y la costa voltea después al nordeste hasta el golfo de San-Miguel. Ese golfo es formado por el derrame de muchos ríos: los principales son los de Santa-María y Congo, aunque haya otros muy considerables. Se ve el uno al sur de Santa-María, que se llama el río de Oro (el río Cana?), en el que se encuentra gran cantidad de polvo de ese rico metal, y donde los españoles de Panamá y de Santa-María envían sus esclavos á sacarlo.

El río que viene después del Oro es el de Santa-María, que se llama así del nombre de la ciudad, situada sobre la costa meridional de ese río. Pasámos á lo largo de dicho río cuando entrámos por la primera vez al mar del Sur con el capitán Sharp, y lo recorrimos desde la bahía que está cerca de la isla de Oro (1). Tomámos la ciudad de Santa-María donde sólo había doscientos soldados españoles de guarnición; pero esta plaza no era muy fuerte, pues no tenía murallas; la fortaleza misma no estaba defendida sino por estacadas. Es una ciudad que los españoles de Panamá han fundado recientemente para tener allí guarnición y sus almacenes, y servir de cuartel de refresco á los esclavos que hacen trabajar en el río de Oro. El país es bajo y cubierto de bosques en toda la vecindad; el aire es muy malsano, lo que puede provenir del limo fétido de los ríos. Pero la pequeña aldea de Escuchadero, situada sobre la orilla derecha del río Santa-María, muy cerca de su boca, está construída sobre una eminencia, frente al golfo de San-Miguel, y recibe las brisas del mar; de suerte que el aire es allí bastante bueno: este lugar sirve de refresco á los que trabajan en las minas. Hay, por otra parte, una pequeña fuente de muy buena agua dulce, mientras que la de los ríos es salobre muy adentro del país.

El río Congo desagua en el golfo de San-Miguel, entre Escuchadero y el cabo San-Lorenzo, que está al norte de ese golfo. Ese río está formado por multitud de arroyos que caen de las montañas vecinas.

(1) Aquí confunde Wafer tres ríos, de los que hace uno solo: el Sucubtí, que nace cerca de la costa septentrional del Darién y derrama sus aguas en el Chucunaque; éste y el Tuira ó Santa-María, que se juntan en el sur, para desaguar en el golfo de San-Miguel. Pero nos da una preciosa indicación, pues fija el camino que siguió la expedición del capitán Sharp.

Su boca es fangosa y no hay casi agua durante la marea baja, sino es en el centro de su lecho; de suerte que los buques no podrían anclar allí. Pero más adelante es bastante profundo, y entrando los navíos cuando está alta la marea, podrían hallar un buen puerto. El golfo encierra muchas islas, y el anclaje es bueno en diferentes puntos, en un fondo limoso. Esas islas, particularmente las que están hacia la embocadura, lo hacen muy abrigado; el golfo es bastante vasto para contener un gran número de buques. No se ven por todas partes sobre las costas sino mangles, que crecen en un terreno húmedo y pantanoso.

Al norte del golfo hay una caleta, donde desembarcámos á nuestra vuelta del mar del Sur; el espacio que la rodea está en parte cubierto de mangles, y en parte de bahías arenosas. Desde ese punto la bahía se extiende más lejos al norte, pero se encorva en seguida suavemente al oeste. El terreno es poco más ó menos igual al que acabo de describir, hasta el río Chepo; hay bancos de arena en muchos puntos, que avanzan en el mar hasta una milla. Se ven también pequeñas montañas á cinco ó seis millas de la ribera, y todo el país está cubierto de selvas. Sólo hay un río un poco considerable entre Congo y Chepo, aunque sí hay muchas ensenadas. Pero durante el buen tiempo no se encuentra agua dulce en esta costa, al menos que yo sepa. Esta no falta en la estación lluviosa, y si no corriese de las montañas para formar estanques, los árboles solos suministrarían bastante.

Chepo es un gran río cuya entrada no es buena á causa de los bancos de arena. Toma su origen en la proximidad del mar del Norte, y continúa su curso muy lejos hacia el este. El país cambia en cierta manera de aspecto al rededor de ese río, pues si hay selvas al este, se ven sabanas al oeste. La villa de Chepo está sobre ese último lado, á alguna distancia del mar, pero es pequeña y de poca significación. Puede decirse que debe su subsistencia al ganado que cría en sus pastos.

Las sabanas, además, no son continuas por todas partes, se ven interrumpidas por pequeñas montañas y valles con agradables selvas; y es en algunas de esas montañas donde el río Chagres, que desagua en el mar del Norte, toma su origen. Venta-de-Cruces, pequeña aldea llena de posadas y de almacenes, está situada sobre la orilla meridional, bastante cerca de Panamá, de donde se trasportan para allí las mercancías en mulas, para ser embarcadas en el río Chagres en canoas y piraguas; pero las barras de plata son carreteadas por tierra hasta Portobelo. El país por ese lado está también formado de sabanas, de bosques y de altas montañas de poca extensión, sobre todo hacia Panamá.

Entre el río Chepo y Panamá, más al oeste, hay tres ríos que no son de grande importancia. La costa es baja é igual, seca casi por

todas partes y cubierta en algunos puntos, cerca de la ribera, de zarzales. La antigua Panamá, que era en otro tiempo una gran ciudad, estaba situada sobre el más occidental de esos ríos, pero de ella no quedan hoy sino ruinas y algunas casas habitadas por gentes pobres. El puerto no era bueno; los españoles, que pensaban abandonarla antes que sir Enrique Morgan la incendiase (en 1671), no vacilaron después del incendio, y en lugar de levantarla de nuevo fundaron otra al oeste. El río de la antigua Panamá, que puede recibir pequeñas barcas, corre entre las dos ciudades, pero más cerca de la nueva que de la antigua.

La principal ventaja que tiene la nueva Panamá sobre la antigua consiste en su rada, que es tan buena como un puerto para buques pequeños. La debe á las tres islas Perico, que la cubren y que se siguen en una línea paralela á la ribera. Se puede anclar con seguridad á bastante distancia de la ciudad, como lo hacen la mayor parte de los buques, porque entre esta plaza y la rada hay un banco ó lengua de tierra, que les impide acercarse y los obliga á quedarse más cerca de Perico. Panamá está edificada sobre un terreno llano, y rodeada de altas murallas, particularmente del lado del mar. No tiene más fuerte que sus murallas, que son bañadas á cada flujo, y de las que la violencia de las olas arrastra algunas veces grandes fragmentos. Las iglesias y las casas altas que dominan sobre las otras hacen su vista muy agradable del lado del mar. Todos los edificios parecen blancos, así como las murallas, que están construídas de piedra; los techos se ven rojos porque están sin duda cubiertos de tejas, de las que se sirven mucho los españoles en todas las Indias Occidentales.

La ciudad está rodeada de sabanas, de colinas cuya pendiente es suave y de bosques tallares, lo que contribuye mucho á realzar la belleza de la perspectiva. Se ven allí por otra parte algunas granjas dispersas en donde pastan bueyes, caballos y mulas. Esta ciudad es el lugar de reunión de toda esa parte del mar del Sur; se reciben allí los tesoros que vienen de Lima y de otros puntos del Perú. También hace algún negocio con México, pero no se extiende éste más allá del golfo de Nicaragua. El Rey de España tiene allí un Presidente, que obra de acuerdo con su consejo; el Gobernador de Portobelo está bajo su dependencia. Su jurisdicción encierra á Natá, la Villa, León, Realejo, etc., hasta que se llega al gobierno de Guatemala; señorea hacia el este toda esta parte del Istmo que ha sufrido el yugo español sobre uno y otro mar.

Esta plaza, aunque situada en un buen país, es muy malsana; mas tal vez no lo es sino con respecto á los que están acostumbrados al aire puro y seco de Lima, de Trujillo y de otros lugares del Perú; al menos

caen enfermos casi tan pronto como llegan aquí, y se ven obligados á hacerse cortar los cabellos. Sin embargo el aire es mucho mejor que en Portobelo. Como á una legua al oeste de Panamá se encuentra un río, que llaman algunos Rio-grande. Tiene un fondo bajo en su entrada, pero es tan rápido, que los buques no podrían navegarlo. Se ven estancias y plantaciones de caña de azúcar en su orilla occidental; pero como la ribera se extiende de nuevo hacia el sur, no llevaré más lejos mi descripción de la costa meridional del Istmo.

La ribera entre la punta Garachiné y este río, hasta Punta-mala, forma la mayor parte de un semicírculo muy regular, y se llama este circuíto la bahía de Panamá. Encierra gran número de islas, tan hermosas como no las puede haber en otra parte, tales son las islas del Rey ó de las Perlas, Pacheque, Chepillo, Perico, etc., y el anclaje es bueno en diferentes puntos; pero Dampier ha dado un detalle tan exacto de todo esto en su *Viaje al rededor del mundo*, que yo no me detendré más largo tiempo en ello: todo lo que puedo decir en dos palabras, es que la bahía es magnífica, y que si por una parte el abrigo y el anclaje son allí excelentes, por otra las islas suministran gran cantidad de madera, de agua, de frutas, de volatería y de cerdos, para servir á las necesidades de los navíos que abordan allí.

En el interior del país el terreno es muy bueno casi por todas partes, y de color negro. Desde el golfo de San-Miguel hasta la cadena de montañas que está á la altura de la bahía de Carreto, no se encuentran sino valles bañados por los ríos que desaguan en dicho golfo; pero hacia la orilla de éste el terreno está tan cortado é inundado, que es casi imposible marchar á lo largo de la ribera. Al oeste del río Congo el país es más seco y montañoso, surcado por valles fértiles hasta que se pasa el río Chepo: no es, por decirlo así, sino una selva continua. Las sabanas comienzan aquí con esa agradable variedad de bosques y de montañas bajas, que son fértiles por todas partes hasta su cima, aunque producen más en su parte inferior. La cima misma de las que forman la cadena principal está cubierta de muy hermosos árboles. Pero las montañas de donde nace el río de Oro, cerca de Santa-María, son más estériles hacia su cima y no tienen sino pequeños zarzales. En una palabra, el terreno de esta parte es tan bueno, que puede dar con muy buen éxito, si no me engaño, todas las producciones de Jamaica.

Los bosques que se encuentran en el interior del país, sobre la cima ó en la falda de las montañas, no son de la misma naturaleza que los que se ven cerca del mar. Los primeros son grandes selvas seculares, ó lindas florestas pobladas de muy hermosos árboles de diferentes clases, con poco ó ningún bosque tallar; los árboles crecen allí á tal distancia los unos de los otros, que un caballo podría galopar entre ellos bastante

rato evitándolos fácilmente. Las copas de esos árboles son generalmente muy anchas y se extienden mucho; supongo que su sombra y las hojas que de ellos caen impiden toda vegetación por debajo, aunque el terreno sea superior. Sobre la ribera del mar, donde el terreno es casi por todas partes pantanoso y anegadizo, especialmente hacia la desembocadura de los ríos, los árboles son pequeños y nudosos, tales como los mangles, y crecen allí espinos, escaramujos, guaduas, etc. Tampoco están alineados como en las florestas, y están tan cerca los unos de los otros, que es muy difícil pasar por en medio de ellos.

La temperatura del aire es poco más ó menos la misma que en los otros lugares de la zona tórrida que se encuentran á esta latitud, aunque la humedad sea mucho mayor. La estación lluviosa comienza en los meses de Abril ó Mayo, y las lluvias son muy violentas durante los meses de Junio, Julio y Agosto. Pero en ese mismo tiempo, si el sol llega á penetrar una nube, hace un calor sofocante, porque entonces las brisas que sirven para refrescar el aire, no soplan por lo regular. Hacia el mes de Septiembre, las lluvias empiezan á disminuír, pero no terminan sino en Noviembre ó Diciembre, y aun algunas veces en Enero; de suerte que ese país es muy húmedo, y las lluvias duran ocho ó nueve meses del año; vienen poco más ó menos como nuestros aguaceros del mes de Abril: al principio no cae sino uno por día, en seguida hasta dos ó tres, y al fin uno por hora. Esos aguaceros vienen acompañados con mucha frecuencia de relámpagos y de furiosos truenos; el aire se infecta de un olor de azufre capaz de quitar la respiración, sobre todo en medio de los bosques. Después de ese tiempo variable hay lluvias por cinco ó seis semanas seguidas, que duran algunas veces noche y día, sin truenos ni relámpagos, pero muy fuertes. Pero en lo más crudo de esta estación lluviosa se ven hermosos días que no son interrumpidos sino por algunos torbellinos ó aguaceros acompañados de truenos. Aquéllos causan por lo regular un fuerte viento que refresca el aire y que sacude de tal modo los árboles de la vasta selva, que el agua que de ellos gotea es tan incómoda como la lluvia misma. Cuando el aguacero ha pasado, se oyen durante un largo espacio de camino el canto de las ranas y de los sapos, el zumbido de los mosquitos, el silbido de la serpientes y el ruido confuso y desagradable de muchos otros animales, algunos de los cuales chapuzan como los gansos. Los mosquitos infestan sobre todo los lugares bajos y pantanosos, donde hay mangles, cerca de los ríos ó del mar. Sin embargo, ese país no es tan atormentado por ellos como otros climas cálidos. Las lluvias que caen sobre los árboles causan un ruido sordo, y las inundaciones que producen los arrastran frecuentemente, como lo anoté en la relación del viaje que hice por tierra. Hay árboles de esos que caídos

los unos sobre los otros forman un dique y obstruyen el paso de los ríos, hasta que otra creciente los separa y los hace flotar. Algunas veces sucede que los torrentes inundan extensos llanos, que parecen entonces lagos. El tiempo más fresco del año en el Darién es hacia la Navidad, cuando empieza la estación seca.

---

## CAPÍTULO III.

**Arboles del Istmo.—Arbol de algodón.—Palmera de macao.—Arbol de leche.—Cocos.—Plátanos.—Mamey.—Zapotillo.—Piña.—Caña de azúcar.—Manzanillo.—Majagua.—Calabaceras.—Agave.—Balso.— Tamarindo.—Algarrobo.—Cañas y guaduas.—Mangles.—Ají.—Palo rojo.—Yuca.—Tabaco; modo singular de fumarlo los indios.**

Hay en el Istmo una infinidad de árboles, así frutales como de otras clases, que nos son desconocidos en Europa.

El árbol del algodón (1) es el más grueso de todos; se encuentra en abundancia casi por todas partes, pero no recuerdo haberlo visto en las Samballas, ni en ninguna de las islas vecinas. Ese árbol carga un fruto del grueso de una nuez moscada, lleno de lana corta que sale de él cuando está maduro, y de la que se hace poco caso. Del tronco hacen canoas y piraguas, ahuecándolo por medio del fuego, mientras que los españoles emplean para esta operación el cincel. Su madera es más blanda que la del sauce, y se trabaja fácilmente.

Los cedros rojos (2) de ese país son de una altura y de un grosor considerables; los hay muy hermosos en el continente, pero no recuerdo haber visto alguno en las islas. Crecen en ambas costas marítimas, particularmente en la del Norte. El palo es rojo, oloroso y de hermosa contextura, pero no se hace de él más caso que de los árboles de algodón, pues sólo se usa para canoas ó piraguas. Cuando los indios quieren hacer una canoa, no se toman el trabajo de ir á buscar uno á cien pasos del río, donde proyectan lanzarlo, porque encuentran bastantes á la orilla de las aguas.

Hay en el continente muchas especies de palmeras, entre las cuales se puede colocar la *macao*, (3) que crece abundantemente en los lugares húmedos y pantanosos. No recuerdo, sin embargo, haberla visto en ninguna otra parte que en el sur del Istmo, donde el terreno

(1) *Bombax*, árbol semejante á la ceiba; llámanlo también *palo de lana*.

(2) *Cedrela odorata*.

(3) El chontaduro *Martinezia siliata*.

presenta, en general, aquellas condiciones. Tal árbol no es muy alto, su tronco puede tener diez ó doce pies, es recto y cubierto de nudos gruesos situados á distancia unos de otros y armados de largas púas. El canal medular llena más de la mitad del diámetro del tronco, del propio modo que el saúco. El tronco es enteramente desnudo hasta la copa; las hojas ó ramas son de doce ó catorce pies de largo, de pie y medio de ancho, y se estrechan poco á poco hacia la extremidad. La vena de éstas está toda guarnecida exteriormente de púas; la hoja está dentada en las extremidades y del grueso de la mano en el punto más ancho. El fruto, que es del tamaño de una pera pequeña, crece en la copa del árbol y entre la base de las hojas, formando grandes y abundantes racimos. La forma de éste es casi de figura oval, y su color amarillo ó rojo cuando está maduro; en este estado la pulpa es tenaz y viscosa, de gusto acre pero no desagradable, y tiene un hueso en el centro. Arráncase la sustancia pulposa, que se separa del hueso, y después de masticarla se arroja la parte fibrosa que queda en la boca. Los indios cortan por lo general el árbol para coger el fruto; pero hay también árboles bajos y flexibles que se pueden inclinar para alcanzar las chontas. El palo es muy duro, negro, pesado y de mucho uso; se puede hender sin trabajo y los indios le dan varias aplicaciones, haciendo tablas y postes para la construcción de sus casas, fabricando los hombres la punta de las flechas y las mujeres lanzaderas para hacer telas de algodón, etc.

El que llaman *árbol de leche*, (1) á causa del licor que de él mana, crece también en el continente. Su tronco es recto y flexible, del grueso del muslo, de sesenta á setenta pies de alto, armado de espinas y sin hojas ni ramas hasta la copa. El fruto sale al rededor del punto donde nacen las ramas, formando guirnaldas. La medula corre por toda la extensión del tronco, en pequeña cantidad; el palo es fuerte, duro y tan negro como tinta. Los indios no lo cortan, sino lo queman, para coger el fruto, el cual es blanquecino, aceitoso y del tamaño, poco más ó menos, de una nuez moscada. Lo pilan en morteros ó en pilones; en seguida lo hacen hervir, luégo lo pasan á través de un lienzo, y á medida que el licor se enfría espuman de la superficie un aceite muy claro y sumamente amargo; emplean éste para ungirse, y lo mezclan con los colores con que se pintan el cuerpo. Cuando el árbol es tierno, le hacen una incisión, en la cual colocan una hoja para recibir la leche, que corre en abundancia: ésta es un licor parecido al suero, de gusto picante y agradable; los indios lo toman después de haberlo guardado uno ó dos días.

Hay cocos (2) en las islas, pero no en el Istmo; al menos yo no

(1) *Galactodendron utile.*

(2) *Cocos nucifera.*

lo recuerdo. No se encuentran árboles de cacao en ninguno de aquellos lugares.

Hay en el continente un árbol que produce un fruto semejante á la cereza, pero lleno de huesos y siempre duro. (1)

Encuéntranse también en gran cantidad plátanos. (2) El tronco de este árbol está cubierto de hojas ó envolturas fibrosas, las cuales se ajustan unas con otras hasta la copa, donde sale el fruto de figura oblonga. Dichas hojas son muy largas y anchas, y se apartan del tronco formando una especie de penacho al rededor. Los vástagos son muy vivaces; si en la estación lluviosa los ríos los arrastran á otro terreno, arraigan allí perfectamente. Los indios los plantan en hileras ó en cercas sin ponerles ningún apoyo, formando agradables sotos. Cortan también los árboles para hacerse al fruto, y como aquéllos son blandos y esponjosos, es fácil aterrarlos de un solo hachazo.

El guineo (3) se produce también copiosamente en el Istmo. Es una especie de plátano, cuyo fruto, más corto, grueso, suave y harinoso, es mejor crudo que cocido, al contrario del hartón.

Hay gran abundancia de mameyes en las islas. (4) El tronco de este árbol es liso, recto y de 60 pies y aun más de alto. La fruta es sana y deliciosa, poco más ó menos del tamaño de una pera de á libra, pero mucho más gruesa; tiene uno ó dos huesos.

Los zapotillos (5) no se encuentran en el continente, pero abundan en las islas. Este árbol no es tan alto como el anterior; no tiene ramas sino en la cima, donde forma una copa como la de la encina. Su fruto es de un gusto muy agradable, del grueso de una pera de bergamota y cubierto de una piel parecida á la de la manzana de reina.

Prodúcese en el Istmo la fruta deliciosa que llamamos piña, (6) que se parece á una alcachofa, y es tan grande como la cabeza de un hombre. Nace en forma de corona á la extremidad de un tronco tan grueso como el brazo y de pie y medio de largo. Pesa en general seis libras; está rodeada de unas hojas cortas que terminan en punta, como una alcachofa. No se arrancan esas hojitas para llegar á la fruta, la cual no tiene ni pepitas ni hueso, sino que se pela ésta. Es muy suculenta; algunas personas hallan que tiene juntos todos los gustos de las frutas más deliciosas que se puedan imaginar. Madura en todas las

(1) El hicaco, *Chrysobolanus icaco.*

(2) *Musa paradisiaca.*

(3) *Musa sapientum.*

(4) *Mammea americana.*

(5) *Achras sapota.*

(6) *Bromelia ananas.*

estaciones del año, y para este efecto se cultivan matas nuevas. Las hojas de esa planta son anchas, poco mas ó menos de un pie de largo, y salen de la raíz.

El peral picante (1) crece también en el Istmo. Es un arbolito que tiene cerca de cuatro pies de altura, y cuyas hojas son espesas; está lleno por todas partes de espinas. Lo que se llama pera se muestra á la extremidad de la hoja: es una buena fruta, y la comen mucho los indios y aun los extranjeros.

Se encuentran en el continente las que llamamos cabezas de papas; es un zarzal guarnecido de espinas de un jeme de largo, agudas, duras, gruesas y negras en la punta. Es difícil acercarse á ellas sin lastimarse los pies y las manos.

Hay cañas de azúcar en el Istmo; pero todo el uso que los indios hacen de ellas es chuparles el jugo.

Se ve en las islas un árbol llamado manzanillo. (2) Su fruto, que lleva el nombre de poma de manzanillo, tiene olor agradable y la apariencia de una hermosa manzana pequeña, pero es un verdadero veneno; si se llega á comer carne de algún animal que se haya alimentado de él, se envenena uno con seguridad, pero puede curarse. Este árbol crece en los prados; es bajo, tiene el tronco grueso y la copa extendida y llena de hojas. He oído decir que su madera es hermosamente jaspeada, sirve para obras de escultura y de ebanistería; pero es peligroso cortarlo, pues las astillas que de él saltan ocasionan ampollas en todas las partes del cuerpo que tocan. Recuerdo aún que en una de las Samballas, uno de nuestros compañeros, francés, se sentó debajo de un árbol de esos para refrescarse, y la lluvia que le cayó en la cabeza y en el pecho le hizo brotar ampollas por todo el cuerpo, como si se le hubieran aplicado cantáridas. Dio trabajo salvarlo, y después de su curación le quedaron cicatrices, como á los que han tenido viruela.

El *maho* ó majagua (3) que crece en el Darién, es poco más ó menos del tamaño del fresno; hay muchos más pequeños, que nacen en los lugares pantanosos, á la orilla de los ríos, ó cerca del mar. La corteza de este árbol se desgarra como tela podrida; si se coge un girón por abajo, se puede rasgar hasta la copa. Sus hilos son muy desiguales y delgados, pero muy fuertes. De ellos se fabrican cuerdas que sirven de cables y aparejos para buques pequeños. Los indios las hacen de la manera siguiente: dividen la corteza en muchas tiras largas, las cuales subdividen en otras más ó menos anchas, según las desean; las gol-

(1) El nopal ó higo de tuna, *Ficus cactus*.

(2) *Hippomane mancinella*.

(3) *Hibiscus tiliaceus*.

pean, y después de limpiarlas, las tuercen enrollándolas con la palma de la mano sobre el muslo ó la rodilla, como nuestros zapateros tuercen su sedal, pero con mucha más rapidez. De esos cordones así torcidos componen redes que no sirven sino para coger tarpones y otros peces del mismo tamaño.

El *totumo*, (1) árbol que produce la calabaza, es corto y recogido. Su fruto crece entre las ramas, como nuestras manzanas; es redondo y de cáscara dura; cuando se le saca la sustancia que contiene, caben en él de dos á cinco pintas. Los indios lo emplean á guisa de vasija para muchas cosas. Se encuentran dos especies de esos árboles, que difieren sobre todo respecto al fruto, pues el uno es dulce y el del otro amargo. La sustancia es igualmente esponjosa y suculenta; pero la del que es dulce tiene cierto agrio que no es muy agradable. Sin embargo, los indios la comen mucho cuando viajan, chupando solamente el jugo. El amargo no es comestible, pero es muy purgante; se emplea con buen éxito en las tercianas, y un clíster hecho de su decocción es un específico excelente para el miserere ó el cólico. La corteza de la calabaza es casi tan dura como la del coco, pero no tiene ni la mitad del grueso de ésta. Los calabazos del Darién son pintados, y los estiman mucho los españoles.

Hay también gran cantidad de cucúrbitas que se extienden sobre la tierra ó se enredan en los árboles como la vid. Se encuentran dos especies de éstas: dulces y amargas. Las primeras se pueden comer, aunque no son buenas; las otras, usadas como clíster, son purgantes y medicinales para los dolores de costado, las tercianas, la constipación, etc. Los indios estiman ambas especies, sobre todo á causa de la cáscara: hacen unos como cántaros de la más gruesa, y las calabazas les sirven de platos, copas y tazas para beber.

Tienen también una planta que les es muy útil, y que llamamos yerba de seda, (2) aunque es más bien una especie de pita. Se encuentra en gran cantidad en los lugares húmedos á las faldas de las montañas. La raíz es llena de nudos; las hojas tienen figura de espada, son del grueso de la mano en el centro y hacia la raíz, más delgadas en los bordes y la cima, donde terminan en punta aguda, como los pabellones de nuestros buques, con la diferencia de que la hoja es mucho más ancha, tiene una ó dos varas de largo y es dentada como sierra. Los indios cortan esas hojas cuando han llegado á cierto tamaño razonable, y después de secarlas al sol las aporrean y les sacan un hermoso lino, más fuerte que el cáñamo ó el lino que se ve entre nosotros. Así es que la hoja no parece sino un montón de hilos encerrados en una piel. Los

(1) *Crescencia cugete.*

(2) *Agave americana.*

tuercen juntos como la majagua, fabrican con ellos cordeles para las hamacas, toda clase de jarcias y una especie de red para coger los pececillos. Los zapateros de Jamaica se sirven de ese hilo para coser el calzado, porque es más fuerte que ningún otro. Las mujeres españolas hacen de él medias, que se venden muy caras, y una especie de encaje amarilloso que usan mucho las mestizas en las plantaciones de las Indias Occidentales.

Crece allí un árbol, del tamaño poco más ó menos del olmo, cuya madera es muy ligera, el cual llamamos, á causa de eso, *palo liviano :* es el balso. Tiene el tronco recto y la hoja tan grande como la de un nogal. Un hombre puede cargar mucho sobre la espalda, después de cortado; parece corcho, es de color blanquecino y tiene el grano tan tosco como el algodonero, y más aún que el abeto. No sé si es tan esponjoso como el corcho, pero me parece que sería excelente para tapas de cañones. Es tan liviano, que de tres ó cuatro troncos, cada uno de cuatro pies de largo y del grueso del muslo, se haría una buena balsa, en la cual dos ó tres hombres podrían llegar al mar. Los indios las hacen más grandes; hé aquí de qué manera: amarran muchos palos de balso juntos, con cuerdas de majagua, y hacen una especie de pavimento; en seguida forman encima otro piso al través, colocando los balsos á alguna distancia unos de otros, juntándolos con los primeros por medio de largas clavijas de palmera. El balso es tan blando y al mismo tiempo tan tenaz, que admite fácilmente las clavijas que en él se entierran y las aprieta bien. Si esas balsas estuvieran guarnecidas de tablas de madera, se parecerían bastante á las que nuestros tintoreros de Londres tienen en el Támesis. Los indios las usan particularmente para atravesar grandes ríos, cuando las canoas ó los otros árboles les faltan, y para ir á pescar.

Hay otro árbol que llamamos palo blanco. Su tronco es poco más ó menos del grueso del muslo, y puede tener diez y ocho ó veinte pies de alto, como un gran sauce. La hoja es tan pequeña como la del sen; el palo es muy duro, apretado, pesado, de una blancura que excede la de todas las otras maderas que he visto en Europa, y de muy hermoso grano; de suerte que me parece muy apropiado para todas las obras de ebanistería. Este árbol no lo he visto nunca fuera del Istmo.

Encuéntranse tamarindos morenos (1) de buen gusto, pero que no son bien cultivados. El árbol que los produce es hermoso, frondoso, muy grueso para su especie; crece en general en terreno arenoso, muy cerca de los ríos.

Se ven también algarrobos, (2) sobre todo silvestres, que se parecen á los tamarindos.

(1) *Tamarindus indica.*

(2) *Hymenæa courbaril.*

El árbol que carga la canela bastarda tiene una vaina más corta que la de una haba, pero más gruesa, y no crece sino en el continente.

Hay muchísimas cañas ó bambúes en ese país: diríase que son otros tantos matorrales y bosques tallares intransitables; salen hasta veinte ó treinta tallos, y aun más, de una sola raíz, todos guarnecidos de espinas. Nacen casi siempre en terreno pantanoso ó en la orilla de los ríos, y se encuentran muchas más en el Istmo que en las islas, donde hay muy pocas.

Otra especie de caña hueca, la guadua, (1) sólo se encuentra en el continente. Tiene de veinte á treinta pies de altura, es del grueso del muslo y está cubierta de nudos á pie y medio de distancia unos de otros. El espacio de un nudo á otro está vacío y puede contener cuatro pintas y aun más. Esas cañas son útiles en diferentes ocasiones. Crecen también, como las otras, en forma de bosque tallar; sus hojas, que se parecen á las del saúco, se ven reunidas en la copa de la caña.

Los mangles (2) crecen en el agua, en las islas y en el continente, y tienen muchas raíces, entrelazadas unas con otras, sobre las cuales se elevan como sobre otros tantos zancos. Esas raíces salen algunos pies fuera del agua, aunque sea muy profunda, y van á unirse todas juntas en forma de arcadas al tronco de un hermoso árbol que puede tener uno ó dos pies de diámetro. Tan entretejidas se encuentran unas con otras, que no sería posible pasar por los lugares donde crecen esos árboles.

La corteza de los mangles que crecen en el agua salada es roja y se usa para curtir el cuero.

Se encuentran allí dos especies de ají, (3) en gran cantidad; los indios lo usan mucho: el uno se llama ají de campana, y el otro ají de los pájaros. Ambos son producidos por un arbusto que puede tener una vara de alto. El último tiene la hoja más pequeña, y los indios lo estiman más.

Hay en el continente una especie de palo rojo, (4) que podría ser muy bueno para la tintura; crece sobre todo en la costa del mar del Norte, á lo largo de un río que corre hacia las Samballas, á dos millas de la ribera del mar. Vi allí gran número de esos árboles, que son poco más ó menos del grueso del muslo, y tienen treinta ó cuarenta pies de altura. Su corteza está llena de cavidades ó hendiduras; cuando el palo está cortado, parece de un rojo que tira al amarillo. Con ese palo y con

(1) *Bambusa arundinata.*

(2) *Rhizophora mangle.*

(3) *Capricum.*

(4) El brasilete, *Hecastophyllum.*

una especie de tierra que se encuentra en el interior del país es con lo que los indios tiñen el algodón para hacer hamacas y batas. Yo lo ensayé por mi propia mano, y después de haber hecho hervir alguna cantidad en agua clara durante el espacio de dos horas, se puso ésta roja como sangre. Mojé allí una pieza de algodón, que quedó de un hermoso color rojo, brillante y muy vivo; y aunque la lavé en seguida, no hizo sino desteñirse un poco, lo que atribuí á la falta de alguna sustancia propia para fijar el color, pero no fue posible hacerle perder la tintura.

Los indios siembran muchas raíces, como las batatas, (1) que comen asadas, lo mismo que los ñames, (2) de los cuales hay dos especies, unos blancos y otros de color de púrpura.

La yuca (3) se parece bastante á la pastinaca: las hay dulces y venenosas; las primeras se comen asadas, y de las segundas se hace pan ó cazabe. Después de exprimirles el jugo, que es un veneno, las raspan y las reducen á polvo; en seguida ponen una piedra plana al fuego, y cuando está bien caliente le vacian esa harina poco á poco, hasta que se forma una torta cuya parte inferior se vuelve dura y morena, pero la superior queda desigual y blanca como nuestras tortas de harina de avena. Las suspenden luégo á las paredes de sus casas ó sobre las cercas, donde se secan y tuestan. Se usan mucho en lugar de pan en Jamaica y en las islas de las Indias Occidentales.

El tabaco crece en el país, pero no es tan fuerte como el de Virginia, sea porque no lo trasplantan ó porque no lo saben cultivar. Cuando está seco y purificado lo despojan de las venas, después toman dos ó tres hojas juntas, las que envuelven á lo largo; pero dejan un pequeño vacío en el centro. Hecho esto, enrollan otras por encima y las aprietan más, hasta que queda hecho un cilindro del grueso del puño y de dos ó tres pies de largo.

Cuando están en compañía y quieren fumar, un muchacho enciende un extremo de alguno de esos rollos, el que reduce casi á carbón, y humedece la parte inmediata á fin de que el resto no se queme muy pronto. Después toma en la boca dicha punta y sopla el humo á la nariz de cada uno, aunque sean dos ó trescientos. Entonces los indios, sentados en bancos á la usanza del país, ponen las manos alrededor de la boca y de las narices y hacen una especie de embudo para recibir el humo. Lo aspiran con deleite y lo atraen con tanta fuerza que se diría al verlos que se consideran felices en esa situación y que ese ejercicio los refresca mucho.

(1) *Convolvulus batata.*

(2) *Discorea.*

(3) *Yatropha manihot.*

## CAPÍTULO IV.

Cuadrúpedos y reptiles.—Saínos.—Jabalíes.—Ciervos.—Perros.—Conejos.—Monos.—Ratones.—Insecto-soldado.—Cangrejos.—Caimanes.—Iguanas.

No hay gran variedad de animales en el Darién; pero el terreno es tan fértil, que si se llegase á desmontar una parte considerable de los bosques que allí se encuentran, produciría sin duda excelentes pastos para la cría del ganado, cerdos y otros animales que de Europa se llevan á aquellos climas.

Allí se encuentra sin embargo, una especie de cerdo llamado pécar ó saíno, (1) que difiere poco de los cerdos de la Virginia. Es negro, tiene piernas cortas, y con todo, camina bastante ligero. Pero lo más raro es que tiene un ombligo en el lomo, esto es, una hendidura de dos ó tres líneas de anchura y de más de una de profundidad, por la cual despide un humor abundante y de olor muy desagradable. Si no se le corta este ombligo tres ó cuatro horas á más tardar después de muerto, la carne se daña tanto que no es posible comerla, y se pone de una fetidez insoportable; pero cortándolo, la carne se conserva fresca por muchos días y es muy sana, de buen gusto y nutritiva.

Los indios la ahuman cuando quieren guardarla largo tiempo; en otra parte describiré el modo de hacerlo. Estos animales se juntan generalmente en manadas y van así por todo el país; los indios los corren con sus perros, y después de acosarlos los matan á lanzada ó los atraviesan con sus flechas, según se presente la ocasión.

El jabalí es otra especie de cerdo salvaje que se encuentra allí, y es muy buena comida. Tiene orejas cortas, grandes colmillos y está cubierto por todo el cuerpo de una crin larga, abundante y muy fuerte. Es animal furioso que pelea con el saíno ó con cualquiera otro que se le presente. Los indios lo cazan y lo preparan de la misma manera que el anterior.

Hay gran número de ciervos muy semejantes á los nuéstros; pero no los matan nunca, y ni aun prueban su carne, á pesar de que es muy buena. No sé si es por superstición ó por algún otro motivo por lo que se abstienen de ella. Nosotros no éramos tan escrupulosos, y cuando algunas veces nos veían comerla, no sólo rehusaban juntarse con nosotros, sino manifestaban disgusto al vérnoslo ejecutar. Sin embargo, adornan sus casas con cabezas de ciervos. Estos animales son muy ligeros en la carrera, por lo cual no es fácil que el jabalí les dé alcance, y parecen capaces de defenderse de aquél.

(1) *Dicotyles* (del griego *dis*, dos, *cotyle*, ombligo) *labiatus*.

Los perros de allí son pequeños y mal configurados, tienen el pelo áspero y largo, como nuestros perros mestizos; sólo sirven para hacer levantar la caza y advertir por su latido á los cazadores que se preparen á tirar las flechas. Corren con ese fin desde por la mañana hasta la noche, pero de dos ó trescientos animales que levanten en un día apenas hacen coger dos ó tres; no les causan mal ninguno, y lo más que hacen es arrearlos hacia alguna bahía, donde los sitian hasta que llegan los cazadores. No hay duda de que con perros grandes y buenos saldrían mejor de apuros, y los indios se alegrarían mucho si se les llevasen éstos; pero entonces sería necesario amarrarlos, pues de otra manera correrían gran riesgo de pasar al estado salvaje en aquel país.

Se encuentran conejos tan grandes como nuestras liebres; pero no sé si hay de éstas. Los conejos tienen las orejas cortas, las uñas largas, y carecen de cola. Viven en las raíces de los árboles, sin hacer agujero ninguno. Los indios hacen la caza del conejo, la cual no es muy abundante. La carne de éste es muy buena, más suculenta que la de los nuéstros.

Hay grandes manadas de monos, algunos de los cuales son blancos, mas la mayor parte son negros, algunos tienen barbas y otros no las tienen. Son de tamaño mediano, pero engordan mucho durante el verano, cuando las frutas están maduras. La carne es exquisita; nosotros hacíamos de ella mucho uso. Los indios sentían al principio alguna repugnancia en probarla, pero cuando nos vieron comerla con tan buen apetito, siguieron pronto nuestro ejemplo. Durante la estación lluviosa, estos animales tienen gran cantidad de lombrices en las entrañas. Yo saqué una vez la mano llena del cuerpo de uno que abrímos, y las tenía hasta de siete ú ocho pies de largo. Esos monos son muy graciosos, ejecutan mil posturas grotescas; cuando atravesábamos los bosques saltaban de una rama á otra, con los hijos á la espalda, gesticulaban y hacían crujir los dientes y buscaban ocasión de hacer aguas sobre nosotros. Si quieren pasar de la copa de un árbol á otro cuyas ramas están muy distantes para poder llegar á ellas de un salto, se agarran de la cola unos á otros, y se mecen así hasta que el último coge una rama del árbol vecino, y tira á los otros tras sí.

Referiré de paso que habiendo tocado en la isla Gorgona en 1686, observé allí unos monos que salían á recoger ostras durante la marea baja y las abrían colocándolas sobre una piedra y golpeándolas con otra hasta volver pedazos la concha; luégo tragaban la ostra.

No se ven en aquel país bueyes, caballos, asnos, carneros, cabras, ni ninguno de los animales que tenemos en Europa para el alimento ó para el servicio. En cambio se encuentra uno hostigado por infinidad de ratas y ratones, los más de color parduscо; de suerte que si se en-

viaran gatos á los indios para librarse de ellos, no se les daría menos gusto que proporcionándoles buenos perros para la caza. Cuando salí del Istmo, dos indios que siguieron á bordo á las Samballas cruzaron con nosotros hacia las islas de las Perlas, que los bucaneros llaman islas del Trigo y Cartagena. Cuando pensaron volverse, deseábamos hacerles algún obsequio; uno de ellos vio un gato y nos lo pidió. Tan pronto como se lo dimos, él y su compañero se metieron en su canoa sin esperar ninguna otra cosa, y se pusieron á remar muy ligero, satisfechos con tener un gato, cuyo uso habían visto á bordo del buque.

Las culebras no faltan allí; he olvidado sus diferentes especies, mas es lo cierto que no vi ni oí ninguna serpiente cascabel.

Hay muchas y muy grandes arañas, que no son venenosas.

Los indios tienen piojos en la cabeza, los que cogen con los dedos y se los tragan.

Se encuentra en las Samballas una especie de insecto que se parece al caracol, y se llama insecto–soldado; pero no recuerdo haberlo visto en el continente. Se le ha dado ese nombre á causa del color rojizo de la tercera parte de su cuerpo, que se muestra con la cabeza fuera de la concha, y tiene la figura y el color del cangrejo cocido, con patas pequeñas y dos brazos que también se parecen á los de aquél. La parte que está contenida en la concha, sobre todo la cola, es de muy buen gusto y una comida deliciosa que se tomaría por medula. Se ponen muchos juntos en un asador, y se asan de esa manera, después de separar la parte anterior, que se compone de huesos. Ese insecto se arrastra por la tierra y se alimenta de lo que cae de los árboles. Tiene una pequeña bolsa debajo de la barba, en la que oculta alguna provisión, y otra en el cuerpo, llena de arena, que es necesario quitarle antes de comerlo. Los pechinos y otros peces de concha tienen también arena en una especie de intestino situado á lo largo del cuerpo, el cual se arroja por lo general. Si el insecto–soldado llega á chupar pomas de manzanillo, su carne se altera de tal modo que casi envenena á los que la comen. Algunos de nuestra tripulación estuvieron muy malos por haberla probado en ese estado; pero eso se les quitó algún tiempo después, y al fin no sintieron nada. El aceite de tal insecto es remedio exquisito para las contusiones y las dislocaciones. Yo lo he experimentado en muchas personas; los indios lo emplean en casos semejantes con muy buen resultado, y lo mismo los bucaneros en las Indias Occidentales. Nuestros compañeros buscaban este insecto tanto por comerlo como por el aceite, que es amarillo como cera, pero de la consistencia del de palma.

Hay muy pocos cangrejos de tierra en las Samballas, si no me engaño; pero en las islas Caribes, donde cruzámos algún tiempo, y en particular en la Anguila, se encuentran en cantidad prodigiosa. Al-

gunos de éstos son tan grandes como los más grandes cangrejos de mar que se venden en Londres. Muy cerca de Anguila se ve una pequeña isla, donde hay tantos, que se le da el nombre de la isla de los Cangrejos. Se encuentran también en otras islas de las Indias Occidentales. Son excelente comida, y el principal recurso de los habitantes, quienes van á cazarlos después de un aguacero, porque entonces salen de los agujeros donde se han encovado como los conejos. Cuando andan van derecho y atraviesan cuanto se presente en su camino, sin volver nunca la espalda; llevan los brazos un poco levantados para que sirvan de defensa, y se puede contar con que aprietan bien lo que agarran. Los habitantes de algunas de esas islas los echan tres ó cuatro días en un campo sembrado de patatas, en donde engordan, y se dice que entonces son mucho mejores.

Los caimanes y las iguanas son también de muy buen gusto, sobre todo la cola del primero: yo la comí en diferentes puntos de las Indias Occidentales; pero si mal no recuerdo, no vi en el Istmo estos reptiles. (1) La iguana es excelente, tal que se prefiere á una gallina ó á un pollo, bien sea que se prepare asada ó en caldo. Sus huevos son también muy buenos; los de caimán tienen un fuerte olor de almizcle. Hay muchos lagartos verdes y pintados de rojo en el Istmo, pero los que se encuentran en los lugares húmedos y en los bosques tallares son de color más oscuro y negruzco. Son de tamaño mediano, tienen menos de un jeme de largo. Son tan mansos, que los indios los toleran en sus casas, donde corren por todas partes sin hacer mal á nadie.

En fin, se encuentran allí ranas y sapos, así como otros animales más pequeños de que no tuve conocimiento.

---

## CAPÍTULO V.

Aves de tierra y de mar, insectos, etc.—Chicalí-chicalí.—Cuam.—Perdiz.—Paujil.—Loros.—Pericos.—Guacamayos. — Pico-verde.— Gallinas.—Alcatraz.—Cormorán.—Gaviotas y picazas.—Murciélagos.—Mosquitos.—Abejas.—Hormigas.

Existen en el Darién muchas especies de aves, algunas de las cuales son desconocidas; su plumaje es tan hermoso como exquisita su carne.

Hay un pájaro de una belleza encantadora, el cual es muy común en los bosques del Istmo, y que los indios llaman chicalí-chicalí. El ruido que hace se parece en alguna manera al del cuclillo, pero es más

(1) Sí hay caimanes en el Darién.

penetrante y rápido. Es ave de buen tamaño: tiene la cola larga y la lleva levantada como el gallo. Su plumaje exhibe colores vivos, rojo, azul, etc. Los indios hacen con sus plumas una especie de delantal que se ponen rara vez (1). El chicalí vuela sobre los árboles, donde permanece casi siempre, y rara vez se le ve en tierra; vive de frutas. Su carne es negruzca, y de gusto bastante bueno.

El *cuam* es otro pájaro grande y largo, que también vive de frutas, y revolotea por sobre los árboles. Tiene alas de color gris, pero su cola es más oscura, corta, recogida y recta. Su carne es de mucho mejor gusto que la del precedente.

Hay un pájaro rojizo, la perdiz, de cola corta y que se parece bastante á la nuéstra; sin embargo, tiene el cuello más largo, y lo mismo las piernas. Corre casi siempre por tierra, vuela rara vez y es comida muy buena.

El paujil (2) es negro, pesado y del tamaño de una pava; pero la hembra no es tan negra como el macho. Éste tiene sobre la cabeza un hermoso copete de plumas amarillas, que mueve de uno y otro lado, según le agrada, y oídos como un pavo; la hembra no tiene copete ni oídos. Esas aves viven en los árboles y se alimentan con frutas. Su canto es grueso y fuerte, pero con todo eso suave y agradable, particularmente para los indios, que procuran imitarlo y descubren de ese modo los lugares que frecuentan, pues los paujiles les responden algunas veces, y usan ese mismo sonido para llamar á sus polluelos. La carne es un poco coriácea, pero de buen gusto. Los indios arrojan los huesos del paujil á los ríos, ó los entierran, para evitar que sus perros los coman, porque si tal sucediese se pondrían rabiosos, según dicen ellos. Sea de ello lo que fuere, los ingleses que habitan en las Indias Occidentales tampoco permiten que sus perros los coman. Los indios matan las aves de que acabo de hablar, con flechas.

Hay gran número de loros, (3) unos azules, otros verdes, y son poco más ó menos del tamaño de la mayor parte de los que nos mandan de Jamaica. Sus especies son muy numerosas, y su carne es comida muy buena.

Tampoco faltan pericos, (4) la mayor parte de los cuales son verdes,

(1) "El cacique Careta llevó á Pedrarias, entre otras cosas, una ropa, con las mangas algo cortas, toda labrada de plumajes de pájaros de diversos colores, y dos colchas de la misma labor, que por ambas partes parecían de seda." (Herrera, *Décadas.*)

(2) *Ourax alector.*

(3) *Psittacus domicella.*

(4) *Psittacus menstruus.*

y no difieren casi de los de otras partes. No tienen ninguna sociedad con los loros, y van siempre juntos en grandes bandadas.

Hay también gran número de guacamayos, (1) los cuales se parecen á los loros en la figura, pero son el doble de grandes. Tienen el pico como el halcón y la cola espesa, con dos ó tres plumas largas, enteramente rojas ó azules. Su plumaje es de diversos colores vivos y agradables, matizado de azul, verde y rojo. Algunos tienen la extremidad de las alas enteramente roja, otros azul y el pico amarillo. Hacen mucho ruido por la mañana, su voz es muy ronca, como la de un hombre que habla guturalmente. Los indios domestican esas aves, así como domesticamos nosotros los loros ó las urracas. Después que las han encerrado algún tiempo y enseñádoles á decir algunas palabras de su lengua, les dan libertad para irse á pasear á los bosques con los salvajes, durante el día. Por la tarde vuelven á la casa ó á la plantación de sus dueños, y les avisan su llegada por su cacareo y aleteo. Imitan la voz de los indios y su manera de cantar, con una exactitud sorprendente; copian asimismo el gorjeo del chicalí–chicalí con la misma precisión que los indios más expertos. En una palabra, es el pájaro más hermoso y agradable que he visto en mi vida. Su carne es de bastante buen gusto, aunque negra y coriácea.

Se ve aquí una especie de pico–verde, que tiene el pico largo y anguloso como los otros de esa especie, pero éstos tienen las uñas fuertes y con ellas trepan á los árboles y se agarran bien de ellos. Son matizados de blanco y negro como las urracas, pero de una manera más fina y proporcionada á la diferencia de su tamaño. La carne de este pájaro es de mal gusto y tiene olor de tierra; así es que los indios no la comen. Recuerdo haberla probado, cuando, viajando con mis compañeros, nos veíamos tan apurados por el hambre, que hallábamos delicioso cualquier alimento que se nos deparase.

Las gallinas son abundantes, y las hay de dos especies: la más grande se parece mucho á la nuéstra, tanto en los colores como en las diferentes razas. Se ven copetudas y comunes, como las de nuestros corrales, y gallos propios para riñas, aunque á los indios de ese país no les agrada tanto ese ejercicio como á los de la Isla de Java. Las gallinas pequeñas tienen las piernas cubiertas de plumas, como los palomos calzados; la cola, que llevan recta, muy tupida, y la extremidad de las alas negra. Éstas viven separadas de las otras, pero todos los gallos cantan antes del día, como los nuéstros. Esas gallinas no se apartan de las casas para ir á correr por los bosques. Su carne es muy buena, lo mismo que sus huevos. No tenemos mejor volatería en Inglaterra; es aun más gorda que la nuéstra, porque los indios le dan mucha comida.

(1) *Ara.*

Tales son las aves de tierra que noté en el Istmo, aunque hay muchas otras pequeñas, de gran belleza y agradable canto, pero que no pude conocer exactamente.

En cuanto á las aves de mar, se encuentra una infinidad á lo largo de las costas, sobre todo de la del norte hacia las Samballas y las otras islas. Pero relativamente hay muy pocas en la costa meridional del Istmo, ya sea porque la bahía de Panamá es mucho menos abundante en pescado que la costa que rodea á las Samballas, ya por alguna otra causa. Por ejemplo, entre estas últimas islas y toda la costa de las Indias Occidentales se ven gran número de pelícanos, y no creo haber visto siquiera uno en el mar del Sur.

El pelícano ó alcatraz (1) es un ave de buen tamaño; tiene el pico grande, las piernas cortas como el ganso y el cuello largo, y lo lleva recto como el cisne; su plumaje es de color gris oscuro; tiene las patas lisas y una bolsa debajo de la garganta, la cual, cuando está llena, es tan grande como los dos puños. Esa bolsa es una membrana sutil, de un hermoso gris ceniciento. Los marineros matan los pelícanos para quitarles la bolsa, y se sirven de ella para guardar su tabaco, pues puede contener una libra cuando está seca; se le da la figura de bolsillo introduciéndole una esfera. Esa ave vuela bajo y pesadamente; sólo vive de pescado, no se le encuentra otra cosa en el buche y en la bolsa, la que parece destinada á servirle de almacén. A nadie vi nunca que comiese pelícanos viejos, pero se dice que cuando son de poca edad, su carne es bastante buena. Jamás llegué á comerla.

Hay cormoranes entre las Samballas. En cuanto á la figura y al tamaño se parecen á los patos, ó son aun más pequeños. Su plumaje es negro por todas partes, excepto en el buche, que es blanco. Aunque tienen las patas lisas como las otras aves de río, se posan sobre los árboles y los zarzales. Su carne es tan dura y tan mala, que no hay quien la coma, al menos que yo sepa.

Se encuentran en esta costa gran número de gaviotas (2) y picazas de mar que no son tan grandes como las nuéstras, pero sí se les parecen mucho. Se comen generalmente, y su carne no es desagradable, aunque huele á pescado, así como la de casi todas las aves de mar. Para mejorar ese sabor, cuando llegábamos á matar algunas cerca de la ribera, fuesen gaviotas, picazas de mar, bubías ú otras aves de esa especie, hacíamos un hoyo en la arena caliente y las enterrábamos nueve ó diez horas consecutivas sin desplumarlas y sin abrirlas, con lo cual la carne se ponía mucho más tierna y adquiría un gusto más agradable.

Se ven en el Istmo murciélagos tan grandes como pichones, y cuyas

(1) *Pelicanus fuscus.*
(2) *Procenaria puffinus.*

alas son largas y anchas á proporción de su cuerpo. Las uñas que tienen en la coyuntura de las alas les sirven para agarrarse por todas partes. Frecuentan por lo común los edificios ruinosos y las plantaciones desiertas.

Además de los mosquitos de que he hablado ya, hay en diferentes lugares del Istmo avispas, escarabajos y muchas otras especies de moscas, sobre todo de las que brillan de noche, como nuestros cocuyos. Cuando las hay en gran número en un bosqne, parece que otras tantas chispas de fuego produjesen aquella abundante luz.

También se encuentran allí abejas, y por consiguiente miel y cera. Las hay de dos especies, unas cortas y gruesas y de un color que tira al rojo; otras largas, delgadas y negruzcas. Hacen sus colmenas en la copa ó en los huecos de los árboles. Los indios trepan á éstos y meten el brazo en la colmena para sacar los panales de miel, sin ser picados por las abejas aunque tengan los brazos cubiertos por éstas. Yo mismo tuve muchas á la vez en el cuerpo, sin sufrir ninguna picadura, lo que me hacía creer que no tenían aguijón, pero no las examiné. Si los árboles son muy altos y es difícil trepar á ellos, los indios les ponen fuego para de este modo alcanzar la miel, la que deslíen en agua para tomarla. En cuanto á la cera, no observé que la usasen, pues tienen el balso, el que encienden y les sirve de lumbre.

Hay hormigas aladas que son del mismo tamaño de las comunes. Levantan la tierra sobre sus hormigueros lo mismo que las nuéstras. Pican y son muy incómodas, sobre todo cuando entran á las casas, lo que sucede frecuentemente. Se ven en número prodigioso en las Samballas y en las otras islas vecinas, así como en el Istmo. Es imposible dormir descansadamente en los lugares donde las hay. Los indios procuran no amarrar sus hamacas en los árboles que están cerca de los hormigüeros, porque esos insectos no dejarían de subir á ellas y molestarlos toda la noche.

---

## CAPÍTULO VI.

Peces de mar y de agua dulce.—Tarpón.—Tiburón.—Caballa.—Paracud.—Pez-espada.—Escarpenas.—Moluscos. — Petoncles. — Lepedas.—Cangrejos. — La pesca entre los indios darienes.—Su modo de extraer la sal marina.

He dado ya á entender que la costa del mar del Norte es abundante en peces, y que los hay de muchas especies. Hé aquí una lista de los que vi por mis propios ojos.

El tarpón es un pez grande y de carne dura; se come cortado en pedazos circulares, como el salmón ó el bacalao fresco. Los hay que

pesan hasta cincuenta ó sesenta libras, y aun más. Recuerdo que cruzando hacia la costa de Cartagena, hicimos una comida para diez personas con un sólo tarpón, y además sacámos de su grasa bastante cantidad de aceite.

Se encuentran también en esos mares tiburones; pero no son tan comunes en las Samballas como en las otras costas de las Indias Occidentales.

Hay otro pez que se parece al tiburón, pero es mucho más pequeño y de mejor gusto; tiene además el hocico más largo y más estrecho, con una sola hilera de dientes. A éste lo llaman nuestros marineros perro marino.

La caballa se encuentra al rededor de las Samballas. Es un pececillo muy hermoso, vivo, ágil, poco más ó menos del tamaño de una sarda; tiene el ojo grande y brillante. Su carne es suculenta y de buen gusto.

Se encuentra también otra especie de pez liso, que no es malo, y al cual llaman nuestros marineros *oldwife* [vieja].

Los *paracudes* tampoco son raros. Es un pez redondo, del tamaño de un rollo grande, pero mucho más largo por lo común. Su carne es muy buena, particularmente la de los que se pescan allí. Hay algunos bancos en el mar, donde los que se encuentran son venenosos. No he podido averiguar si eso proviene del alimento que toman, ó de alguna otra causa. Lo cierto es que he conocido varias personas que por haberlos comido se han envenenado hasta perder los cabellos y las uñas, y otras han muerto. Dícese que la espina de ese pez, seca, reducida á polvo y tomada en cualquier licor, es un antídoto contra el veneno de la carne. No respondo del buen éxito del remedio. Muchos me han dicho que lo habían usado en semejante caso, y no les había causado más molestia que una debilidad y un entorpecimiento en todos los miembros durante algún tiempo. Hay personas que pretenden distinguir el paracud venenoso del sano, por el hígado, el cual se le arranca y se prueba tan pronto como se ha cogido: si es dulce, se puede comer el pescado sin riesgo ninguno; pero si es amargo ó pica la lengua como la pimienta, el pescado es malo, y se desecha.

Se halla también en la costa del mar del Norte el pez-espada, y lo hay hasta de dos pies de largo. Tiene un hueso sobre el hocico, muy puntiagudo, que puede tener la tercera parte del largo de todo el cuerpo. Surca el agua tan rápidamente como la golondrina, y se lanza de esa manera hasta treinta ó cuarenta veces seguidas. He oído decir que dardea con tanta fuerza, que entierra algunas veces el hocico en los lados de las canoas, y el hombre que nade en lugares donde hay peces de éstos, corre riesgo de ser atravesado. Su espina es azulada, de un color que tira al del zafiro. Su carne es excelente.

Las escorpenas que se encuentran allí tienen como un pie de largo y su pellejo está cubierto de púas. Se desuellan para cocerlas, y son muy buena comida.

Además de los peces que he descrito, hay muchos otros en el mar del Norte; tales son la raya–aguijón, el pescado–loro, los congrios y muchos otros que sin duda no vi ó de que no oí hablar.

Hay infinidad de moluscos á lo largo de las Samballas; sus conchas son muy largas y de figura espiral, como las del caracol. El orificio es liso y bastante grande, en proporción de su tamaño. El interior se parece al nácar de la perla, pero el exterior es desigual y áspero. El animal es viscoso, particularmente en la parte exterior, la que es preciso limpiar bien antes de prepararla; pero la que encierra el caracol es tan coriácea, que es necesario golpearla para ablandarla, y así es alimento muy delicado.

Hay entre las rocas gran cantidad de pechinas, las que son muy buenas; se sacan con un alfiler cuando se quiere comerlas.

Las lapas se prenden también de las rocas, y son por lo menos tan buenas como ó mejores que las pechinas.

No se ven ostras ni cangrejos en la costa del Istmo. Hay algunos gámbaros. Se encuentra una especie de cangrejos pequeños entre las rocas de las Samballas, los cuales no tienen los dos brazos, pero son muy delicados.

En los ríos del Istmo no faltan peces, pero no observé bien sus diferentes especies. Los hay que parecen salmonetes, y son negruzcos, llenos de espinas, de cerca de un pie de largo, cuya carne es consistente y de muy buen gusto.

Vi otra especie, que tienen la figura del paracud, pero son mucho más pequeños y muy buenos.

Hay uno que se parece al sollo, pero no tiene sino ocho ó diez pulgadas de largo; su hocico es poco más ó menos como el del conejo, los dientes adelantados en la mandíbula y los labios cartilaginosos. Por lo demás, es comida muy buena.

En cuanto al modo de pescar que tienen los indios, éste es muy vario, según los lugares donde se encuentran: en la desembocadura de los ríos, en las riberas del mar y en las bahías arenosas, donde no hay rocas, emplean redes parecidas á las nuéstras, hechas de corteza de majagua ó de pita de las Antillas, que llevan en sus canoas. Pero en el país de montañas, donde las aguas son claras, van á lo largo de los ríos, y tan pronto como ven algún pez que les agrada, saltan al agua y lo persiguen, sea á vado ó nadando. Si huye á los agujeros, meten la mano y lo cogen, como atrapamos nosotros los pequeños cangrejos en nuestros ríos. Van también de noche, con antorchas de balso encendidas.

Antes de preparar el pescado lo abren, en seguida lo hacen hervir en una olla de tierra, ó lo asan.

Sacan su sal del agua del mar, la que calientan en ollas de barro hasta que se evapora y queda la sal en el fondo en forma de torta [1]. La rompen á medida que la necesitan, y como este medio de obtenerla es tan dispendioso de tiempo, por lo cual no pueden prepararla en gran cantidad, se ven obligados á economizarla mucho.

No salan el pescado para guardarlo; pero cuando lo comen cocido no le falta ají, así como á todos sus guisados. Hablaré en otro lugar de su manera de cocinar.

---

## CAPÍTULO VII.

De los naturales del Darién y de sus costumbres.—Descripción física de los darienitas.—Llevan los cabellos largos.—Modo de peinarse.—Se cortan el cabello cuando matan á un enemigo.—Se untan el cuerpo de aceite.—Los albinos, su descripción y su modo de ser.—Pintura del cuerpo y modo de preparar y extender los colores.—Cómo cubren los indígenas su desnudez.—Bata de ceremonia que usan los hombres.—Arreas ó joyeles que usan en diversas circunstancias: chagualas, aros, pendientes, diademas, collares, etc. (2)

El número de indios que habitan el Darién no es muy considerable. En la parte del norte es donde hay más, especialmente á lo largo de los ríos. [I] La mayor parte de los salvajes del sur moran en dirección al Perú, pero se encuentran indios dispersos por todo el Istmo.

La estatura de los hombres es comunmente de cinco á seis pies; son derechos y de hermosa presencia, membrudos, anchos de pecho y bien proporcionados. [II] No vi ninguno que fuese jorobado ó disforme. Son muy ágiles y activos, y ligeros para la carrera. La mujeres son pequeñas y rechonchas, y no tienen la vivacidad de los hombres, aunque las jóvenes sí son robustas, de talle lindo y ojos vivos. Las viejas tienen el cutis muy lacio y arrugado. Los hombres y las mujeres tienen la cara redonda, la nariz gruesa y pequeña, los ojos grandes y generalmente de color gris, espirituales y llenos de fuego en la juventud; la frente alta, los dientes blancos é iguales, los labios delgados y la boca de tamaño mediano; las mejillas y la barba son bien proporcionadas; puede decirse, en general, que tienen bellas facciones, pero más los hombres que las mujeres. [III]

(1) Hoy se prepara todavía la sal compactada, en las salinas nacionales, por este mismo método.

(2) Por no entorpecer la lectura con las numerosas notas que hemos puesto á éste y al siguiente capítulo, dejamos éstas para colocarlas al fin del capítulo respectivo.

Unos y otras tienen los cabellos negros, largos, tiesos, fuertes y estirados; les cuelgan por lo regular hasta la mitad de la espalda, ó más abajo; las mujeres se los atan con un cordón detrás de la cabeza y los dejan flotar libremente. Hombres y mujeres gustan mucho de tenerlos largos, y frecuentemente les pasan los dedos para desenredarlos, ó bien los peinan con una especie de peine que hacen de chonta. [IV] Es éste un instrumento compuesto de muchos palillos, cada uno de cinco ó seis pulgadas de largo, y de la figura de los husos de nuestros fabricantes de guantes. Amarran diez ó doce juntos por el medio, á alguna distancia unos de otros, y así se sirven de ellos por ambos lados para separar los cabellos; pero cuando quieren atrapar los piojos hacen uso de los dedos. Les agrada mucho peinarse de esa manera, y algunas veces emplean en esta ocupación una hora seguida. Se pelan todo el cuerpo, excepto las cejas y los párpados. Los hombres tendrían barba, si no se la arrancaran las mujeres, que son las encargadas de esta operación. Dos bastoncitos, hechos expresamente con este fin, les sirven de pinzas. Los hombres se cortan los cabellos en ciertas ocasiones, y ésta es una señal de honor y de triunfo que los distingue de los demás, cuando han dado muerte á un español ó á algún otro enemigo. En semejante caso también se pintan de negro, lo que no hacen en ninguna otra ocasión; conservan ese color, si mal no me acuerdo, hasta la nueva luna que sigue á la acción.

Los indios tienen la tez morena, de color de cobre amarillo ó de naranja, y las cejas negras como azabache; [V] no usan ningún artificio para volverse los cabellos más oscuros y las cejas más negras, pero se los frotan con una especie de aceite para hacerlos parecer más lustrosos. Se untan además todo el cuerpo, como lo usan los otros indios, pero no sé si lo hacen por parecer bien, por tener el cutis más suave y más igual, ó por hacerlo más dócil y menos sensible al ardor del sol, ó, en fin, por impedir la demasiada traspiración que ocurre en esos climas ardientes. [VI]

Hay en aquel país ciertas personas que tienen una tez muy particular. No las he visto semejantes en ninguna otra parte, ni aun he oído decir que las haya. Esto podrá parecer extraño, pero no hay corsario que haya estado en el Istmo que no lo pueda confirmar, á lo menos en lo esencial, aunque pocos han tenido ocasión de instruírse en esto tan bien como yo.

Estos indios, de uno y otro sexo, son muy blancos, pero su número es tan pequeño, comparado con el de los otros, que no hay tal vez uno por dos ó trescientos de los de color amarillo. [VII] Además, su blancura no es como la de los europeos, mezclada de encarnado, ni como la de nuestras gentes pálidas: es más bien de color de leche, y se ase-

meja mucho á la de un caballo blanco. Su cutis se ve también todo cubierto, más ó menos, de una especie de vello blanquecino que hace resaltar su brillo, pero no tan espeso, sobre todo en las mejillas y la frente, que impida distinguir bien la tez. Los hombres tendrían sin duda blanca y muy áspera la barba, si no tuviesen el cuidado de arrancarla tan pronto como comienza á mostrarse, operación que no ejecutan con los vellos. Las cejas son también de un blanco de leche, y lo mismo los cabellos, los cuales tienen siete ú ocho pulgadas de largo y son muy finos, hermosos y medio crespos.

Esos indios no son tan gruesos como los demás, pero lo más sorprendente es que sus párpados son de figura oblonga, ó más bien en forma de media luna, con las puntas hacia abajo. Por este motivo, y porque ven muy bien con la claridad de la luna, los llamábamos "ojos de luna." Tienen éstos tan débiles, que casi no ven en pleno día, y si el sol llega á herírselos les fluye agua en el momento; así es que no les agrada salir de día, á menos que el cielo esté cubierto de nubes.

Son también de constitución muy delicada con respecto á los demás, y no les gusta la caza, ni los ejercicios penosos, para los cuales no son propios. Pero aunque son tan flojos, entorpecidos y tranquilos durante el día, tan pronto como aparece la luna se muestran llenos de fuego y actividad: corren por los lugares más sombríos de las selvas tan ligero como lo hacen de día los otros indios, con la diferencia de que no son tan robustos ni tan vigorosos, y saltan como corzos.

Parece que los demás indios los desprecian y los miran como una especie de monstruos. No forman una raza particular y distinta, pues sucede muchas veces que un padre y una madre de color de cobre amarillo tienen un hijo de esta clase. Yo vi uno que sólo tenía un año completo. Podría sospecharse que esos blancos descienden de algún padre europeo; pero además de que los europeos no van casi por allí, y cuando van tienen poco comercio con las indias, esos blancos no difieren menos de los europeos en ciertos respectos, que de los indios cobrizos en otros. Por otra parte, el niño que nace de un europeo y de una india, es siempre mestizo, ó moreno, como lo saben todos los que han estado en las Indias Occidentales, donde hay mestizos, mulatos, etc., de muchos grados entre el blanco, el negro y el indio, según el color del padre y de la madre. Por ejemplo, un mulato fino es hijo de un mulato y una mestiza, etc.

Además, los hijos de esos indios no son blancos como el padre ó la madre, sino de color de cobre amarillo, como sus abuelos. Lacenta mismo me lo dijo, y él conjeturaba que su blancura era debida á la imaginación viva de la madre, que miraba la luna en la época de la concepción. Dejo á otros el cuidado de examinar si es ésta la verdadera

causa. Lacenta me aseguró, además, que tales indios morían muy jóvenes. (VIII)

Estos y los otros se pintan todo el cuerpo, y algunas veces embadurnan sus hijos de pecho. Trazan figuras de hombres, de cuadrúpedos, de aves, de árboles, y de cualquiera otra cosa, en todas las partes del cuerpo, especialmente en la cara. Pero las figuras que hacen, grandes ó pequeñas, según su fantasía, no imitan muy bien los objetos naturales.

Las mujeres se encargan de este oficio, en el cual se complacen mucho. El rojo, el azul y el amarillo son los colores que prefieren á causa de su brillo y atractivo. (IX) Los remojan con una especie de aceite y los guardan en calabazos para emplearlos cuando los necesitan. Las mujeres extienden los colores sobre el cutis con un pincel de madera que tiene una extremidad mascada, lo que lo hace flexible como una brocha. Esta pintura dura algunas semanas, y se renueva de tiempo en tiempo. De esa manera me pintaron á mí.

Los más expertos en este arte hacen figuras más delicadas, y las imprimen del modo siguiente: trazan primero con el pincel un bosquejo de la figura que quieren pintar; en seguida la pican por todas partes con una púa, hasta que sale sangre; después frotan la parte con la mano untada del color que les place, y entonces la pintura es indeleble. Pero entre cuarenta indios apenas se hallará uno pintado de esa manera.

Uno de mis compañeros de viaje, llamado Bowman, me suplicó le quitase una de esas figuras que le habían impreso los indios en la mejilla; pero después de haberle hecho un desollón, quitándole parte del cutis, me fue imposible llevar completamente á cabo la empresa. Cuando los hombres van á la guerra se pintan todo el rostro de rojo, y las espaldas, el pecho y el resto del cuerpo de grandes manchas negras, amarillas ó de cualquier otro color que les indique su fantasía; pero por la noche, antes de acostarse, no olvidan lavarse en los ríos para quitarse todo ese emplasto. (X)

Andan ordinariamente desnudos, pero las mujeres llevan una especie de delantal, hecho de tela de algodón, el que atan por detrás con un cordón, y les llega hasta la rodilla ó el tobillo, si hallan tela de esa longitud. (XI) Consiguen algunas veces vestidos viejos haciendo trueques con los indios sometidos á los españoles, y entonces se atavían con mucho fasto. Dampier refiere que ganó el afecto de un indio caprichoso, y obtuvo de él lo que deseaba, ofreciendo á la mujer un zagalejo de color azul celeste. Nada hay tan agradable para ellos como el regalo de un vestido, sobre todo si es de color vistoso.

Los hombres de aquella región no llevan sobre el cuerpo ninguna tela que cubra su desnudez, pero á falta de ésta usan una cubierta

*(a kind of funnel)* de diversa materia, según los recursos del individuo, siendo en unos de oro ó plata y en otros de hoja de plátano. (XII)

Los ríos son el lugar de aseo de hombres y mujeres, y unos y otras son muy pudorosos en este particular. En general todos son modestos y amigos de la limpieza. (XIII)

Los hombres no desprecian enteramente los vestidos. Cuando dábamos una camisa vieja á alguno de ellos, se la ponía y caminaba después con más arrogancia que de ordinario. Además tienen una especie de bata larga, de tela de algodón, que les llega hasta los talones, con una franja abajo del mismo hilo, como de un jeme de ancho, y mangas abiertas y anchas que llegan al medio del brazo. Esas batas son blancas ó negras como el hollín, y se las ponen por la cabeza; pero no las usan sino en ocasiones extraordinarias, cuando se trata, por ejemplo, de acompañar al jefe ó rey á una fiesta, á unas bodas ó para asistir al consejo. (XIV) En tales casos no se dirigen al lugar de la cita con las batas puestas, sino que las mujeres las llevan detrás de ellos en canastos con sus demás adornos, y cuando llegan al sitio de la asamblea se engalanan lo mejor que pueden. Algunas veces se pasean así vestidos al rededor de la plantación ó punto de la cita. Vi un día marchar á Lacenta acompañado de dos ó trescientos hombres arreados de esta manera, á quienes parecía pasar revista. Observé además que los que tenían batas negras iban delante de él, y detrás los de batas blancas. Todos iban armados de lanzas del color de sus vestidos.

Además del color rojo con que se pintan los hombres el rostro cuando van á la guerra, llevan siempre una chaguala ó plancha que les cubre la boca. Los más de ellos la usan de plata, y sólo la de los principales es de oro. Es del ancho de la boca y su figura, semejante á una media luna, aunque más ovalada. Tiene una abertura, cuyas puntas aprietan el cartílago de la nariz, del cual cuelga y cae sobre el labio inferior. En el medio es del grueso de una guinea, pero más delgada en las extremidades. Se adornan con una chaguala de ese tamaño cuando van á algún banquete ó al consejo; pero por lo regular, en una marcha larga ó en la caza, llevan una mucho más pequeña que no les cubre los labios pero sí es de la misma figura. Yo me ponía una de oro, de esa clase, cuando estaba con ellos. (XV)

Las mujeres, en lugar de esa nariguera, llevan un aro que pasa á través de la ternilla de la nariz. Este adorno varía en cuanto al tamaño y al metal, según la categoría que ocupan y las circunstancias. Los más gruesos son como el cañón de una pluma de ganso; y á la larga, por su peso, hacen bajar la ternilla hasta la boca, sobre todo á las viejas. (XVI)

Cuando hombres y mujeres se encuentran en algún banquete, se

quitan las narigueras durante la comida, y luégo se las ponen después de estregarlas y ponerlas bien brillantes; pero por lo regular, cuando comen ó beben se contentan con levantar con la mano izquierda las pequeñas chagualas que usan (las de las mujeres no son tan pequeñas que no caigan sobre los labios), mientras con la derecha llevan el bocado ó la copa á la boca. Notaré, de paso, que emplean siempre la mano derecha en todo lo que hacen, y no vi *zurdos* entre ellos. Además, esas chagualas no los molestan mucho para hablar, aunque sí se les menean sobre los labios.

En ciertas ocasiones extraordinarias el jefe ó rey y algunos de los más considerables del país cargan en cada oreja dos gruesas piezas de oro, unidas por una argolla; una de ellas cae sobre el pecho y la otra está suspendida detrás de la espalda. Son de un jeme de largo, poco más ó menos, de la forma de un corazón con la punta para abajo, y tienen una lámina estrecha en la parte superior, de tres ó cuatro pulgadas de largo, con un ojo al través del cual se hace pasar la argolla. Con llevar frecuentemente estos pendientes se alargan las orejas y se les forman grandes agujeros. (XVII)

Vi un día á Lacenta en un gran consejo, con una diadema de oro en la cabeza, de ocho ó nueve pulgadas de ancho, dentada por encima como una sierra, y doblada interiormente con una redecilla de cañas delgadas. Todos los hombres armados que estaban con él tenían diademas de la misma figura, semejantes á un cesto, hechas de cañas bien trabajadas y lindamente pintadas, las más de ellas de rojo. Sin estar cubiertas con una lámina de oro, como la de Lacenta, estas diademas tenían en contorno largas plumas abigarradas de distintas aves: sólo la corona de Lacenta no tenía plumas. (XVIII)

Además de esos adornos especiales, hay otros que son de todas las edades, de todos los sexos y de todas las condiciones: hablo de los collares compuestos de dientes, de caracoles, de cuentas de vidrio ó de otros objetos de esa naturaleza, que les cuelgan sobre el pecho y hasta la cavidad del estómago (XIX). Los principales son hechos de dientes ajustados con mucho arte, y se ponen muchos juntos; los dientes, labrados en forma de sierra, se engastan tan bien unos con otros, que se les tomaría por una sola masa de huesos continuada. Sólo Lacenta y un pequeño número de los más notables se engalanaban con esta clase de collares en ciertas ocasiones extraordinarias, y los colocaban siempre encima de los otros. No sé por qué razón mis compañeros y yo creíamos que eran dientes de tigre, pues nunca vi allí ninguno de estos animales. He oído decir, sin embargo, que los hay en el Istmo, y algunos de mis compañeros de aventuras me aseguraron que habían cazado uno. Aun más, cuando pasé por allí con el capitán Sharp, algunos

hombres de la tripulación nos refirieron que habían visto uno bastante cerca que los había mirado fijamente (XX).

Volviendo á los collares, diré que las demás personas, hombres y mujeres, no los usan de dientes, pues sólo introducen algunos de éstos entre sus fruslerías. Una sola persona tiene algunas veces tres ó cuatrocientos en el cuello: unos de granos de vidrio, otros de caracoles, dispuestos en siete ú ocho órdenes, unos altos, otros bajos, sin observar simetría, de manera que entrelazándose los hilos forman como gruesas cuerdas. Las mujeres se ponen los suyos casi en montón. Todas las baratijas que hallan á la mano tienen colocación en esos collares, que son tanto más estimados cuanto mayor sea su peso. Es necesario que una mujer sea muy pobre para no cargar el peso de quince ó veinte libras al cuello; algunas llevan hasta treinta libras, y aun más. Los hombres cargan casi el doble, si se lo permiten sus fuerzas y su habilidad en arreglarlos.

Cuando están en sus habitaciones ó van á la caza ó á la guerra no cargan esos collares; pero sí se los ponen cuando se trata de presentarse en un banquete de ceremonia, asistir á alguna boda ó á cualquiera otra asamblea pública. En tales ocasiones las mujeres siguen á los hombres hasta el lugar de la cita y les llevan los collares con todos sus arreos, en cestos. Toda mujer lleva dos cestos, uno en cada extremidad de un palo que coloca á la espalda. Tan pronto como han llegado al punto señalado, se engalanan con todos esos adornos y se pasean de una parte á otra; algunas veces bailan así vestidos, sin descanso, hasta que están cubiertos de sudor. Durante la comida se quitan los collares, y después se los ponen.

Los collares de los niños son pequeños, y á los de pecho sólo les ponen uno ó dos de cuentas de vidrio. Las mujeres, además de esos collares, usan algunas veces brazaletes compuestos de un pequeño número de cuentas, los que dan muchas vueltas. (XXI) Cuando los hombres y las mujeres se visten con todas sus galas y se pintan el cutis, no tienen mala presencia. (XXII)

---

## NOTAS.

### I

"No parece aventurado pensar que la población del territorio que hoy comprende las Provincias de Panamá y Veraguas pasaba de trescientas mil almas" (en la época del descubrimiento).

Acosta, *Descubrimiento de la Nueva Granada.*

" En cuanto al número de los indios.... por los informes que pudo adquirir Codazzi.... desde el golfo del Darién hasta el de San-Blas, hay 3,700; en el interior del Darién y en las cabeceras del Bayano, el Chucunaque y afluentes, 1,800; en los afluentes y cabeceras del Tuira y Juradó, 600. Total, 6,100 en el Darién antiguo."

F. Pérez, *Geografía de los Estados Unidos de Colombia.*

" Los indios habitan toda la costa del Atlántico, de San-Blas al río Tauna, y en el interior, del Sucubtí á la parte alta del Bayano. Los indios bravos son más numerosos de lo que generalmente se supone. En el Sucubtí, afluente del Chucunaque, hallámos tres grandes aldeas que no podían contener menos de 1,000 habitantes.... Su número (el de los indios del Darién) probablemente no es inferior á 7,000."

Selfridge, *Reports of Explorations; Ship-Canal by way of Darien*, 1874.

" En 1747, el Gobernador D. Joaquín Barcarcel de Miranda calculaba la población total del Darién en 5,000 familias, tengo razón para creer que su número ha disminuído mucho desde aquel tiempo."

Doctor Cullen, *Isthmus of Darien Ship-Canal.*

II

" Era la gente de aquella tierra la más bien dispuesta que hasta entonces se había visto, altos de cuerpo, enjutos y de buenos gestos."

Herrera, *Historia general, cuarto viaje de Colón*, dec. I, lib. V, cap. VIII.

" Los indios son generalmente bien hechos, robustos, y de altura proporcionada."

Bancroft, *The native races of the Pacific States*, vol. I.

" La costa Atlántica del Darién está habitada por los indios tules ó mandingas, raza bella y vigorosa, aunque de escasa estatura, de color cobrizo, cabello negro, tieso y estirado y otros caracteres de la raza india de la América del Sur."

Doctor Cullen, *Isthmus of Darien.*

Las siguientes citas prueban que la raza indígena del Darién ha degenerado:

" Aunque los indios del Darién no se mezclan con las otras razas, su tipo, en general, ha degenerado mucho. Se encuentran algunos hombres de facciones bien marcadas, de miembros desarrollados; pero los más tienen formas enjutas, una figura arrugada y todos los síntomas de una notable degradación física."

Lucien N. B. Wyse, *Rapport sur les études de la commission internationale d'exploration de l'istme du Darién*, 1876-1877.

"La raza (indígena) está degenerando."

L. Gisborne, *The Isthmus of Darien in* 1852.

"Rara vez se encuentran indios que tengan más de cinco pies y seis pulgadas de altura."

Selfridge, *Reports*.

III

"Todos generalmente son dispuestos y limpios, y sus mujeres son de las más hermosas que yo he visto en la mayor parte destas Indias donde he andado."

Cieza de León, *La Crónica del Perú*.

"Las mujeres, en general, son pequeñas y de proporciones agraciadas, pero cuando llegan á cierta edad tienen propensión á la obesidad."

Bancroft, *Native races*, vol. I.

IV

"Dejaban crecer el cabello que se tendía libremente por la espalda."

Quintana, *Vida de Vasco N. de Balboa*.

"Ambos sexos llevan los cabellos largos; éstos son siempre negros y muy estirados, y en general limpiamente peinados."

L. Gisborne, *The Isthmus of Darien*, 1852.

"Su cabellera, de que cuidan mucho y que atan con la *liga* y con un peine muy original, hecho con las púas de una palmera espinosa, es larga, hermosa, abundante, de un color negro lustroso y no se encanece nunca."

Wyse, *Le Canal de Panamá*, 1886.

"Ellos dejan sus cabellos sueltos, limitándose á cortar los que caen sobre los ojos."

A. Reclus.

V

"Tienen la tez de un color muy bronceado, más ó menos intenso, según las localidades."

Bancroft, *Native Races*, vol. I.

VI

"Úntanse frecuentemente el cuerpo con el zumo negruzco de un fruto llamado *hagua*, que les mantiene la piel fresca."

Wyse, *Canal interocéanique*.

## VII

" Hay algunos albinos."

Selfridge, *Reports.*

" Vi á una india y dos niños, uno de ellos albino."

Gisborne, *Darien.*

" Hay entre ellos muchos albinos, de cutis y cabellos blancos y ojos débiles.... En la isla del Perdón vi tres niños que tenían los mismos padres, dos de ellos eran albinos."

Doctor Cullen, *Isthmus of Darien.*

## VIII

" El albinismo es el resultado de una enfermedad que puede atacar al hombre en todos los climas. Débese esta anomalía á la falta del *pigmento*, materia que da color al cutis, á los ojos y á los cabellos."

Bouillet, *Dictionnaire.*

## IX

" Los hombres se pintan algunas veces rayas de color negro y las mujeres de rojo....

" El rey ó jefe de los indios del Darién, vestido con la bata real, vino á visitarnos junto con la reina y su familia.... Sus dos hijas, en edad de casarse, tenían la cara cubierta de rayas coloradas y el cuello y los brazos cargados de sartas de cuentas pequeñas de muchos colores."

Basilio Ringrose, *History of Bucaniers.*

" La pintura del cuerpo era generalmente usada en todas partes; los diferentes colores y figuras empleados tenían cada uno su significado especial."

Bancroft.

" Aun se pintan el cuerpo de diversos colores, hombres y mujeres."

Acosta, *Nueva Granada.*

Parece que la costumbre de pintarse, que es peculiar de los caribes, no es hoy tan general como antes. Véanse las siguientes citas :

" En las fiestas las mujeres se pintan de rojo con el achiote, y de azul con el añil, cara, brazos y piernas, figurando líneas mezcladas

y caprichosas. Los hombres sólo suelen pintarse la cara. El color rojo es el predominante."

F. Pérez, *Geografía*, tomo I.

"Algunas veces los hombres se adornan la nariz y la frente con una pintura roja á la greca."

Wyse, *Canal.*

X

"Salían á las guazabaras embijados los cuerpos para parecer más horribles."

Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales.*

"Todos se pintaban el cuerpo con el zumo de la bija ó con tierras de color, principalmente cuando salían á las batallas."

Quintana, *Vida de Balboa.*

XI

"Las mujeres andan todas cubiertas, desde la cintura abajo, con naguas de algodón."

M. F. de Enciso, *Suma de Geografía*, 1519.

"Esta era gente de más policía que la de Santa-Marta y de aquella costa, porque las mujeres andaban muy bien vestidas de los pechos abajo con mantas labradas de algodón, y dormían en camas de algodón muy bien labradas: estas vestiduras llegaban hasta cubrir los pies; y los pechos y los brazos traían sin ninguna vestidura."

Pascual de Andagoya.

"Las mujeres no visten sino un trapo ceñido desde la barriga hasta las corvas."

Andrés de Ariza, *Informe al Virrey Guirior*, 1774.

"Las mujeres no tienen otro vestido que una fea camisa azul que baja apenas á la rodilla, y que se adorna, según la posición social, con dibujos amarillos ó rojos."

A. Reclus.

"Los indios de la costa usan camisa y pantalón, pero los del interior andan generalmente desnudos."

Doctor Cullen.

Los indios del Darién han ido modificando naturalmente sus costumbres, en su contacto con gentes civilizadas. Respecto de su vestido actual nos referimos á las citas siguientes:

“ Ellos estaban todos vestidos (los indios de la costa), generalmente dè telas inglesas de algodón, pero tienen una tela de color azulado, que fabrican con la fibra de algún árbol. En el interior, los indios andan casi desnudos y son mucho menos civilizados que los de la costa.”

Gisborne, *Darién.*

“ Al fijar la atención en las tribus que pueblan las costas del Darién, las encontrámos aun bajo los rasgos característicos de su tipo primitivo y muy poco adelantadas, pues sólo en la época de sus fiestas, ó cuando van á visitar los buques, se ponen camisa y calzón. El traje de los jefes es más notable, pues se compone de casaca, medias y zapatos. Las mujeres, por su parte, usan una especie de túnica que las cubre desde los hombros hasta las rodillas.”

F. Pérez, *Geografía,* tomo I.

## XII

“ Los hombres andan desnudos y usan traer unos caracoles de la mar atados con unas cuerdas por la cinta, y algunos traen unos como embudos fechos de oro para ocultar las vergüenzas.”

Enciso, *Suma de Geografía.*

“ En la mayor parte del año los indios permanecen desnudos, usando.... los hombres un guayuco.”

F. Pérez, *Geografía.*

## XIII

“ Son en el comer limpios, y no acostumbran las fealdades que otras naciones.”

Cieza de León, *La Crónica.*

“ Todos generalmente eran limpios.”

Herrera, dec. I, lib. VII, cap. XVI.

“ Los istmeños tienen hábitos de limpieza ; ellos se bañan generalmente dos veces al día.”

Bancroft, *Native Races.*

“ Viven en paz entre sí, son honestos, aseados é industriosos.”

Doctor Cullen.

## XIV

“ Tenían ropa de algodón mucha.”

Cieza de León, *La Crónica.*

"Los caciques y priucipales, en ostentación de dignidad, traían á los hombros mantas de algodón."

Quintana, *Vida de Balboa.*

XV

"El cacique Pariza mandó á los castellanos.... una cantidad considerable de planchas, narigueras, pectorales, etc., de oro, que todo pesó más de treinta mil pesos."

Acosta, *Nueva Granada.*

"Todos los istmeños eran aficionados á los adornos; entre los cuales merecen especial mención las narigueras."

Bancroft, *Native Races.*

XVI

"Empecé á poner los indios en el traje español.... haciendo se quitasen las mujeres unos aros de oro con que traspasadas las narices los tienen asidos de ellas."

Andrés de Ariza, *Comentos.*

"Las mujeres llevan aros de oro en la nariz, cortados en uno de sus ángulos para poderlos quitar y poner."

Doctor Cullen.

"Las mujeres llevan grandes aros de oro en las narices y orejas."

Selfridge, *Darién Surveys.*

XVII

"Llevaban patenas de oro, que ponían á los pechos, y otras joyas para las orejas."

Herrera, Dec. II, lib. II, cap. I.

"Todos estos indios se despojaron, por contentar á los españoles, de sus planchuelas de oro en forma de patenas que traían colgadas al cuello, y las dieron á Balboa."

Acosta, *Nueva Granada.*

XVIII

"Salían á las guazabaras con valientes crestas y penachos de ricas y variadas plumas, entretalladas en la nobleza en cinta de oro fino, con que ceñían sus cabezas."

Fray Pedro Simón, *Noticias Historiales.*

"Los hombres se adornaban con penachos de plumas."

Quintana, *Vida de Balboa.*

"Cuando iban á la guerra llevaban coronas de oro en las cabezas y unas patenas grandes en los pechos, y brazaletes y otras joyas en otros lugares del cuerpo."

Las Casas, *Historia Apologética,* MS. citado por Bancroft.

"Los hombres se engalanan en los grandes días de regocijo y de embriaguez general con una diadema de fibras de bejucos adornada de plumas de oropéndolas y guacamayos. De ordinario sólo llevan una banda tejida en tres colores, que llama *liga ;* con ella enrollan al rededor de la cabeza su larga cabellera, que acaban de sujetar con un peine."

A. Reclus.

## XIX

"Traían muchas vueltas de cuentas de chaquira entremetidas en granillos de oro en las gargantas de los pies, brazos y cuello."

Fray Pedro Simón, *Noticias.*

"Usaban como adorno collares de cuentas de colores y de dientes de tigre."

Bancroft, *Native Races.*

"Las mujeres adornan sus brazos y piernas con cuentas de vidrio, sartales de coral, dijes de oro, piezas de moneda y dientes de tigre."

Doctor Cullen.

"Las mujeres recargan su cuello de cuentas, y con fajas de lo mismo se ciñen las piernas y los brazos."

F. Pérez, *Geografía.*

"Un cúmulo de collares pesa sobre sus espaldas."

A. Reclus.

## XX

Es bien raro que Wafer no hubiera visto tigres en el Darién, pues los ha habido siempre, y los hay, *pintados* y *negros* (F. Pérez), así como hay jaguares. En la época de la Conquista eran aquéllos muy numerosos; en prueba de ello citaremos á Herrera y á Cieza de León:

"Había muchos tigres que mataban las gentes, y los castellanos con su industria los disminuyeron, porque el Consejo del Darién, por el daño de los ganados, ofreció cuatro pesos, ó cinco, por cada tigre muerto."

Herrera, Dec. I, lib. VII, cap. XVI.

" Hay muchos tigres grandes."

Cieza de León, *La Crónica.*

XXI

" Tenían brazaletes."

Herrera, Dec. II, lib. II. cap. I.

" Se adornaban.... los brazos y piernas con brazaletes de oro."

Quintana, *Vida de Balboa.*

XXII

" En sus fiestas se visten todos con la mejor ropa que tienen, la cual consiste (en la costa) en pantalón y camisa los hombres, y las mujeres en camisa larga y sin mangas, muchas cuentas en los brazos, en las manos y piernas, y zarcillos y pendientes de oro en la nariz."

F. Pérez, *Geografía.*

---

## CAPÍTULO VIII.

Habitaciones de los aborígenes del Darién, y modo de construirlas.—Almacén común y fuerte.—Sus plantaciones y siembras.—Su chicha.—El *miñao* de plátano.—Ocupación de los hombres.—Quehaceres de las mujeres.—Parto, crianza y educación de los niños.—Ocupaciones de las hijas.—Telar y modo de tejer.—Copas y cestos de mimbre.—Poligamia.—Castigo del adúltero, del libertino y del ladrón.—Ceremonias de sus casamientos.—Sus festines.—Flauta y tambor.—Danzas.—Cuidados de las mujeres con sus maridos cuando están ebrios.—Armas de los hombres.—Caza.—Preparación de la carne de los animales.—Barbacoas.—Su olla y modo de comer de ellos.—Modo de viajar.—Cómo indican el camino cuando se les pregunta.—Su conocimiento del tiempo.—Su manera de contar.—Su dialecto.

La generalidad de las habitaciones de los darienitas están dispuestas acá y allá, especialmente en las nuevas plantaciones, y situadas siempre á la orilla de algún río. (I) Sin embargo, en algunos puntos hay muchas casas juntas, que pueden formar una aldea ó villa, aunque no están ordenadas ni hacen frente unas á otras para formar calles. Sucede poco más ó menos con esas casas lo que con ciertas aldeas que hay entre nosotros en los países montañosos. Tienen sus plantaciones en la vecindad, á diferentes distancias, y hay siempre un lugar de reserva para construír el almacén común; no cambian de morada con frecuencia, á menos que teman la aproximación de los españoles, ó que la fertilidad de sus tierras, que no cultivan jamás, se haya agotado. (II)

No echan ningún cimiento para edificar. Se contentan con hacer hoyos á dos ó tres pies de distancia unos de otros, en que clavan estacas de una altura igual, y de seis á ocho pies de largo. El intermedio lo llenan de varas que embarran para formar las paredes. Se levanta en seguida el techo en declive sobre pequeños maderos que se encuentran para formar el caballete, y se le cubre con hojas de palmera. (III) Todo ese edificio es muy irregular; puede tener veinticuatro pies de largo y es ancho en proporción. No hay chimenea; el fuego se enciende en el interior, y el humo sale por un agujero abierto en el techo ó al través de las grietas. Es más bien un conjunto de chozas unidas, que una casa dividida en cuartos: no hay pisos, ni puertas, ni armarios, y los asientos no son sino troncos de madera. (IV) Cada miembro de la familia tiene una hamaca, que cuelga de una á otra extremidad del sotechado. (V)

Los habitantes de una aldea ó de muchas casas vecinas tienen un almacén ó casa fuerte en común, el cual mide en general, de ciento veinte á ciento treinta pies de largo y veinticinco de ancho. La pared tiene nueve ó diez pies de altura y cerca de veinte hasta el caballete; el techo lo cubren con hojas, así como los de las demás casas. Además, los materiales y la estructura son poco más ó menos los mismos, con la diferencia de que no hay separación ninguna. Todas las paredes de esos almacenes están llenas de agujeros de forma irregular, por donde cabe el puño, abiertos por todos lados sin ningún orden. Por esos agujeros descubren al enemigo que se acerca y tiran sus flechas, mas no saben lo que es flanquearlo. Construyen siempre esas casas en un terreno llano, al pie de una colina, y arrancan los árboles y los arbustos al rededor, á tiro de flecha. Hay una abertura á cada extremidad, la cual atrincheran con una especie de puerta hecha de chontaduro y de guaduas rajadas y apareadas con mimbre. Esa puerta tiene un pie de espesor, y está lista para cerrar las aberturas é impedir á los enemigos la entrada; además hay dos ó tres estacas clavadas en tierra para sostenerla. Lo malo que les veo á esos fuertes es que se pueden incendiar fácilmente, y los españoles consiguen esto por medio de flechas enrojecidas que tiran sobre el techo. Por lo regular una familia se aloja en ese almacén para cuidarlo y mantenerlo aseado. En efecto, se nota allí una gran limpieza, así como en las casas de los particulares. Esos fuertes les sirven también para la reunión de sus consejos y de otras asambleas generales. (VI)

Siembran y cultivan en torno de sus habitaciones plátanos, maíz, etc., en cantidad suficiente para sus necesidades. (VII) El país está muy cubierto de selvas, y para rozar éstas cortan los árboles y los dejan en el terreno tres ó cuatro años seguidos, hasta que los queman. Sin

embargo, siembran mientras tanto el maíz entre los árboles caídos, cuyas raíces se pudren á la larga, pues no tienen instrumentos para arrancarlas. Después de limpiar bien el terreno hacen con los dedos hoyos irregulares, á distancias desiguales, y en cada uno echan dos ó tres granos de maíz y los cubren en seguida con tierra, así como se siembran las habas en nuestros jardines. Allá siembran en Abril, y cosechan los frutos en Septiembre ú Octubre. Desprenden las mazorcas con la mano, como se hace en otras partes. Aunque no estuve en tiempo de cosecha vi en sus cabañas el maíz de la precedente. En vez de arrancar el grano á golpes, hacen esta operación con las manos. No hacen de él pan ni tortas; mas después de tostar el grano lo muelen entre dos piedras, poco más ó menos como se hace con el cacao, y emplean la harina en muchas cosas. Por ejemplo, la mezclan con agua en un calabazo y la dejan fermentar. Ese licor, que llaman chicha, les es de grande utilidad en sus viajes, cuando no tienen tiempo de preparar otras provisiones.

Hacen también otro licor del maíz, que llaman chicha-copa (esta última palabra significa bebida). Cuando se trata de celebrar una fiesta ó un casamiento, ponen á remojar algunos almudes de maíz en una pila llena de agua, y una vez saturada de la sustancia del maíz y que comienza á agriarse, algunas viejas que tienen poco que hacer mascan granos de maíz y los echan en calabazos; cuando calculan tener bastantes, vacian esa mezcla de saliva y maíz en la pila, después de sacar el grano remojado. Esa especie de pasta sirve de levadura, y da pronto una tenue fermentación á todo el licor; cuando ya no fermenta más se pasa á otra pila sin el sedimento, y entonces está bueno para beber. Tiene el gusto agrio de la cerveza floja, y sin embargo embriaga. (VIII) Beben la chicha saboreándose, y les agrada muchísimo aunque les causa mucha eructación. Es su bebida favorita y de regalo, pues por lo regular sólo toman agua pura ó *miflao.*

Hay dos especies de miflao: una se hace con plátanos frescos, y otra con secos. Asan los primeros sin quitarles la cáscara, luégo los pelan y echan la pulpa en un calabazo lleno de agua, donde la deslíen con las manos, y en seguida beben ese licor. La otra especie de miflao se prepara con tortas de plátanos secos. Cuando se coge ese fruto maduro no se guarda, pues se pudre pronto si se deja con la cáscara. Para evitar esto, se hace una pasta de la pulpa y se seca á fuego lento sobre una especie de parrilla de varas. Cuando se quiere hacer miflao se corta un pedazo y se remoja de la misma manera. (IX) Los naturales del país se abastecen siempre que están de viaje, sobre todo en los lugares donde calculan no encontrar plátanos maduros, aunque prefieren los secos. Los hacen cocer verdes ó medio maduros, y los comen con carne en lugar de pan. Se alimentan también con ñames, batatas y raíz de yuca,

"En cuanto al número de los indios.... por los informes que pudo adquirir Codazzi.... desde el golfo del Darién hasta el de San-Blas, hay 3,700; en el interior del Darién y en las cabeceras del Bayano, el Chucunaque y afluentes, 1,800; en los afluentes y cabeceras del Tuira y Juradó, 600. Total, 6,100 en el Darién antiguo."

F. Pérez, *Geografía de los Estados Unidos de Colombia.*

"Los indios habitan toda la costa del Atlántico, de San-Blas al río Tauna, y en el interior, del Sucubtí á la parte alta del Bayano. Los indios bravos son más numerosos de lo que generalmente se supone. En el Sucubtí, afluente del Chucunaque, hallámos tres grandes aldeas que no podían contener menos de 1,000 habitantes.... Su número (el de los indios del Darién) probablemente no es inferior á 7,000."

Selfridge, *Reports of Explorations ; Ship-Canal by way of Darien*, 1874.

"En 1747, el Gobernador D. Joaquín Barcarcel de Miranda calculaba la población total del Darién en 5,000 familias, tengo razón para creer que su número ha disminuído mucho desde aquel tiempo."

Doctor Cullen, *Isthmus of Darien Ship-Canal.*

## II

"Era la gente de aquella tierra la más bien dispuesta que hasta entonces se había visto, altos de cuerpo, enjutos y de buenos gestos."

Herrera, *Historia general, cuarto viaje de Colón*, dec. I, lib. V, cap. VIII.

"Los indios son generalmente bien hechos, robustos, y de altura proporcionada."

Bancroft, *The native races of the Pacific States*, vol. I.

"La costa Atlántica del Darién está habitada por los indios tules ó mandingas, raza bella y vigorosa, aunque de escasa estatura, de color cobrizo, cabello negro, tieso y estirado y otros caracteres de la raza india de la América del Sur."

Doctor Cullen, *Isthmus of Darien.*

Las siguientes citas prueban que la raza indígena del Darién ha degenerado:

"Aunque los indios del Darién no se mezclan con las otras razas, su tipo, en general, ha degenerado mucho. Se encuentran algunos hombres de facciones bien marcadas, de miembros desarrollados ; pero los más tienen formas enjutas, una figura arrugada y todos los síntomas de una notable degradación física."

Lucien N. B. Wyse, *Rapport sur les études de la commission internationale d'exploration de l'istme du Darién*, 1876-1877.

"La raza (indígena) está degenerando."

L. Gisborne, *The Isthmus of Darien in* 1852.

"Rara vez se encuentran indios que tengan más de cinco pies y seis pulgadas de altura."

Selfridge, *Reports*.

III

"Todos generalmente son dispuestos y limpios, y sus mujeres son de las más hermosas que yo he visto en la mayor parte destas Indias donde he andado."

Cieza de León, *La Crónica del Perú*.

"Las mujeres, en general, son pequeñas y de proporciones agraciadas, pero cuando llegan á cierta edad tienen propensión á la obesidad."

Bancroft, *Native races*, vol. I.

IV

"Dejaban crecer el cabello que se tendía libremente por la espalda."

Quintana, *Vida de Vasco N. de Balboa.*

"Ambos sexos llevan los cabellos largos; éstos son siempre negros y muy estirados, y en general limpiamente peinados."

L. Gisborne, *The Isthmus of Darien*, 1852.

"Su cabellera, de que cuidan mucho y que atan con la *liga* y con un peine muy original, hecho con las púas de una palmera espinosa, es larga, hermosa, abundante, de un color negro lustroso y no se encanece nunca."

Wyse, *Le Canal de Panamá*, 1886.

"Ellos dejan sus cabellos sueltos, limitándose á cortar los que caen sobre los ojos."

A. Reclus.

V

"Tienen la tez de un color muy bronceado, más ó menos intenso, según las localidades."

Bancroft, *Native Races*, vol. I.

VI

"Úntanse frecuentemente el cuerpo con el zumo negruzco de un fruto llamado *hagua*, que les mantiene la piel fresca."

Wyse, *Canal interocéanique*.

"En cuanto al número de los indios.... por los informes que pudo adquirir Codazzi.... desde el golfo del Darién hasta el de San-Blas, hay 3,700; en el interior del Darién y en las cabeceras del Bayano, el Chucunaque y afluentes, 1,800; en los afluentes y cabeceras del Tuira y Juradó, 600. Total, 6,100 en el Darién antiguo."

F. Pérez, *Geografía de los Estados Unidos de Colombia.*

"Los indios habitan toda la costa del Atlántico, de San-Blas al río Tauna, y en el interior, del Sucubtí á la parte alta del Bayano. Los indios bravos son más numerosos de lo que generalmente se supone. En el Sucubtí, afluente del Chucunaque, hallámos tres grandes aldeas que no podían contener menos de 1,000 habitantes.... Su número (el de los indios del Darién) probablemente no es inferior á 7,000."

Selfridge, *Reports of Explorations ; Ship-Canal by way of Darien*, 1874.

"En 1747, el Gobernador D. Joaquín Barcarcel de Miranda calculaba la población total del Darién en 5,000 familias, tengo razón para creer que su número ha disminuído mucho desde aquel tiempo."

Doctor Cullen, *Isthmus of Darien Ship-Canal.*

## II

"Era la gente de aquella tierra la más bien dispuesta que hasta entonces se había visto, altos de cuerpo, enjutos y de buenos gestos."

Herrera, *Historia general, cuarto viaje de Colón*, dec. I, lib. V, cap. VIII.

"Los indios son generalmente bien hechos, robustos, y de altura proporcionada."

Bancroft, *The native races of the Pacific States*, vol. I.

"La costa Atlántica del Darién está habitada por los indios tules ó mandingas, raza bella y vigorosa, aunque de escasa estatura, de color cobrizo, cabello negro, tieso y estirado y otros caracteres de la raza india de la América del Sur."

Doctor Cullen, *Isthmus of Darien.*

Las siguientes citas prueban que la raza indígena del Darién ha degenerado:

"Aunque los indios del Darién no se mezclan con las otras razas, su tipo, en general, ha degenerado mucho. Se encuentran algunos hombres de facciones bien marcadas, de miembros desarrollados ; pero los más tienen formas enjutas, una figura arrugada y todos los síntomas de una notable degradación física."

Lucien N. B. Wyse, *Rapport sur les études de la commission internationale d'exploration de l'istme du Darién*, 1876–1877.

" La raza (indígena) está degenerando."

L. Gisborne, *The Isthmus of Darien in* 1852.

"Rara vez se encuentran indios que tengan más de cinco pies y seis pulgadas de altura."

Selfridge, *Reports*.

III

" Todos generalmente son dispuestos y limpios, y sus mujeres son de las más hermosas que yo he visto en la mayor parte destas Indias donde he andado."

Cieza de León, *La Crónica del Perú*.

"Las mujeres, en general, son pequeñas y de proporciones agraciadas, pero cuando llegan á cierta edad tienen propensión á la obesidad."

Bancroft, *Native races*, vol. I.

IV

" Dejaban crecer el cabello que se tendía libremente por la espalda."

Quintana, *Vida de Vasco N. de Balboa*.

" Ambos sexos llevan los cabellos largos; éstos son siempre negros y muy estirados, y en general limpiamente peinados."

L. Gisborne, *The Isthmus of Darien*, 1852.

" Su cabellera, de que cuidan mucho y que atan con la *liga* y con un peine muy original, hecho con las púas de una palmera espinosa, es larga, hermosa, abundante, de un color negro lustroso y no se encanece nunca."

Wyse, *Le Canal de Panamá*, 1886.

" Ellos dejan sus cabellos sueltos, limitándose á cortar los que caen sobre los ojos."

A. Reclus.

V

"Tienen la tez de un color muy bronceado, más ó menos intenso, según las localidades."

Bancroft, *Native Races*, vol. I.

VI

" Úntanse frecuentemente el cuerpo con el zumo negruzco de un fruto llamado *hagua*, que les mantiene la piel fresca."

Wyse, *Canal interocéanique*.

Se dan festines en otras ocasiones; por ejemplo, después de haber tenido un gran consejo, ó á la salida de alguna otra asamblea que suelen hacer con el solo fin de divertirse. Los hombres beben por lo común á la salud los unos de los otros, y después de decir alguna palabra, avanzan la copa hacia la persona por quien beben; nunca otorgan ese honor á las mujeres. Éstas se quedan en pie y les sirven mientras comen. Toman la copa del que ha bebido, arrojan los restos por tierra, la limpian bien y la dan llena á otro. Sea en un festín, ó en la casa, las mujeres sirven á sus maridos en la mesa, hasta el fin de la comida; en seguida van á comer unas con otras, ó cada una en particular.

Cuando los hombres están en sus casas, ningún negocio los preocupa; pero para no estar enteramente ociosos, se ocupan frecuentemente en trenzar copas, cestos y redes, en pulir sus flechas y sus lanzas, en hacerles puntas, y en varias otras obras.

Los hombres hacen también una especie de flautas, de muchas cañas huecas pequeñas, y algunas veces aun de un solo tubo. Les hacen agujeros y soplan con violencia, sin distinguir las notas, lo cual forma un ruido parecido al grito de los niños. (XXI) Les agrada mucho ese ejercicio, y tocan flauta en diferentes ocasiones. Por ejemplo, los paguéveres ó adivinos la tocan cuando hacen sus sortilegios. En una palabra, no hay nada de que no se les ocurra sacar algún sonido, y mientras los unos se ocupan en divertirlos de esta manera, los otros están zumbando.

Murmuran también, cuando bailan, una especie de bamboleo, en que sólo toman parte los hombres en número de treinta ó cuarenta, formados en círculo. Extienden unos las manos y las apoyan en los hombros de los otros, y en seguida se mueven pausadamente de lado; á medida que avanzan en el mismo círculo, sacuden todas las coyunturas del cuerpo de una manera muy grotesca. (XXII)

Tocan frecuentemente flauta y tambor, (XXIII) aun cuando se ocupen en algún trabajo, pero no danzan por lo común sino en sus fiestas. Después de bailar algún tiempo, sale el que quiere del círculo de la compañía y se pone á dar zancadas y hacer posturas; arroja su lanza al aire y la atrapa de nuevo; encorva la espalda hacia el suelo y salta para adelante; en una palabra, ejecuta muchas otras vueltas como nuestros saltadores, pero con más actividad que destreza. Cuando éste está bien cansado, otro, y aun dos ó tres á la vez, lo reemplazan y representan el mismo papel. Tan pronto como termina el baile, se arrojan al río bañados en sudor, se lavan bien y á la salida del agua pasan la mano sobre sus cabellos y por todo el cuerpo para enjugarse. Un baile de esos, si la asamblea es numerosa, dura por lo menos cinco ó seis horas, y algunas veces un día entero. No danzan sino des-

pués de divertirse un poco en beber; y tampoco lo hacen cuando han bebido demasiado. (XXIV)

La danza, la caza y el tiro al blanco son sus placeres capitales. Los hombres, lo mismo que los niños, tiran á todo lo que se presenta á su vista, aunque no sea sino con el objeto de ejercitarse y de mostrar su destreza.

Las mujeres también tienen sus danzas y fiestas, después de que sus maridos se divierten. Noté que ellas no se recrean con los hombres, ni son amigas de sus juegos; pero sí beben entre sí hasta embriagarse. (XXV) Tienen gran cuidado de sus maridos cuando están ebrios. Tan pronto como una mujer ve que su marido no puede sostenerse, se hace ayudar por una ó dos más para llevarlo á su hamaca; mientras éste ronca y duerme su borrachera le arrojan agua al cuerpo para refrescarlo; le lavan las manos, los pies y la cara; le pasan la mano por todo el cuerpo para hacer caer el agua que se ha calentado, y lo mojan de nuevo. Vi diez ó doce hombres de esta manera acostados en sus hamacas, después de una diversión, y las mujeres al rededor de ellos cuidándolos.

Los hombres nunca salen de su casa sin tomar alguna de sus armas, sea el arco y la flecha, la lanza, el hacha ó el machete, ni aun para la cosa más leve. Sus más frecuentes expediciones en tiempo de paz se limitan á la caza. La hacen para abastecerse de carne cuando les falta. Se reunen algunas veces una ó dos familias, pero hacen frecuentemente grandes partidas de caza, á las que asiste mucha gente. No tienen asambleas públicas ni celebran festines sin que se organice una cacería antes de separarse. Se fija el tiempo y el lugar de la cita, y cada uno tiene obligación de encontrarse allí con todo lo que le es necesario.

Una caza de esas suele durar tres ó cuatro días; sin embargo, algunas se prolongan hasta de diez á veinte días, según su abundancia y el camino que siguen. Van algunas veces á la frontera á traficar con sus vecinos, y cazan de ida y de vuelta. No examinan las estaciones del año para saber si hay ó no animales, pues en todo tiempo hacen cacerías.

Todos los de la compañía se hacen seguir de uno ó dos perros para reconocer el terreno, (XXVI) y las mujeres van también allí. Cuando yo los acompañaba me daban una mujer joven para servirme y llevarme las provisiones en un cesto.

Esta es la ocupación de las mujeres en sus expediciones: cargan en sus cestos plátanos hartones, guineos, ñames, batatas y yucas, todo bien asado; (XXVII) pero si se prevé que se ha de pasar por bosques ó por plantaciones arruinadas, en cuyos puntos se encuentran plátanos verdes, que se preparan en el mismo lugar, se cargan menos provisio-

nes. (XXVIII) También llevan las mujeres consigo un poco de harina de maíz y algunos plátanos maduros para hacer miflao. Sus provisiones no consisten en otra cosa. Llevan una ó dos ollas de tierra para cocer la carne para toda la compañía, y además un calabazo cada una. Los hombres cargan sus arcos y sus flechas, sus lanzas, una pequeña hacha y un machete. (XXIX) Van descalzos y frecuentemente se lastiman, pero esto no los preocupa mucho. Matan saínos, jabalíes, cuams, chicalí–chicalís, paujiles y cualquier otro cuadrúpedo ó ave que encuentren, con excepción de monos y venados. (XXX) Comen primero la volatería y todo lo que no puede conservarse fácilmente. Se detienen por la noche en cualquier lugar donde se hallen al ponerse el sol, como sea cerca de un río, de un arroyo ó en la falda de una montaña. Amarran sus hamacas á dos árboles, se cubren con una hoja de plátano para preservase de la lluvia y del viento, y encienden una hoguera que dura toda la noche. No continúan cazando después de puesto el sol, pero vuelven á comenzar luégo que se levantan. Los animales más perseguidos son el saíno y el jabalí, que no corren muy ligero y van en manadas de dos ó trescientos á la vez; de suerte que si los indios los sorprenden, matan alguno de cualquier modo; pero si esto no sucede, corren frecuentemente un día entero sin coger ni uno solo, ó bien alcanzan tan pocos con relación al gran número de los que levantan, que el resultado no corresponde á la fatiga. Yo mismo vi levantar más de mil en un día, separados en diferentes manadas, y sólo matámos dos. Esos animales huyen algunas veces con las flechas en el cuerpo; cuando alguno va cansado se detiene en un rincón, y allí lo rodean los perros sin atreverse á atacarlo: no hacen sino hostigarlo y morderlo en la parte posterior, hasta que ven á los indios detrás de un árbol dispuestos á soltar la flecha; entonces se retiran para evitarla. Tan pronto como un indio hiere un jabalí ó un saíno, corre y le tira su lanza, y en seguida lo despanzurra, le saca los intestinos y lo corta en dos al través. Hecho esto, toma un palo, le hace punta en los extremos, y en cada uno coloca la mitad del animal; de esta manera lo lleva á la espalda al lugar de la cita que se ha dado á las mujeres. Por la noche se ahuma la carne á la manera del país y se lleva á la casa. (XXXI)

Generalmente, sea cuadrúpedo ó ave lo que cojan, lo atraviesan á lanzadas ó á flechazos, para hacerle salir la sangre; lo cortan en seguida en cuartos, después de quitarle la cabeza; además, si es saíno lo escaldan, y si jabalí, lo desuellan. A algunas aves sólo las despluman, á otras las pelan, no enteras, sino después de picarlas en pedazos, en especial cuando las usan como alimento en sus viajes.

Como tienen muy poca sal, cuando quieren guardar algún tiempo

la caza, clavan cuatro estacas, á ocho ó nueve pies de distancia unas de otras, sobre las cuales ponen dos palos del mismo largo, á un pie de tierra. Esto se llama barbacoa; en ella colocan los cuartos de animales, y por debajo un leve fuego de carbón de madera; voltean esos pedazos de tiempo en tiempo y renuevan el fuego, por tres ó más días seguidos, hasta que estén tan secos como un palo, ó como un pedazo de nuestra carne de buey ahumada. (XXXII) Si matan gran número de aves, saínos ú otros animales, los ahuman bien y los llevan así á la casa. Aun más, si hay demasiada carga para las mujeres, los hombres les ayudan á trasportarla. Esta carne así preparada puede conservarse largo tiempo, pero tan pronto como la provisión toca á su fin, vuelven á la caza.

Hacen también una barbacoa en su habitación, en la que amontonan unos sobre otros esos pedazos secos, y frecuentemente ponen un poco de cenizas calientes debajo para evitar que se enmohezcan en ese país tan húmedo. Cortan de esa carne á medida que la necesitan.

Cuando quieren comer carne ahumada ó fresca, la cortan en pedazos pequeños y la echan en la olla de barro, con algunas raíces, plátanos verdes ó guineos, y una buena cantidad de ají. Calientan todo eso á fuego lento, sin dejarlo nunca hervir. Después de poner la olla temprano, la tapan muy bien y no la retiran sino á las siete ú ocho horas, cuando todo está reducido á pasta. Este cocido es la única comida que hacen en regla diariamente, como á las doce; además de esto, comen plátanos todo el día. Vacian el contenido de la olla en un gran plato de barro, ó en un calabazo que colocan sobre el tronco grueso de madera que les sirve de mesa, y se sientan al rededor en otros troncos pequeños. Cuando hay algún festín y es numerosa la concurrencia, hacen una barbacoa de diez á veinte pies de largo y aun más, y de un ancho proporcionado, y tienden encima hojas de plátano á guisa de mantel. Cada uno tiene en el suelo, á su lado derecho, un calabazo lleno de agua. Introducen en el plato los dos primeros dedos y el pulgar, en forma de cuchara, para coger la carne, y los mojan en el calabazo que está á su lado cada vez que toman un pedazo, no sé si para limpiarlos ó para refrescarlos, pero lo cierto es que comen el guisado muy caliente y con excesiva cantidad de ají. No comen á ese tiempo ninguna raíz que les sirva de pan, pero si tienen un grano de sal se lo ponen en la lengua á cada tres ó cuatro bocados de carne, para darle gusto.

Cuando los indios viajan se dirigen por el curso del sol, y, á falta de éste, por un punto fijo hacia el cual tienden; observan, además, á qué lado se inclinan las ramas de los árboles, para conocer la dirección del viento; mas si ese medio les resulta ineficaz, hacen incisiones en la

corteza de los árboles, y el punto donde se halla más gruesa indica siempre el sur. Caminan por entre bosques, ríos, pantanos, y aun al través de lugares donde no hay rastro ni senda. (XXXIII) Así se ven frecuentemente expuestos á desviarse del camino recto después de seguirlo muchos días y de abrirse paso en medio de bosques tallares sirviéndose de sus machetes, sobre todo donde hay guaduas, pues sin esta precaución es imposible penetrar. Hombres, mujeres y niños pasan los ríos nadando, y no necesitan de tumbar árboles, como lo hacíamos nosotros. (XXXIV) Sin embargo, cuando bajan un río se meten en canoas ó balsas hechas de palo de balso. (XXXV)

Si álguien les pregunta el camino para ir á alguna parte,—lo que nos sucedió muchas veces pasando y volviendo á pasar el Istmo,—acostumbran mostrarlo con el dedo; y si se trata de saber el tiempo que se necesita para llegar, lo indican dirigiendo el dedo á algún punto del arco que el sol describre en su hemisferio; y según que muestren más alto ó más bajo al este ó al oeste del meridiano, designan la mañana ó la tarde del día en que se puede llegar al río, á las plantaciones ó á cualquier otro lugar. Por ejemplo, el punto que está á igual distancia del horizonte oriental y del meridiano, significa las nueve de la mañana; los cuatro sextos del arco diurno del sol al suroeste quieren decir las cuatro de la tarde, etc. Si el tiempo que se quiere saber no es de horas sino de días, vuelven la cara al sur y describen con la mano el arco que el curso diurno del sol hace del este al oeste, en seguida apoyan la cabeza sobre esa mano, cierran los ojos y fingen dormir; repiten el arco y renuevan la pantomima tantas veces como jornadas hay del lugar donde uno está á aquél á que se dirige.

No noté que hubiese entre esos indios ninguna distinción de semanas ni días particulares; tampoco dividen éstos en horas ú otras porciones á más de las que muestran con el dedo en el arco diurno del sol. Al mismo tiempo que usan esa ú otra señal, hablan y expresan su pensamiento en su propia lengua, aunque se dirijan á europeos que no les entiendan. Cuentan el tiempo pasado por las revoluciones de la luna; así, cuando Lacenta me hablaba del estrago que los españoles habían hecho al oeste, me decía que desde esa desgracia habían trascurrido gran número de lunas.

Su manera de calcular es por unidades, decenas y veintenas XXX VI) hasta ciento, y no observé que contasen más allá de este último número. Para expresar uno mayor toman una trenza de sus cabellos, grande ó pequeña, á proporción del número que quieren designar, y la sacuden con la mano. Y si se trata de indicar uno innumerable, toman todos los cabellos de un lado de la cabeza y los sacuden de la misma manera.

Cuando fuimos al mar del Sur bajo las órdenes del capitán Sharp, éramos trescientas treinta y seis personas, fuera de muchos indios que nos acompañaron en esa marcha; y como quisiesen saber cuántos íbamos, para conseguirlo se sentó uno de ellos cerca de una senda que debíamos seguir, con un montón de maíz á su lado, y por cada uno de los nuestros que pasaba echaban un grano á su cesto. Había contado ya una gran parte, cuando uno de nuestros hombres vació expresamente el cesto é interrumpió así el cálculo. Observé que esta acción le disgustó; sin embargo, otro de su compañía se adelantó, se ocultó en el bosque, á corta distancia de la senda estrecha por donde debíamos pasar uno á uno, y se puso á contarnos con granos de maíz. Hecha esta operación, se hallaron muy embarazados para el cómputo, porque dos ó tres días después, cuando estuvimos entre los indios del sur, vimos que veinte ó treinta de los más graves se agruparon para contar los granos que había en el cesto. No habiendo podido salir bien con su cálculo parecieron acalorarse y disputar fuertemente á ese respecto; uno de la compañía se levantó, cogió una trenza de sus cabellos y la sacudió para decir que el número era grande y desconocido. Es lo cierto que por ese medio terminó la disputa, y uno de ellos nos siguió para preguntarnos en mal español cuántos éramos.

Los números cardinales 1, 2, 3, etc. tienen entre ellos los nombres siguientes:

1. *Conyugo.*
2. *Pocua.*
3. *Paucua.*
4. *Paquecua.*
5. *Eterra.*
6. *Indrica.*
7. *Cugola.*
8. *Paucopa.*
9. *Paquecopa.*
10. *Anivego.*
11. *Anivego conyugo.*
12. *Anivego pocua.*
13. *Anivego paucua.*
20. *Tula bogua.*
40. *Tula guana etc.* (XXXVII)

De 10 para abajo nombran fácilmente el número particular de que se trata sin hacer ninguna seña; pero cuando dicen *anivego* ó 10, juntan las dos manos abiertas. Para decir 11, 12, 13, hasta 20, pronuncian *anivego*, juntan las manos y vuelven á separarlas, tocan los dedos de la mano izquierda, uno por uno, con el primero de la derecha, y dicen

*anivego conyugo*, *anivego pocua*, *anivego paucua*, etc., hasta el número que quieren expresar, si es inferior á 20.

Cuando pronuncian *tula bogua*, es decir, 20, juntan las manos dos veces, una por cada 10. Para el 21 dicen *tula bogua conyugo;* para 22 *tula bogua pocua*, etc. Para expresar 30 juntan tres veces las manos y dicen, *tula bogua anivego*, es decir, 20 y 10; para 31, *tula bogua anivego conyugo*, es decir, 20 y 11, y así hasta 40. Lleguemos á ese número: juntan cuatro veces las manos y dicen *tula guana;* 41, *tula guana conyugo*, etc.; 50, *tula guana anivego*, es decir, 40 y 10; 51, *tula guana anivego conyugo*, es decir, 40 y 11, etc. No sé los nombres de las otras decenas, y pocos de ellos los saben. Deseaba yo mucho conocer los números, y en ese ejercicio pasaba el tiempo; ellos se divertían muchísimo cuando me veían afanado, pero no había ninguno que pudiese enseñarme números más altos que los que acabo de indicar, ni corregirme cuando llegaba á equivocarme en mi repetición.

Esa manera de contar de una veintena á otra es la misma de nuestros antepasados, y se aproxima mucho á la de los montañeses de Escocia é Irlanda; pues si los indios para significar 31, 32, etc., dicen 20 y 11, 20 y 12, etc., éstos para expresar los mismos números dicen al revés, 11 y 20, 12 y 20, etc., no haciendo sino una trasposición de palabras. (XXXVIII) En mi juventud yo entendía muy bien el irlandés, tal como se habla en el Norte de Irlanda, por ejemplo en Navan sobre el Boyne y al rededor de la ciudad de Virgini sobre el Lough Rammer, en la baronía de Castle-Raghen, en el condado de Cavan, así como en la parte alta de Escocia.

El conocimiento que tenía del irlandés me fue un grande auxilio para aprender el lenguaje del Darién. Aunque no haya ninguna relación entre las palabras de una y otra lengua, hay alguna en la pronunciación, que imitaba yo fácilmente. Ambas se pronuncian mucho de la garganta, con frecuentes aspiraciones y poco más ó menos la misma entonación como de canto. (XXXIX) Preguntaba yo incesantemente á los indios el nombre de los objetos, y el príncipe Lacenta, que sabía algunas palabras de español se entretenía siempre conmigo; de suerte que en un mes aprendí medianamente su lengua, mas hoy sólo recuerdo un pequeño número de palabras y frases, de las cuales presento una lista:

*Tauta*, padre.
*Nauna*, madre.
*Puna*, mujer.
*Rupa*, hermano.
*¿ Bidama socua rupa?* ¿ Cómo lo pasa usted, hermano?
*Nina*, niña.
*Ni*, la luna.

*Chauna*, ir.
*Chauna vimaca*, apresurarse, correr.
*Chennorung*, alguna cosa gruesa ó grande.
*Icha*, feo.
*Peicha*, vaya! qué feo es eso!
*Icha malucua!* Interjección que manifiesta gran disgusto por alguna cosa.
*Cotcha*, dormir.
*Caupa*, una hamaca.
¿*Cotcha caupa*? ¿Queréis ir á dormir en la hamaca?
¿*Pa puna ita caupa*? Mujer, ¿tomaste la hamaca?
*Dula*, agua.
¿*Dula copa*? ¿Queréis beber agua?
*Chicha copa*, bebida de maíz.
*Mamauba*, bello.
*Ca*, ají.
¿*Aupa ina*? ¿Cómo llama usted esto?

---

## NOTAS.

### I

"Tenían sus asientos junto á la orilla del mar y á las márgenes de los ríos."

Quintana, *Vida de Balboa*.

"Las labranzas de los indios están siempre situadas en las orillas de los ríos y en las costas marítimas.... Encuéntranse las casas por lo común aisladas, ó de á dos ó tres juntas á lo más, y siempre en las orillas de los ríos para la comodidad de la pesca y del baño, del que hacen un uso muy frecuente. Raros son, pues, los puntos en que se encuentran quince ó veinte familias reunidas."

F. Pérez.

### II

"En estas provincias no había pueblos grandes, sino cada principal tenía en sus tierras tres ó cuatro casas ó más, según era: éstas juntas y así á vista unas de otras: cada uno donde sembraba allí hacía su casa."

Pascual de Andagoya.

"Nunca sus lugares eran grandes, y los mudaban frecuentemente de un sitio á otro, según la necesidad ó el peligro los constreñía."

Quintana, *Vida de Balboa*.

"No había pueblos grandes, sino que cada principal tenía tres ó cuatro casas juntas con su gente; cada uno donde sembraba tenía la suya."

Herrera, Dec. II, lib. III, cap. V.

III

"Sus casas eran de madera y cañas, atadas con bejucos y cubiertas de yerba para defenderse de la lluvia."

Quintana, *Vida de Balboa.*

"Sus casas no son mal construídas, aunque tanto sus paredes como sus techos son (cubiertos) de paja; sin embargo, es digno de notarse que sólo levantan paredes en ellas del lado que sopla el viento, y que el otro queda al descubierto."

F. Pérez, *Geografía.*

IV

"Las casas son á manera de ramadas largas con muchos estantes."

Cieza de León, *La Crónica.*

"Las habitaciones eran divididas en dos ó más piezas, sin puertas á la entrada, á la cual se llega por unos escalones."

Bancroft, *Native Races.*

"Las casas de los indios de Paya, más grandes y más aseadas que las de los negros del bajo Darién, tienen un piso alto, pero la pared no se prolonga hasta arriba. La parte baja sirve de almacén y de cocina; de día como de noche se permanece en las habitaciones altas. El suelo de guadua se eleva de la tierra unos ocho ó diez pies. Del techo penden toda clase de amuletos y cabezas de tucanes."....

A. Reclus.

V

"Duermen en hamacas; no tienen ni usan otras camas."

Cieza de León, *La Crónica.*

"Hacían hamacas de algodón."

Fray P. Simón, *Noticias.*

"Duermen en hamacas, fabricadas frecuentemente con primor, y las cuelgan de dos árboles ó postes. Son muy frescas, debido esto al material de que las hacen."

Bancroft.

VI

" Cada aldea tiene una casa pública ó del consejo, ó casa fuerte... El interior de sus habitaciones tiene una apariencia aseada, y el orden y la pulcritud sobresalen en todos sus arreglos domésticos."

Bancroft.

VII

" Cultivan un poco."

Quintana, *Vida de Balboa.*

" Sus comidas eran las ordinarias de esta tierra: maíz, yuca, batatas y otras."

Fray P. Simón, *Noticias.*

" Los indios de Panamá, tanto los del interior como los de las costas, tienen labranzas de plátanos, cacao, maíz, yuca, batatas, caña de azúcar y muchos cocales."

F. Pérez, *Geografía.*

VIII

" Hacían de maíz vino blanco y tinto.... Es de muy buen sabor, aunque como vinos bruscos ó de Gascuña."

Las Casas, *Hist. Ind.*, MS. citado por Bancroft.

" Fabrican ollas, muy bien cocidas, en las cuales hacen chicha de maíz fermentado, dulcificándola con miel de avejas ó caña de azúcar."

F. Pérez.

" Para hacerme simpático á los indios acepté, sin mostrar mala cara, chicha de guarapo y maíz.... Dicen que las quijadas humanas desempeñan su oficio en la fabricación de esta mezcla, especie de bebida fermentada de un gusto agreste bastante agradable."

Wyse, *Canal.*

" Antes de una fiesta ó de un día en que se deben recibir huéspedes, las mujeres de la familia se sientan en cuclillas al rededor de una pila grande en la que se acaban de exprimir cañas de azúcar; allí pasan horas enteras quebrantando con los dientes los granos dorados de maíz y echándolos en seguida en el recipiente para fabricar la chicha."

Armando Reclus, *Panamá et Darien.*

IX

" Los únicos bastimentos que preparan para las expediciones se reducen á chicha de maíz, beneficiada de ordinario, envasándola en

unas totumas bien grandes, y á ciertas pastas que llaman *mazato*, cuya figura es la misma de los tamales ó pasteles de Cartagena, sin más composición que plátano sancochado y pilado, y si es para viaje largo, mezclan masa de maíz. Envuelto, pues, este mixto en unas hojas de vijao, lo hierven en una olla hasta darle el punto que requiere, en tal conformidad que se conserva largo tiempo. Dicha mixtión así preparada les sirve de comida, y desleída en agua fría también de bebida."

Andrés de Ariza.

## X

" Es notable el despotismo con que son tratadas las hembras, pues ellas son las que labran la tierra, siembran y recogen los frutos."

F. Pérez.

" El trabajo de los campos está encargado á las mujeres, pero los trabajos fuertes son generalmente ejecutados por los hombres."

Selfridge, *Reports.*

" Los hombres ayudan un poco á las mujeres á desmontar los terrenos, á cultivarlos, y en el momento de las siembras y de las cosechas."

Wyse, *Canal interocéanique.*

## XI

" Las armas eran flechas untadas de yerba. Usaban de macanas, lanzas y hondas y de algunos paveses de tabla. Eran diestrísimos en el manejo de todas."

Fray P. Simón, *Noticias.*

" Sus armas son principalmente el arco y las flechas, que manejan con mucha habilidad, y la escopeta."

Selfridge, *Darién.*

" Están acostumbrados al uso de las armas de fuego y son buenos tiradores ; tienen también lanzas y flechas."

Doctor Cullen.

" El indio del Istmo usa para sus trabajos de cacería la escopeta en vez de la flecha."

F. Pérez.

## XII

" Se observa en estas tribus que la juventud demuestra gran respeto á los ancianos."

F. Pérez.

## XIII

"La pesca de la tortuga es su principal ocupación, así como la caza."

Doctor Cullen.

"Son excelentes nadadores y sacan grandes provechos de la pesca de la tortuga común y de la tortuga–carey. Se sirven de redes, atarrayas, anzuelos, flechas y harpones para coger los pescados que abundan en sus riberas."

F. Pérez.

## XIV

"Fabrican las hamacas de algodón ó con fibras del aloe."

F. Pérez.

## XV

"El rey hizo sacar una cestilla de vergas, hecha con mucho primor, llena de perlas muy ricas."

Herrera, Dec. II, lib. I, cap. IV.

"El cacique Cutará le envió á Gonzalo de Badajoz, con cuatro hombres principales, cuatro petacas, que son canastos hechos de palmas, aforrados en cueros de venado, de dos palmos de ancho, y tres, más ó menos, de largo, y una tercia de alto, que sirven como á los castellanos las arcas."

Herrera, Dec. II, lib. II, cap. I.

"Fabrican cestos."

F. Pérez.

## XVI

"Cada cual podía tener las mujeres que podía sustentar."

Fray P. Simón, *Noticias.*

"Podían tener cuantas mujeres querían (exceptuando á sus parientas y allegadas)."

Pedro Mártir, citado por Bancroft.

"La poligamia, aunque permitida, es rara."

Selfridge, *Reports.*

## XVII

"Ninguna ceremonia ni adoración tienen en esta tierra más de vivir en ley de naturaleza, guardando el no matar, ni hurtar, ni tomar la mujer ajena."

Pascual de Andagoya, *Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila.*

" Después de casados se advertía tanto en el adulterio, que no pagaban menos que con la vida ambos adúlteros."

Fray P. Simón, *Noticias.*

" En estas provincias juzgaban los señores en persona los pleitos, y para esto ningún otro juez había, más de alguaciles que iban á prender; y la manera de su juzgar era : que parecían las partes, y allí habían de decir lo que pasaba en el caso, y sin información de testigos, teniendo por cierto que las partes le habían de decir verdad (porque el que mentía al señor luégo moría por ello), determinaba el pleito y no había de haber más altercación sobre ello."

Pascual de Andagoya.

XIX

" Tenían matrimonio que tomaban una mujer, con la cual se hacía fiesta el día de su casamiento, que se juntaban todos los parientes de ella, y hacían gran convite de beber, y los padres la traían y la entregaban al señor ó al que había de ser su marido."

Pascual de Andagoya.

XX

Según D. Felipe Pérez los casamientos, se celebran hoy de la manera siguiente: " Consisten estas fiestas en la reunión de los parientes y amigos de los cónyuges para beber y bailar con exceso. Las mujeres hacen presentes de frutos á la novia, y los hombres de algunos objetos de caza al novio. Cuando los ánimos se encuentran exaltados por los licores fermentados, las mujeres toman á la desposada, y los hombres al consorte, los meten dentro de una barqueta y los echan río abajo. La pareja, después de haber visitado algún lugar solitario, vuelve al festín cerca de la noche."

XXI

"El *camo* ó flauta es un pedazo de caña-brava, de cerca de tres cuartas de largo, cortada perpendicularmente al nivel del ánima, y por otro lado, que es la parte inferior, cortada igualmente por donde circula el nudo de la caña, quedando cerrada por aquella parte, y dos ó tres agujeros para los dedos; sin más embocadura ni otra construcción.... El sonido que resulta es el más fúnebre y desagradable que se puede oír."

Andrés de Ariza.

## XXII

D. Andrés de Ariza pinta de la manera siguiente el baile de los indios que moraban en las cercanías del Tuira:

" El baile que comunmente usan al són del camo lo llaman *guayacán*, el que disponen haciendo una gran rueda alternativa de hombres y mujeres, y el *camoturo* entra en el centro. Agarrados los danzantes unos con otros por los brazos, al compás de la flauta, dan dos fuertes zapatazos, á los que siguen otros dos pasos acelerados, haciendo entre todos perfecto círculo, cuyo centro es el músico, y continuando así, pues esta simpleza es el fuerte de sus mudanzas."

## XXIII

" Tocaban un tambor ronco."

Herrera, Déc. II, lib. III, cap. V.

"Sus principales instrumentos músicos eran tambores y flautillas hechas de cañas."

Bancroft.

## XXIV

" Sus diversiones públicas se reducían á *areitos*, especie de danza muy parecida á la de algunas provincias septentrionales nuestras. Uno guiaba cantando y haciendo pasos al compás del canto, los otros le seguían y le imitaban, y entre tanto otros bebían de aquellos licores fermentados que hacían del dátil (el chontaduro ?) y del maíz; daban de beber á los que bailaban, durando todo horas y aun días enteros, hasta que fatigados y beodos quedaban sin sentido."

Quintana, *Vida de Balboa*.

## XXV

" Los españoles hallaron la gente ocupada en solemnes fiestas, y tenían por costumbre, cuando las celebraban, estar los hombres apartados de las mujeres."

Herrera, Déc. II, lib. I, cap. IV.

## XXVI

" Sus monterías ú otras expediciones las disponen por quince ó

veinte días, el director ó comandante de ellas es el cacique, siempre asociado del lere y otros distinguidos del pueblo."

Andrés de Ariza.

"Los hombres son diestros para cazar en las selvas con su flecha y su escopeta, pero usan más de la primera que de la segunda, sin duda porque no todos pueden adquirir dicha arma.... Crían algunos perros, muy buenos para la cacería y notables por su pequeñez."

F. Pérez, *Geografía.*

XXVII

"Las mujeres son las que trasportan los frutos de un punto á otro, valiéndose para ello de cestos que llevan á la espalda y sujetos á la frente con una tira de corteza de árbol."

F. Pérez, *Geografía.*

XXVIII

"El indio que de la costa va en viaje al interior, ó viceversa, no lleva nunca víveres, pues tiene, por costumbre, derecho á tomarlos en las labranzas del tránsito, gozando además en las casas de una cordial hospitalidad."

F. Pérez, *Geografía.*

XXIX

"Los indios estaban armados de arcos y flechas, de macanas de palmera, y de unas tiraderas con que arrojaban varas tostadas, del tamaño de dardos."

Herrera, Déc. I, lib. X, cap. I.

XXX

"Comían aves, de que son las tierras abundantísimas, de varias especies y hermosa plumería, con que hacían sus galas para sus guerras y fiestas. También comían de los animales como iguanas, puercos saínos y otros que llaman de manada, guaquiras, guardatinajos, hicoteas, morrocoes, tortugas y muchas suertes de frutos."

Fray P. Simón, *Noticias.*

"Seguían mucho la caza de los venados y de aquellos puercos con el ombligo al espinazo (los saínos). También tenían sus cazas de faisanes, pavas, tórtolas y otros animales."

Herrera, Déc. II, lib. III, cap. V.

"Su común cacería se dirige á los jabalíes ó puercos de monte, que los hay muy grandes, á los paujiles, que llaman pavones, y sin duda son de su tamaño, y á los patos reales, que son idénticos á los domésticos de pluma negra y verrugas: que de todo hay abundancia, y no se vuelven á sus casas sin llevar á lo menos 50 jabalíes, y á proporción de lo demás; las perdices son de buen gusto y del tamaño de gallinas grandes.

"También son los indios muy aficionados á la caza de monos negros y á la de iguanas, cuyo bocado es para ellos más regalado que el mejor carnero de Europa ó que la gallina más gorda para un enfermo, y todo lo comen sin sal."

Andrés de Ariza, *Comentos.*

"Prefieren para su alimento la carne del mono, de que hay increíble abundancia de varias especies."

Alcedo, *Diccionario geográfico*, 1786-9.

"Sus animales principales de caza son venados, dantas, puercos silvestres y monos, á los que se comen asados."

F. Pérez.

"Cazan los jabalíes, las iguanas, los pavos, los patos, los monos negros y las perdices, que son tan grandes en el Darién como nuestras gallinas."

Armando Reclus, *Panamá et Darién.*

---

Según Alonso de Zuazo, Herrera, Acosta, Pérez y Bancroft, los indios del Darién se dedicaban á la cacería de los venados, animales que los indios de la tribu de Lacenta no mataban nunca (véase el capítulo VI de los viajes de Wafer).

Sólo en los autores posteriores á Wafer: D. Andrés de Ariza, D. Antonio de Alcedo, D. Felipe Pérez y M. Armando Reclus, hemos hallado la noticia de que los darienitas hacen uso de la carne de los monos; esto prueba una de dos cosas: que la caza de los monos no era costumbre general de los aborígenes, ó que esa práctica no se estableció entre ellos sino después de que Wafer les enseñó á comer la carne de estos animales, como él lo refiere en el capítulo VI de esta obra.

## XXXI

"Para conservar la caza la ahuman la noche del día en que la matan, y en esta conformidad les dura mucho tiempo."

Ariza.

## XXXII

" Salieron ciertos caciques con su gente con muchos venados asados, é puestos en sus barbacoas, que quiere decir como artesas de allá, ó instrumento en que se puede llevar mucha carne asada é cocida."

Carta de Alonso de Zuazo á M. de Chièvres, 1518.

## XXXIII

" Los indios caminan con mucha rapidez y se orientan admirablemente, gracias á una memoria sorprendente de las localidades."

Wyse, *Canal.*

" Después de mil rodeos en una selva cuyos árboles son todos iguales, después de viajes de dos ó tres días, el indio conoce perfectamente su posición y vuelve á su punto de partida por la línea recta."

Luis Verbrugghe, *A travers l'isthme de Panamá*, 1879.

## XXXIV

Hombres y mujeres eran grandes nadadores, y estar continuamente en el agua era uno de sus más grandes placeres."

Quintana, *Vida de Balboa.*

" Son excelentes nadadores."

F. Pérez.

## XXXV

" Construyen ellos mismos sus canoas, en las cuales suben y bajan los ríos con una destreza admirable. Los de las costas hacen además embarcaciones más grandes, á las que suelen poner velas cuadradas ó latinas, y navegan en ellas por en medio de bajos y cayos con una agilidad extraordinaria."

F. Pérez.

## XXXVI

" Su sistema de numeración es vigesimal y tiene por base el número de los dedos de los cuatro miembros que llaman ***tulaguena***, es decir, hombre completo."

Wyse, *Le Canal de Panamá.*

## XXXVII

El General Joaquín Acosta, que visitó muy de paso las márgenes del golfo del Darién en 1820, dice que los indios que habitan aquellos parajes tienen palabras en su lengua para contar hasta ocho. Ponemos á continuación dichos números tales como los da Wafer, para que puedan compararse con los que da el General Acosta. En una tercera columna ponemos los números tales como los da el doctor Cullen:

| Según Wafer. | Según Acosta. | Según el doctor Cullen. |
|---|---|---|
| 1. *Conyugo.* | 1. *Cuencheco.* | 1. *Cuinchecua.* |
| 2. *Pocua.* | 2. *Pogua.* | 2. *Pocoa.* |
| 3. *Paucua.* | 3. *Pagua.* | 3. *Paqua.* |
| 4. *Paquecua.* | 4. *Paquegua.* | 4. *Paquegua.* |
| 5. *Eterra.* | 5. *Atale.* | 5. *Aptali.* |
| 6. *Indrica.* | 6. *Nergua.* | 6. *Nercua.* |
| 7. *Cugola.* | 7. *Anvege.* | 7. *Cugle.* |
| 8. *Paucopa.* | 8. *Cugule.* | 8. *Pabagi.* |
| 9. *Paquecopa.* | | 9. *Paquebag.* |
| 10. *Anivego.* | | 10. *Ambe.* |
| 20. *Tula bogua.* | | 20. *Tulaguena.* |

Como se ve, la semejanza es muy grande. Se ve claramente que el General Acosta sufrió error al tomar el diez, *anvege*, por siete, y el siete, *cugule*, por ocho. Si se tiene en cuenta que Wafer estuvo en medio de una tribu que habitaba cerca de los nacimientos del Bayano, ciento cuarenta años antes que el General Acosta visitara las costas del Darién, que están unas cuarenta leguas más lejos *en línea recta*, se comprenderá que no es aventurado deducir de este hecho que las tribus que ocupaban el Darién hablaban una misma lengua y pertenecían, por consiguiente, á una misma raza, la caribe. Tal es, por otra parte, la opinión de los historiadores.

## XXXVIII

Bien sabido es que los franceses usan locuciones semejantes y que los números cardinales 70, 80 y 90 son respectivamente en francés: *soixante-dix*, *quatre-vingts* y *quatre-vingt-dix*, etc.

## XXXIX

" Su modo de hablar es extraño y se parece á una cantinela de tonos cadenciosos y monótonos. Pronúnciase la primera parte de sus frases

con un ritmo enfático, acentuando las últimas sílabas de las palabras; el fin, al contrario, se dice sin transición, con una gran volubilidad y bajando la voz. Cada frase es entrecortada por una pausa bastante larga, que marcan los asistentes por medio de interjecciones aprobativas prolongadas. Les faltan completamente los términos genéricos y los que tienen un sentido moral ó abstracto."

Wyse, *Le Canal de Panamá.*

# APÉNDICE.

---

## LA VIDA EN EL ISTMO DE PANAMÁ Y LAS INVASIONES DE LOS BUCANEROS EN EL SIGLO XVII.

El Istmo fue la primera porción del territorio colombiano que ocuparon los españoles. Pronto pasó la Conquista con todos sus horrores, y los nuevos dueños de la tierra quedaron en pacífica posesión, viviendo en la más profunda tranquilidad, sin necesidad de armarse para la defensa. En Panamá habían levantado una opulenta ciudad que contaba 5,000 casas, y á la que embellecían dos suntuosas iglesias, ocho conventos, un hospital y doscientas casas de hermosa construcción. Por allí pasaban las mercaderías que de España venían para el Perú y Chile, las cuales desembarcaban en Portobelo, de donde eran conducidas en mulas al través del Istmo. Allí abordaban los galeones cargados con los tesoros de esos dos ricos países. En tales ocasiones era extraordinario el movimiento de gentes en la ciudad, comprando, vendiendo y animando aquella gran feria que gozaba de fama en América.

Los mercaderes de Natá enviaban sus esclavos á trabajar en las minas de oro de Veraguas, y pasada la mitad del siglo XVII, numerosas cuadrillas de negros explotaban los riquísimos aluviones de los afluentes del río Tuira en el Darién. Establecieron primero sus trabajos en el partido de Tucutí, de donde los pasaron á la hermosa meseta de Cana, fértil en oro, y en uno de cuyos cerros descubrieron la peregrina mina de filón del Espíritu-Santo, que produjo prodigiosa cantidad del precioso metal.

Los habitantes del Istmo se enervaban, entregados á esa vida de lucro y de prosperidad creciente; no sospechaban que no muy lejos de sus costas se formaba para la guerra y el pillaje una partida de aventureros que debían turbar por largos años la paz de que gozaban.

Veamos cuál fue el origen de estos nuevos piratas. Hacia 1630, un número considerable de hombres sin oficio, los más de ellos ingleses y franceses, ocuparon la parte septentrional de la isla de Santo-Domingo, en cuyos bosques abundaban los toros silvestres. Diéronse á la caza de estos animales, cuya carne secaban y ahumaban á fuego lento, colocándola sobre barbacoas. El lugar donde hacían esta operación se llamaba *boucan* y el acto de secarla *boucaner*, de donde tomaron el nombre de

bucaneros. Llamóseles también filibusteros, palabra derivada del inglés *freebooter*, pirata ó corsario, que los franceses pronunciaban al principio *friboutiers* y después *flibustiers*. (1) Apoderáronse de la isla de Tortuga y allí empezaron á organizarse; los unos se ocupaban de la caza, los otros cultivaban la tierra, en tanto que muchos de ellos recorrían el mar de las Antillas en busca de alguna presa fácil. La necesidad de defenderse de los españoles que los perseguían, los hizo armarse.

Tuvieron que sostener rudos combates, tanto en mar como en tierra, y así se fueron preparando para luchas más grandes, á medida que con el éxito crecía su audacia. Sus malas embarcaciones las cambiaron por otras mejores que lograban tomar por asalto.

Poco á poco se acercaron á las costas del Atlántico, donde su rapiña se ejercía con facilidad en los hatos, sobre los ganados y todo lo que podían haber á las manos. Al fin les tocó su turno á los lugares poblados, hasta que no pudieron contener su invasión las fortalezas ni las tropas disciplinadas. Uno de los más atrevidos y bárbaros de entre los bucaneros, Francisco L'Olonais, cayó en poder de los indios del Darién, quienes le despedazaron vivo, echando los pedazos en el fuego y las cenizas al viento.

La primera ciudad de nuestras costas que pretendieron ocupar estos bárbaros fué Natá. Hacia 1664 el conocido pirata Mansvelt salió de Jamaica con una flota compuesta de quince navíos y 500 hombres. Se apoderó de la isla de Santa-Catalina y de allí siguió para la Costa, pero halló que el Presidente de Panamá había hecho grandes preparativos para esperarlo, y juzgando prudente no atacarlo en Natá, siguió para la ciudad de Cartago, capital de Costa-Rica. Moisés Vauclein y Pedro el Picardo tomaron y saquearon la pequeña ciudad de Veragua, hacia 1667, llevándose prisioneros á algunos de sus moradores.

De ese año para adelante hasta el fin del siglo, los habitantes del Istmo no volvieron á gozar de tranquilidad y su vida fue de continuos alarmas. Amenazados constantemente por los bucaneros, no se creían seguros ni dentro de las ciudades fortificadas, y cuando aquellos hombres inhumanos hacían irrupción en alguna parte de su territorio, se veían obligados á presenciar las escenas más horribles, tales como el saqueo de sus bienes, los ultrajes abominables á sus mujeres y á sus hijas, y el incendio; cuando no los conducían prisioneros, los sometían á horribles tormentos ó les quitaban la vida. Y estos actos de piratería

(1) El historiador Plaza hace derivar, sin ningún fundamento, la denominación de filibusteros del nombre de un tal Filips.

El término de *bucaneros* ha sido siempre el que han usado los ingleses; en tanto que los franceses han dado preferencia al de *filibusteros*, y los españoles al de piratas.

eran autorizados por dos grandes naciones bajo cuya protección se ejecutaban, Inglaterra y Francia; pues los gobernadores de Jamaica y de la parte francesa de la isla de Santo-Domingo les daban comisiones ó patentes. Era tal el horror que inspiraban los filibusteros, que las mujeres y los niños que no los habían visto los tenían por monstruos, más semejantes á monos ó á fieras que á hombres. Cuando Morgan tomó á Panamá, una mujer exclamó al ver á un pirata: "Jesús! los ladrones son como los españoles!"

Las tropas españolas que tanto valor habían mostrado en otras épocas, se dejaron vencer en repetidos encuentros por estos desalmados, que las atacaban frecuentemente en menor número.

Endurecidos los piratas en el continuo trabajo de su miserable vida, y entregados en alma y cuerpo á los empeños de la codicia, se mostraban tanto más prontos en sus resoluciones y ágiles en el manejo de sus armas, superiores á las de los españoles, cuanto mayor era el peligro de los lances á que su bárbaro arrojo los impelía.

Comprometidos muchas veces en empresas temerarias, en las que no les quedaba otro recurso que vencer ó morir, la desesperación les daba fuerzas y hacía de ellos héroes, pero héroes que parecían salidos del infierno.

Ninguno de los bucaneros dejó en nuestras costas una memoria más odiosa que el escocés Enrique Morgan, hombre de carácter feroz, que cometió inauditas crueldades.

En 1668 resolvió apoderarse de Portobelo; esta ciudad estaba defendida por 300 soldados y tenía dos castillos que se consideraban inexpugnables. Morgan conocía bien la localidad, desembarcó con 400 piratas en Puerto-Pontón y se acercó á la plaza á favor de las tinieblas. Lograron sorprender al centinela, tomaron la ciudad y se prepararon á atacar las fortalezas. Morgan hizo preparar diez ó doce anchas escalas; y obligó á los religiosos y á las monjas, sacados violentamente de sus conventos, á levantar y arrimar esas escalas á las murallas de la fortaleza principal, á costa de su vida. Los españoles no pudieron resistir al coraje brutal de aquellos malvados y tuvieron que rendirse después de una lucha desesperada y de una defensa heroica en la que perecieron todos los oficiales, prefiriendo dejarse matar á entregarse prisioneros. El Comandante de la fortaleza hizo prodigios de valor. Excitado por los piratas á que pidiera cuartel, les respondió: "De ninguna manera me rindo, porque más vale morir como soldado honrado, que ser ahorcado como cobarde." Se defendió con tal brío que sólo la muerte puso fin á su resistencia.

Luégo que tomaron el castillo, prendieron fuego á la pólvora y lo hicieron saltar con todos los españoles que estaban dentro.

El Presidente de Panamá, D. Juan Pérez de Guzmán, avanzó en vano con 1,500 hombres para obligar á Morgan á salir de la ciudad, donde vivía á discreción, pero no se atrevió á atacarlo. Habiendo manifestado su sorpresa de que 400 hombres sin artillería se hubieran apoderado de dos fortalezas donde había cañones y buenas guarniciones, hizo preguntar á Morgan de qué armas se servía para semejantes expediciones. Éste le envió como presente un bucanero francés. El Presidente le hizo decir que era lástima que gentes tan valientes no fueran empleadas en una guerra más justa, y le envió una sortija de oro enriquecida con una rica esmeralda. Morgan la recibió, y agregó que para satisfacer la curiosidad de Su Excelencia le había enviado una arma francesa, y que dentro de poco iría, por darle gusto, á mostrarle el uso que los aventureros sabían hacer de ella; lo que cumplió dos años después.

Libres ya de temor, los bucaneros sólo pensaron en comer, beber, ultrajar á las mujeres amenazándolas con sus cuchillos, saquear la ciudad y poner en tormento á los prisioneros que creían ricos, hasta causar la muerte de muchos. Exigieron de los habitantes un tributo de guerra de 100,000 reales, y se retiraron á gozar en Jamaica del fruto de sus rapiñas. Llevaron en dinero 250,000 pesos, fuera de ricas mercaderías, como paños, lienzos, sederías, etc.

Estando Morgan en la isla de Santa-Catalina, después de varias correrías, resolvió apoderarse de Panamá. Mandó adelante á Bradley con 400 hombres para que atacase el castillo de San-Lorenzo, situado á la entrada del río Chagres. La guarnición de 300 soldados que lo defendía, no pudo resistir el empuje de los bucaneros ingleses. Logrado que hubo este intento, partió Morgan subiendo el río Chagres el 18 de Enero de 1671. Llevaba cinco barcos con artillería y 1,200 piratas en 32 canoas. Después de nueve días de marcha, en los cuales estuvieron expuestos á morir de hambre por falta de víveres, avistaron á Panamá. El décimo día les presentó combate fuera de la ciudad la caballería española, que contaba 400 jinetes; desgraciadamente se situó en un terreno lleno de tremedales, donde no fue posible ejecutar ninguna maniobra, porque los caballos tropezaban á cada paso y caían. Los más de los soldados murieron, y su derrota fue completa. Quedaban aún para la defensa de la plaza 24 compañías de á cien hombres cada una. Trajeron muchos religiosos prisioneros á la presencia de Morgan, y este fanático luterano los hizo asesinar cruelmente á todos á tiros de pistola. Apenas dejó descansar un poco á los bucaneros para atacar la ciudad, que su Presidente D. Juan Pérez de Guzmán se vió obligado á entregar después de tres horas de combate.

No satisfecho con hacer correr la sangre de cuantos quisieron opo-

ner alguna resistencia á los bucaneros en las calles de Panamá, el nuevo Nerón dispuso que prendieran fuego en varios edificios. En pocas horas fue reducida á cenizas la opulenta ciudad, á pesar de los esfuerzos que hicieron sus moradores por apagar el incendio. Sólo quedaron en pie los muros de la catedral, hermoso templo de estilo italiano, coronado por una gran cúpula. Testigo mudo de tantos horrores, este monumento subsistió por muchos años dominando las ruinas de Panamá. Divisábase su imponente perspectiva, semejante á la de San Pablo en Londres, desde la costa del Pacífico.

Pintar las bacanales, las escenas de horror y de saqueo, los excesos libidinosos á que se entregaron los bucaneros encabezados por Morgan, que les daba el primero el ejemplo, es tarea que no tenemos el valor de desempeñar. Mandábanse partidas de hombres armados á que recorrieran los campos en busca de los infelices habitantes que andaban huyendo. Por este medio recogieron gran copia de riquezas y muchos prisioneros, á quienes sometieron á los más atroces tormentos para que descubriesen sus bienes y los ajenos. Recreábanse estos salvajes martirizándolos bárbaramente, cortándoles los miembros á pedazos, é imaginando refinamientos de crueldad con los que pusieron fin á los días de muchos.

No perdonaron sexo ni edad. Los religiosos y sacerdotes eran perseguidos con saña diabólica, y no se les daba cuartel si no entregaban una suma considerable por su rescate. Las mujeres que pretendían defender su honra, eran víctimas de las más horribles crueldades, y Morgan era entre todos el que más gozaba ejerciendo el execrable oficio de verdugo!

Una honestísima dama, de alta condición y de una belleza incomparable, fue conducida ante el tirano, quien pretendió hacerle aceptar sus infernales caricias con mil halagos y promesas. Mostróse ella insensible á su fingido afecto, y aunque su disimulada civilidad se trocó pronto en terribles amenazas, ella le dijo con entereza :—"Señor, mi vida está en vuestras manos; pero en cuanto á mi cuerpo, tocante á lo que vos me queréis persuadir, será menester que primero mi alma se separe de él por la violencia de vuestro brazo." Enfurecido Morgan de no poder vencer su constancia, hizo que la despojaran de sus ricos vestidos y la encerrasen en una hedionda bodega, á donde no le llevaban sino un escaso alimento. Esta heroica cristiana, cuyo nombre no ha conservado la historia, (1) rogaba á Dios le diese constancia y pa-

(1) Como los españoles descuidaron escribir la historia de las irrupciones de los bucaneros, que sólo conocemos por los escritos de éstos, han quedado en el olvido los nombres de muchas nobles víctimas que lucharon con valor por defender su suelo ó sufrieron con heroísmo crueles tormentos.

D. Juan Pérez de Guzmán escribió al Virrey de Santafé una extensa carta

ciencia para sufrir las crueldades de que fue víctima. Al fin logró conseguir la cuantiosa suma exigida por su rescate y se vió libre de las asechanzas de Morgan, que pretendía conducirla á Jamaica.

Después de haber pasado cuatro semanas entre las ruinas de Panamá, salieron de allí los bucaneros llevando 175 jumentos cargados de oro, plata y otras cosas preciosas, con unos 600 prisioneros, muchos de los cuales no se libraron sino pagando fuertes sumas por su rescate. Regresaron á Chagres, y allí, después de haber embarcado la mayor parte de los despojos, se dio Morgan á la vela, dejando á sus miserables compañeros de pillaje asombrados de su infame alevosía y maldiciéndolo en vano.

En Jamaica se estableció Morgan como plantador, y vivió allí muchos años gozando de sus inmensas riquezas y considerado hasta el punto de haber sido nombrado Gobernador de la isla en 1680. (1)

La población de Panamá fue trasladada á un sitio mejor. La nueva ciudad fue edificada en una fuerte posición, al pie del cerro del Ancón, en una península rodeada de rocas salientes; un hábil ingeniero la cercó de murallas.

De 1671 á 1679 se gozó en el Istmo de una paz relativa, pues los bucaneros se limitaron á incursiones de poca importancia.

De este último año en adelante hasta el de 1687, los vecinos de Panamá se vieron obligados á asistir continuamente en los cuarteles y sobre las murallas, para asegurar la defensa de la ciudad, sin poder ocuparse en el trabajo y cuidado de sus negocios y de sus haciendas. Además, como las armas de que disponía el Gobierno eran de mala calidad y muy inferiores á las de los piratas, tuvieron que comprar con su propio dinero escopetas largas, á precio de 40 y 50 pesos cada una, pistolas y hasta pólvora.

Los habitantes de la costa del Pacífico se hallaron entonces en suma aflicción y miseria, sin cría de ganados, y faltándoles las cosas necesarias para su sustento.

En 1676 fue nombrado Obispo de Panamá D. Lucas Fernández de Piedrahíta. Antes de pasar á su nueva Diócesis, fue atacada, ocupada y saqueada la ciudad de Santa-Marta por el bucanero Sawkins, quien hizo prisionero al Obispo de la misma ciudad, hombre manso y pobre, y al cual consideraban rico. A propósito de esto refiere fray Alonso de Zamora que fue conducido el señor Piedrahíta á la presencia de Morgan en la isla de Providencia, que éste le trató con mucho respeto, le puso

en la que le daba cuenta de los sucesos ocurridos con motivo de la toma y ruina de Panamá, carta que debiera hallarse en nuestros archivos.

(1) Carlos II de Inglaterra le dió el título de Caballero: "La horca, dice Bancroft, hubiera sido una distinción más adecuada."

en libertad, le restituyó un pontifical y algunos ornamentos que había robado en Panamá y le hizo llevar en un navío bien provisto á Cartagena. Creemos que estos hechos no son exactos, por las razones siguientes: Morgan se estableció en Jamaica después del saqueo é incendio de Panamá, renunciando á su oficio anterior de pirata, y no ejercía ninguna autoridad cuando se verificó este suceso. (1) Además, tal acto de generosidad (que ninguno de los bucaneros refiere en sus relaciones) está en contradicción con el carácter feroz de ese jefe de bandidos, que odiaba particularmente al clero católico.

Vivió el señor Piedrahíta en medio de su amada grey hasta el año de 1688, compartiendo los sufrimientos y las angustias de esa época que hicieron tan azarosa las continuas depredaciones de los filibusteros.

Entramos en un nuevo período de la historia de estos piratas. Ya en adelante no se nota en los jefes esa ferocidad que distingue á Morgan, L'Olonais y otros, y parece que se humanizan un tanto. Aun se sorprende uno de hallar entre ellos á hombres de cierta posición, instruídos y dotados de inteligencia y corazón, como Guillermo Dampier, célebre viajero al rededor del mundo, descubridor y escritor; el cirujano Lionel Wafer, que publicó una curiosa descripción del Istmo, de sus producciones y de las costumbres de sus habitantes; Ricardo Gopson, que llevaba consigo el Nuevo Testamento en griego y lo traducía; Eduardo Davis, el más humano, generoso, prudente y firme de los jefes bucaneros, y uno de los más valientes, etc.

Dampier, Wafer y Ambrosio Cowley refieren sus aventuras con cierta reserva, como para que no se les tilde de piratas y no se crea que seguían á éstos, á quienes pretenden hacer pasar por corsarios *(privateers)*, por afición al pillaje. Dampier publicó en 1707 un folleto en el cual procuraba justificarse de haber tomado parte en las expediciones de los bucaneros.

El joven parisiense Raveneau de Lussan tenía bien extrañas ideas de honradez:

"Vínome el pensamiento de unirme á los filibusteros, dice, de acompañarlos en sus correrías y de pedir prestado dinero á los españoles para pagar mis deudas. Esta clase de empréstitos tienen la comodidad de que no obligan como los de este país, y que pasan por de buena guerra. Y luégo, como es más allá de la línea, no se habla allí de restitución."

Además de los bucaneros que acabamos de citar, escribieron sus aventuras el capitán Bartolomé Sharp y Basilio Ringrose.

(1) Browne dice: "Morgan abandonó sus correrías inmediatamente después de la expedición á Panamá y se mudó en un colono pacífico, promotor de la industria."

No todo sentimiento de moralidad y de religión estaba extinguido en ellos, y aun contrastan en ocasiones sus actos de religiosidad con su vida de rapiña. La primera orden que dió Watling cuando se le nombró jefe, fue que se guardase el domingo; Sawkins arrojó una vez los dados al mar, porque encontró á los bucaneros jugando en día de fiesta; este mismo capitán, hallándose en la isla de Taboga, en 1680, envió á Panamá al Obispo Piedrahíta, que había sido su prisionero, dos panes de azúcar; presente que éste le retornó con un anillo de oro. Daniel mató en la iglesia á uno de su tropa, porque estuvo irreverente durante la misa.

Respecto de la conducta de los bucaneros en los lugares que ocupaban, es preciso hacer una distinción. Los franceses no olvidaban que eran católicos. Raveneau de Lussan dice, después de referir que habían incendiado á Nicoya: "Cuando los españoles nos obligaban á castigarlos de esta suerte, conservábamos inviolablemente las iglesias, á donde llevábamos los cuadros é imágenes de los santos que encontrábamos en las casas de los particulares, para no exponerlos á los incendios y á la rabia de los ingleses." Estos últimos, que eran fanáticos protestantes, "no tenían ningún escrúpulo cuando entraban á las iglesias, en cortar con sus sables los brazos de los crucifijos, ó en hacerlos venir al suelo con sus fusiles y pistolas, mutilando y rompiendo las imágenes de los santos con las mismas armas, en irrisión del culto que les dábamos los franceses."

La vida de los bucaneros no era siempre de holganza. Como todas las gentes de su jaez, disipaban prontamente el fruto de sus pillajes en el juego, la bebida y los desórdenes. El hambre los estrechaba con frecuencia, pues no siempre coronaba el éxito sus empresas, y muchas veces fueron rechazados. Así como llevaban á todas partes el exterminio y la muerte, los golpes de ésta también les alcanzaban, y varios de sus mejores jefes, entre ellos Watling, Harris, Sawkins, Townley y Grogniet, recibieron heridas mortales en los combates. Raveneau de Lussan, cansado de esa vida de peligros y aventuras, termina así su *Diario del viaje al mar del Sur con los filibusteros:*

"Finalmente, cuando estuvimos en tierra con un pueblo que hablaba francés" (en el Pequeño-Goave, en la isla de Santo-Domingo), "derramámos lágrimas de alegría, porque después de haber corrido tantos riesgos, peligros y contingencias, el Soberano Señor de la tierra y del mar se había servido librarnos y ponernos entre gente de nuestra nación, para poder, en fin, volver á nuestra patria. A lo que no puedo dejar de agregar que por lo que hace á mí, había tenido tan poca esperanza de volver, que estuve más de quince días considerando mi regreso como una ilusión, hasta tal punto que evitaba dormir por temor de hallarme al despertar en los países de donde acababa de llegar."

Volvamos á ocuparnos en las correrías de los bucaneros. En 1675 fue el capitán francés La Sonde con una partida de 120 hombres, conducidos por los indios, hasta la ciudad de Chepo; fue rechazado con pérdida por los vecinos, comandados por el Sargento Mayor D. Alonso de Alcaudate. Otro capitán francés, Bournano, logró apoderarse de esta ciudad en 1678. Chepo fue invadido por tercera vez por los piratas: Bartolomé Sharp, Juan Watling y Eduardo Bullman, quienes robaron y quemaron el pueblo, después de haber hecho inauditas crueldades con sus habitantes.

En 1679 los capitanes Sharp, Sawkins y Coxon desembarcaron cerca del puerto de Escribanos con 200 bucaneros, siguieron á Portobelo por este largo camino, marchando de noche y ocultándose de día. Lograron sorprender y tomar la ciudad, antes de que los habitantes pensaran en defenderse. Dos días y dos noches permanecieron en ella saqueándola, y luégo regresaron á sus navíos á repartirse el botín, del que correspondieron 160 pesos á cada hombre.

Los bucaneros sólo habían hecho hasta entonces sus incursiones en la costa del Atlántico. Dos incidentes de bien poca significación en su principio debían abrirles el paso al Pacífico, cuyas costas asolaron durante muchos años.

Hacia el año de 1662 aprehendió el capitán Wright á un joven indio del Darién, llevólo á bordo de su buque y le dió el nombre de Juan Gret. Unos pescadores mosquitos que acompañaban á Wright condujeron al indio á su país, le enseñaron á dardear los peces y las tortugas y lo casaron. Pasó algunos años con ellos, luégo volvió á juntarse con el capitán. Este capturó á otro joven indio darienita, hijo de uno de los caciques de esa comarca, á quien cobró mucho cariño el primero. Los indios del Darién se habían sometido hacía largo tiempo á los españoles, y no sólo les permanecían fieles, sino que no dejaban penetrar á los extranjeros en su territorio. Juan Gret indujo á Wright á que aprovechase esa oportunidad de ganarse la voluntad de los indios y de entrar en relaciones con ellos, ofreciendo ir él mismo á tierra á negociar el asunto. Así se dispuso: Juan Gret se acercó en una canoa á la costa, y viendo que ésta se cubría de indios que amenazaban disparar sus flechas, se arrojó á nado y llegó á la ribera dando voces en el dialecto de ellos. Estos lo rodearon y oyeron la relación que él les hizo de su vida, agregando mil elogios de los ingleses, á quienes decía no tenían por qué temer, pues no les deseaban mal á ellos sino á los españoles. Aconsejóles que hiciesen alianza con esa nación amiga, con cuyo auxilio podrían subyugar á los españoles. Aseguró, además, al padre del joven indio capturado que si quería ir con él á bordo del buque, se le recibiría muy bien y se le devolvería su hijo. Hiciéronse

demostraciones amistosas de una y otra parte y todo terminó con un tratado de alianza; en él se convino que cuando los ingleses se acercaran con alguna empresa, harían cierta señal convenida, con el fin de poderlos reconocer.

Pasemos á hablar del otro incidente. Con motivo de las amenazas de los bucaneros de invadir las poblaciones de las costas, circulaban en España y el Perú los rumores más alarmantes, que fueron tomando cuerpo hasta convertirse en pronósticos y vaticinios. Pues sucedió que hallándose Dampier con el capitán Coxon á pocas leguas de Portobelo, unos ocho meses después de haberse aliado los indios con Wright (hacia 1676), se apoderaron de los paquebotes que enviaban allí de Cartagena. Abrieron un gran número de cartas, cuyo contenido los llenó de sorpresa. Comerciantes de diferentes lugares de España escribían á sus corresponsales de Panamá dándoles cuenta de cierta profecía que corría entonces. Decíase que vendrían en aquel año á las Indias Occidentales aventureros ingleses y harían tan grandes descubrimientos, que abrirían la puerta para entrar al mar del Sur, la cual se creía estaba bien cerrada. Concluían aconsejando á sus amigos que guardaran bien sus costas. La puerta de que se trataba no podía ser otra que el paso por el país de los indios del Darién. Los dos bucaneros se prometieron sacar buen provecho de estas revelaciones y del temor de los españoles, volvieron á cerrar la mayor parte de las cartas y las mandaron á Portobelo.

Después del saqueo de esta ciudad, de que hablamos hace poco, los bucaneros pasaron á Bocas-del-Toro y luégo se dirigieron á las islas de San-Blas. Sharp, Harris, Cook, Coxon, Sawkins y Bournano se hallaban reunidos. Habíanseles agregado dos jóvenes viajeros inteligentes é instruídos, Guillermo Dampier y Lionel Wafer. Sabedores de la alianza hecha con los indios del Darién, de la lealtad con que éstos habían servido á Bournano en su expedición á Chepo y de que se explotaban ricas minas cerca de Santa-María, resolvieron hacer una incursión á este real.

El 5 de Abril de 1680 aportaron frente á la isla de Oro, en número de 330 hombres. Dos jefes indios, Andrés y Antonio, los acompañaban. Siguieron por la margen del Sucubtí hasta el caudaloso río Chucunaque; bajaron éste en catorce canoas, venciendo muchas dificultades, hasta que entrando por el Tuira llegaron al real de Santa-María. Esta pequeña ciudad tenía 350 hombres de guarnición y estaba defendida por un fuerte que no era sino un cercado de palizadas. Ocupáronlo sin gran resistencia, matando á muchos de los defensores; pero todo el botín que pudieron recoger en el lugar se redujo á 20 libras de oro y algo de plata, pues los españoles, prevenidos del ataque, habían

despachado 3 días antes para Panamá un barco con 300 libras de oro. (1)

Disgustados los bucaneros con el escaso resultado del pillaje, resolvieron bajar en sus canoas por el Tuira al océano Pacífico y hacer una tentativa contra Panamá.

El Presidente de esta ciudad, D. Alonso Mercado de Villacorta, avisado de antemano, hizo salir al mar tres buques, montados por 280 hombres. El 22 de Abril se trabó un recio combate entre éstos y unos doscientos bucaneros, que resistieron el ataque en sus canoas. Aunque los españoles se defendieron con valor, la tripulación no supo maniobrar y los enemigos los derrotaron matándoles mucha gente, y se apoderaron de uno de los buques. El capitán Harris fue gravemente herido y murió dos días después.

Orgullosos con la victoria, los filibusteros se acercaron á Panamá, pero no creyéndose bastante fuertes para atacarla, se contentaron con apoderarse de los buques que estaban anclados cerca de la pequeña isla de Perico. Uno de ellos, la *Santísima Trinidad*, era un excelente velero, en buen estado, y estaba principalmente cargado de vino, azúcar y confituras; había además á bordo una suma considerable de dinero.

Pasaron algunos días en las islas Taboga, Otoque y Coiba, y el 25 de Mayo fue una partida á atacar á Pueblo-Nuevo (hoy Nuestra Señora de los Remedios). Fueron rechazados, dejando en el campo á uno de sus valientes jefes, el Capitán Sawkins.

Después de este suceso, Coxon se separó con unos 70 bucaneros, que se volvieron por el Darién al mar de las Antillas. Los otros siguieron en dirección al Perú, bajo el mando de Sharp, deteniéndose en los puntos de la extensa costa del Pacífico, donde esperaban sacar algún fruto del pillaje.

Hallándose en Abril de 1681 á la altura de la isla de Plata, tuvieron nuevas desavenencias y se separaron en dos bandos.

Cuarenta y cuatro europeos, entre los cuales se hallaban también Dampier y Wafer, se volvieron al golfo de San-Miguel, donde tomaron tierra y pasaron de nuevo el Istmo. El quinto día de su penosa marcha sufrió Wafer una fuerte quemadura en la rodilla y se quedó en medio de los indios con cuatro de sus compañeros. A este accidente

(1) El R. P. Jacob Walburger, Cura de Yavisa, en el Darién, refería en 1749 la invasión de aquella comarca desfigurando los hechos de un modo muy original: "En 1680, dice, más de 400 filibusteros entraron por las bocas del Atrato conducidos por los indios y atravesaron los pantanos que están al oeste del río. Andando por entre el lodo que les daba á la cintura y arrastrando sus embarcaciones, llegaron después de tres ó cuatro días de marcha á un río que los condujo por el Tuira al real de Santa-María, que sorprendieron y saquearon."

debemos su interesante descripción del Istmo y de las costumbres de sus habitantes, obra de no escaso mérito, escrita en estilo agradable.

Sharp siguió con el bando más numeroso. Dio un largo rodeo por el estrecho de Magallanes y regresó con unos pocos de sus compañeros á Inglaterra. A su llegada fueron aprehendidos y sometidos á juicio por la corte del Almirantazgo, á instancias del Embajador español, por los actos de piratería que habían cometido en el mar del Sur. No se les condenó, diz que por falta de pruebas! Uno de los principales cargos alegados contra ellos fue el de que habían capturado el buque del *Santísimo Rosario* y dádole muerte á su Capitán; pero se cuenta que "se probó que los españoles habían hecho primero fuego sobre ellos, y se juzgó que se habían visto obligados á defenderse!" Otros tres compañeros de Sharp fueron enjuiciados en Jamaica, y uno sólo fue condenado á la horca.

Enrique Morgan fue también acusado al fin de sus días, á instigación del Rey de España, y conducido á la Torre de Londres en 1683. Estuvo tres años en prisión y murió en ella de consunción, producida por el abatimiento en que lo sumió este repentino cambio de fortuna.

La primera expedición de los bucaneros al mar del Sur les dio á conocer ambos caminos, el de tierra y el de mar. Los españoles quedaron naturalmente con el temor de que repitieran sus desastrosas visitas.

En 1684 llegó del mar del Norte, con una partida de filibusteros, el Capitán Pedro Harris (sobrino del que fue muerto frente á Panamá) al real de Santa-María, echó de allí á los españoles, y siguió para las minas de Cana, donde tomó 120 libras de oro.

Con fecha 12 de Marzo de 1685 se expidió real decreto que ordenaba al Presidente de Panamá tapase las minas de oro del Darién, "porque la codicia de los piratas los ha inducido á emprender el paso del mar del Norte al mar del Sur, con perjuicio de la causa pública."

En Agosto de 1683 el Capitán Cook, entendido marino, unido á otros 70 bucaneros, los más de ellos antiguos compañeros de aventura, algunos de los cuales se hicieron notables más tarde, como Guillermo Dampier, Lionel Wafer, Eduardo Davis y Ambrosio Cowley, se embarcaron en el puerto de Chesapeak, con la mira de ir á piratear al mar del Sur. Pasaron ejerciendo su oficio con provecho por las islas del cabo Verde y la costa de Guinea. De allí se dirigieron al estrecho de Magallanes, y no pudiendo pasarlo á causa de los vientos, entraron al mar del Sur por el estrecho de Maire y siguieron cerca de las costas de Chile y del Perú. Habiendo muerto Cook, fué reemplazado en el mando por Davis. En la ría de Guayaquil capturaron tres buques cargados con 1,000 negros esclavos, los más de los cuales fueron puestos en libertad. Esta presa dio ocasión á Dampier para manifestar miras de no poco alcance:

" Jamás, dice, se puso en manos de hombres una mejor ocasión de enriquecerse. Teníamos mil negros robustos, propios para trabajar en las minas, teníamos también 200 barriles de harina en las islas Galápagos; en el río de Santa-María (el Tuira) podíamos carenar y equipar nuestros buques; podíamos fortificar su desembocadura de manera que si los españoles nos atacaban con todas las fuerzas que tienen en el Perú, les impediríamos la entrada. Todos los indios de esta comarca, que odian mortalmente á los españoles y se han envanecido con los triunfos que han obtenido sobre ellos, con el auxilio de los bucaneros, eran nuestros amigos á toda prueba y estaban dispuestos á recibirnos y ayudarnos.

" Agréguese á esto que si pretendieran sitiarnos con buques de guerra, tendríamos para vivir un país de grande extensión; además tendríamos el mar del Norte abierto. Por él podríamos no solamente trasportarnos con todos nuestros efectos, sino hacer venir auxilios de tropas ó mercaderías, y en poco tiempo se nos auxiliaría de todas partes de las Indias Occidentales. Muchos miles de bucaneros de Jamaica y especialmente de las islas francesas habrían acudido á reunírsenos, y seríamos hoy dueños de esas minas (las más ricas que se han descubierto en América) y de toda la costa hasta Quito; y aun es probable que habríamos hecho mucho más de lo que digo."

Afortunadamente para España y para nuestro país, los planes de establecimiento de Dampier, no podían ser atendidos por hombres como los bucaneros, acostumbrados al pillaje y que no se habrían sujetado voluntariamente á la ejecución de un designio que habría exigido orden y regularidad. Por su número, que quizá llegó á pasar de 6,000, y por su audacia, ellos estuvieron en capacidad de ocupar el Istmo de Panamá y de formar allí una nación independiente; pero avezados á destruír, no podían crear nada estable. Indiferentes por lo que se refería al porvenir, no pensaban, como los bandidos, sino en sorprender al enemigo y robarlo para disponer de los medios de entregarse á los placeres y á la holganza.

Los bucaneros siguieron navegando en dirección á la bahía de Panamá, á donde llegaron en Enero de 1685. A pesar de que se había anunciado que saldría una flota del Perú, para limpiar de piratas los mares del Sur, la pequeña fuerza mandada por Davis, Swan y Harris, que constaba de poco más de 250 hombres, permaneció por muchas semanas en posesión de la bahía, bloqueando la ciudad por mar, avituallándose en las islas y saqueando cuanto quedaba á su alcance.

En el golfo de San-Miguel debían reunirse cosa de mil bucaneros ingleses y franceses, que llegaron allí sin concierto. El Gobierno de Luis XIV quiso obligar á los de su nación á trasformarse en pacíficos

colonos de Santo-Domingo. Los más de éstos prefirieron refugiarse en las islas inglesas ú holandesas, ó salir al mar á piratear.

En Marzo de 1685 llegaron dos partidas de bucaneros, que venían por tierra del mar del Norte; la primera, mandada por los capitanes franceses Grogniet y L'Escuyer, constaba de 200 franceses y 80 ingleses. La segunda, que tenía por jefe á Townley, era de 180 hombres.

En Abril se presentó otro cuerpo de 264 bucaneros, que pasaron también por la cómoda y corta ruta del Darién, bajo el mando de tres Capitanes franceses: Rose, Desmarais y el Picardo, pirata veterano, antiguo compañero de L'Olonais y de Morgan.

Entre ellos venía el joven Raveneau de Lussan, que publicó la relación de esta expedición. Afecta este escritor cubrir con sentimientos de religión, instintos bien marcados de crueldad y de rapiña.

Viéndose tan numerosos, pensaron en atacar á Panamá; esta ciudad estaba amurallada y bien defendida, por fortuna, y el temor de un rechazo los hizo desistir de su intento. Contentáronse por entonces con enviar 250 hombres á Chepo, donde si no encontraron resistencia, tampoco tomaron ningún botín.

Continuaron los bucaneros en las islas del golfo, esperando la llegada de la flota que traía los tesoros del Perú. Ésta, bien instruída de lo que debía hacer, se acercó con precaución á Punta-Mala, evitando dejarse ver de los enemigos y subió á la Villa (hoy los Santos; los filibusteros decían Lavelia), donde dejó las riquezas que llevaba, luégo siguió á Panamá, donde estaba de Presidente el Conde del Palmar, D. Pedro Ponte y Llerena.

Constaba la flota española de catorce buques veleros, seis de ellos provistos de cañones, y la montaban 2,500 hombres, la mitad españoles y el resto indios ó esclavos. La comandaban D. Tomás Palavicino, cuñado del Virrey; D. Pedro Pontejos, general, y D. Antonio de Beas, comandante de la armada.

La de los bucaneros era de diez veleros, manejados por 960 hombres. Sólo dos de ellos tenían cañones.

Entre las dos debía decidirse quiénes seguirían dominando en el mar del Sur.

Comprendióse en Panamá la gravedad de la lucha que se iba á trabar. El reverendo Obispo Piedrahíta salió de la ciudad con el clero á buscar seguridad en los montes.

Avistáronse las dos flotas el 29 de Mayo de 1685, cerca de la isla de Pacheco, pero sólo se cambiaron algunos tiros de una y otra parte.

El 30 se presentó el viento contrario á los bucaneros, y como éstos estaban muy escasos de cañones y lo esperaban todo de su arrojo, abordando á los buques españoles, se vieron precisados á combatir en retirada.

Dieron así un gran rodeo en la bahía para volver á anclar en la isla de Pacheco. El valor y la pericia del Capitán Davis salvó de la destrucción los buques de los filibusteros. En esta jornada, que pudo haber sido decisiva, se peleó flojamente de ambas partes. Davis fue mal secundado por los otros jefes, y los españoles no supieron completar la derrota de sus enemigos.

Dampier dice: "Así terminó esta jornada, y con ella todos los proyectos que habíamos formado, durante los últimos seis meses, pues en lugar de hacernos dueños de la flota española y de las riquezas que llevaba, quedámos muy satisfechos con haber escapado y deber en cierta manera nuestra salvación á la cobardía de nuestros enemigos, que no tuvieron el valor de aprovecharse de sus ventajas." Si los españoles no acabaron de rendir á los bucaneros, no fue por cobardía, como dice Dampier; el mando estaba á cargo de tres jefes, que no se pusieron de acuerdo para perseguir á los contrarios. La armada se retiró á Paita, donde fondeó. Allí se voló por accidente la *Capitana* con cuatrocientos hombres, sin que se salvase otro que un hijo del general D. Pedro Pontejos, á quien el incendio obligó á arrojarse al agua donde cogió una tabla en que salvó la vida.

Los bucaneros siguieron para la grande isla de Quibo ó Coiba, de donde mandaron en Junio 150 hombres á tomar á Pueblo-Nuevo, que ocuparon sin resistencia y de donde llevaron provisiones.

La derrota en el golfo de Panamá irritó los ánimos de los filibusteros y fue motivo de profundas desavenencias entre ellos, por lo cual resolvieron dividirse. Los capitanes Davis y Swan siguieron con los ingleses por Realejo, en la América Central.

Allí se separaron: Swan se dirigió con Dampier á la costa de México; de donde pasaron á las Indias Occidentales en busca de mejor fortuna. Davis, á quien acompañó Wafer, regresó por el Cabo de Hornos á los Estados Unidos.

Los bucaneros franceses, en número de 351, escogieron por jefe al capitán Francisco Grogniet. Nos toca acompañar á éstos en sus correrías. El 5 de Enero de 1686 partieron de la isla de Coiba 230 hombres en ocho canoas, para ir á atacar la pequeña ciudad de Chiriquita (hoy David); el 6 tocaron en tierra y llegaron el 9 á la población, sin haber comido nada en los cuatro días de marcha. "Llegámos á Chiriquita dos horas antes de amanecer, dice Lussán; sorprendimos á todos los habitantes, que habían pasado dos días disputando á quiénes les tocaba hacer la ronda, y después de haber asegurado sus personas, les dijimos que nosotros la haríamos y que habíamos venido á relevarlos.

"Sorprendimos también el cuerpo de guardia, donde estaban jugando, y como al momento que nos vieron corrieron por sus armas para defenderse, los relevámos igualmente de esta pena."

No salieron de la ciudad sin incendiar antes todas sus casas, y condujeron algunos prisioneros, á quienes devolvieron su libertad luégo que pagaron su rescate.

Después de haber sido rechazados en un ataque que intentaron contra Pueblo-Nuevo, los filibusteros franceses se reunieron con otros ingleses, que tenían por jefe al capitán Townley; siguieron para la América Central, se apoderaron de la ciudad de Granada y la incendiaron. En Realejo se separó Grogniet con la mitad de los franceses, que siguieron en dirección al noroeste. Los otros, junto con los ingleses, se pusieron al mando de Townley, quien propuso que ocuparan la Villa.

Desembarcaron el 12 de Junio á media noche, en número de 160. A la una de la tarde llegaron á la ciudad, en donde no hallaron resistencia; los más de los habitantes estaban en la iglesia oyendo misa. Tomaron unos 300 prisioneros.

Como lo dijimos atrás, la flota del Perú, que había llegado á Panamá poco más ó menos de un año antes, dejó por precaución en la Villa los tesoros y las mercaderías que llevaba. Por una imprevisión que no se comprende, el Presidente de Panamá descuidó hacer trasportar mucha parte de éstas. Los bucaneros se apoderaron de las mercaderías, cuyo valor estimaban los españoles en millón y medio de pesos y de 15,000 pesos en dinero. ¡ Jamás habían soñado ellos ver en su poder tantas riquezas !

El 24 enviaron 80 hombres escoltando un número igual de caballos cargados de fardos de mercaderías, hasta la orilla del río, donde sabían que se encontraban dos botes de los españoles. El mismo día escribieron una carta al Alcalde mayor preguntándole si quería pagar rescate por éstas y por la ciudad. Contestóles que todo el rescate que pretendía darles era pólvora y balas, que en grande abundancia tenía á su servicio; que respecto de los prisioneros, les ponía en manos de Dios, y que su gente se reunía para que tuvieran el honor de verse las caras.

Irritados los bucaneros con esta respuesta, prendieron fuego á la ciudad y se retiraron al punto donde debían embarcar las mercaderías.

No pudiendo llevarlas todas, pusieron las más preciosas en los dos botes y encargaron á nueve hombres de bajarlas por el río de la Villa; los demás siguieron escoltándolas por la ribera. Los españoles, en número de 600, los seguían á la margen opuesta, ocultos detrás de los matorrales que cubrían el terreno. Después de una legua de camino, hallaron los bucaneros éste tan cerrado y lleno de zarzales, que se vieron obligados á tomar una vereda que los hizo desviarse del río. Esto esperaban los españoles, quienes, cayendo un poco más adelante sobre los

conductores, descargaron sobre ellos sus mosquetes, mataron cuatro é hirieron á otro. Éste fue conducido á tierra, donde le cortaron la cabeza y la plantaron en una estaca.

El siguiente día fueron los bucaneros al río, guiados por los cuatro conductores que habían escapado con vida, y encontraron los botes rotos. El disgusto de haber perdido el riquísimo botín que habían hecho y la vista de los restos sangrientos de sus compañeros, los llenó de furor. Incontinenti cortaron las cabezas á cuatro de los prisioneros y las fijaron en estacas en el mismo lugar. Luégo que llegaron á sus embarcaciones exigieron del Alcalde diez mil pesos y ciento veinte bueyes salados por el rescate de los prisioneros, profiriendo amenazas terribles y aun cortando la cabeza á dos de éstos, para obligarlo á entregar esta suma. Temeroso de que se derramara más sangre, el Alcalde entregó lo que se le pedía.

No se comprende cómo después de la destrucción de la Villa pudieron permanecer durante muchos meses en la bahía de Panamá los perpetradores de tales crímenes. Los españoles tenían entonces en el Istmo fuerzas considerables con las cuales hubieran podido destruír ese pequeño cuerpo de filibusteros, que no pasaba de trescientos hombres. ¿Había degenerado tanto el antiguo valor castellano que un puñado de aventureros audaces los tenía estrechados y paralizaban todos sus movimientos por el terror que les inspiraba? En lo que sí se mostraron diligentes y previsores los españoles fue en firmar un tratado de paz y de alianza con los indios del Darién, cerrando así el paso tan cómodo que tenían los bucaneros por sus tierras.

El 20 de Agosto anclaron las gentes de Townley cerca de la isla de Taboga, avistando la ciudad de Panamá. El 22 fueron atacados por tres buques españoles armados de cañones. La batalla duró medio día y se decidió en favor de los bucaneros, debido á la explosión de la pólvora á bordo de uno de los buques españoles. Dos de éstos fueron tomados, lo mismo que un tercero que llegaba de refuerzo, y las cuerdas que traían á bordo para ahorcar á los piratas sirvieron para sujetarlos á ellos. Townley salió gravemente herido y murió pocos días después.

D. Pedro Ponte y Llerena, Presidente de Panamá, contemplaba el combate desde lo alto de las murallas de la ciudad, y vio la victoria, que creía infalible, huír del campo español y favorecer á los que él llamaba con verdad "nuevos turcos, enemigos de Dios y de sus santos."

Los bucaneros tenían muchos prisioneros en su poder; enviaron uno de ellos al señor Ponte, pidiéndole que los rescatara y que pusiera en libertad cinco filibusteros que los indios del Darién habían aprehendido. Habiéndose denegado el Presidente á tratar con ellos, le enviaron un segundo mensaje, amenazando cortar la cabeza de todos los espa-

ñoles que tenían en su poder, al que prestó poca atención. Pero el Obispo, que era aún el historiador Piedrahita, considerando que lo que poco antes había sucedido en la Villa era un anuncio de lo que podían hacer esos desalmados piratas, se alarmó seriamente, y les dirigió la siguiente carta:

*Señores.—Aunque el señor Presidente os haya escrito bastante bruscamente, os ruego con instancia que no derraméis más sangre de los inocentes que tenéis en vuestras manos, pues ellos se han visto obligados á haceros la guerra. El Presidente obedece las órdenes del Rey, que le prohibe devolver los prisioneros de guerra; yo haré cuanto pueda por haceros restituír vuestra gente; confiad en mi palabra y quedaréis satisfechos.*

*Os aviso que todos los ingleses son católicos romanos, que hay actualmente una iglesia en Jamaica, y que los cuatro que tenemos, habiéndose convertido, quieren permanecer con nosotros.*

Los sentimientos humanitarios del santo Obispo no tocaron el corazón de aquellos bárbaros. Cortaron la cabeza á veinte españoles y enviaron este sangriento trofeo al Presidente con un mensaje, en el que le anunciaban que si no accedía á todas sus exigencias, tratarían de la misma manera á los demás prisioneros.

El señor Ponte, que era hombre sensible y de sentimientos cristianos, sintió abatirse su noble orgullo castellano ante semejante proceder y les devolvió los prisioneros con la siguiente carta:

*Os envío los prisioneros que tenía en mi poder; si tuviese más, os los enviaría todos, y respecto de los que tenéis en vuestras manos, dispondréis de ellos conforme á vuestra honradez y al uso de la guerra.*

Devolviéronle doce de los heridos más gravemente, y le exigieron 20,000 pesos por el rescate de los demás. Habiendo consentido en rebajar esta suma á la mitad, les fue entregada el 4 de Septiembre, y entonces pusieron en libertad á los prisioneros restantes.

En Noviembre partieron del golfo de Panamá en dirección al oeste. Pasaron algún tiempo navegando cerca de Punta-Burica, acercándose á la costa, donde sorprendían las aldeas y los hatos para procurarse provisiones. El 24 de Noviembre ocuparon el pueblecito de San-Lorenzo, de donde llevaron prisioneros al Cura y á varios de los habitantes. El 2 de Diciembre volvieron al pueblo y lo incendiaron.

Al fin dejaron los bucaneros las costas del Istmo de Panamá en Diciembre de 1686, después de haberlas asolado por tanto tiempo y de haberse apoderado en los últimos seis años de más de ochenta embarcaciones de todos portes. Siguieron á la América Central. Reunidos otra vez con Grogniet en la bahía de Caldero, cambiaron de rumbo y fueron á atacar la ciudad de Guayaquil. La tomaron y sacaron de allí

rico botín. Grogniet fue herido de muerte en el combate. En la isla de Puna se unieron con otro cuerpo de filibusteros mandados por el Picardo. Nombraron á éste de jefe y resolvieron salir del mar del Sur. Navegaron en dirección á Costa-Rica, desembarcaron en la bahía de Amapala el 1.° de Enero de 1688, y después de haber quemado sus embarcaciones, acometieron la empresa atrevida de pasar por tierra al mar del Norte. Así lo hicieron, venciendo grandes dificultades. La mayor parte de los bucaneros franceses se acogieron á la amnistía que acababa de conceder su gobierno y se establecieron en las islas francesas. Setenta y cinco de los ingleses que pasaron á Jamaica fueron aprehendidos por el Gobernador, el duque Albemarle, y privados de sus efectos. Se les puso en libertad el año siguiente, pero sin devolverles el fruto de sus rapiñas.

El mar del Sur quedó limpio de bucaneros. Apenas algunas partidas aisladas siguieron ejerciendo su execrable oficio en nuestras costas.

En los últimos años del siglo XVII volvieron los indios del Darién á disgustarse con los españoles. Entonces hicieron de nuevo alianza con los bucaneros, muchos de los cuales se establecieron en esa comarca y se casaron con indias. El 1702 el capitán Juan Rash desembarcó frente á las islas de San-Blas con un cuerpo de filibusteros ingleses. Acompañados por los indios penetraron hasta la ciudad de Santa-Cruz de Cana. Ocuparon este real de minas, en el que permanecieron muy pocos días, por temor de que los atacaran los españoles con fuerzas superiores. Hicieron trabajar algunos negros durante cinco días en la riquísima mina del Espíritu-Santo, que tenía muchas y muy extensas galerías, y éstos les extrajeron 49 libras y 9 onzas de oro. Hubo día de sacar 16 libras. Antes de dejar la ciudad cometieron los horrores de costumbre, y luégo la incendiaron. El cacique Pedro disparó un tiro de mosquete á un anciano sacerdote que podía apenas moverse, y viendo que aún vivía, tomó una gran piedra y le quebrantó la cabeza.

En el mismo año tomaron los ingleses á Portobelo, según Alcedo.

Aquí pudiéramos poner fin á la relación de las invasiones de los bucaneros al Istmo de Panamá; pero lo que hemos dicho no basta para dar una idea siquiera somera de los males inmensos que aquellos aventureros hicieron al Istmo, y de los fatales resultados que sus correrías tuvieron en su porvenir.

La primera y más inmediata consecuencia fue la pretensión de establecer una colonia escocesa en el Darién. Guillermo Paterson, ministro escocés, fue quien concibió esta idea. (1) Él visitó la América del

(1) Bancroft trata á Paterson con excesiva severidad: "Paterson, dice, era pícaro ó loco; habiendo sido á la vez predicador y pirata pudo haber sido á un tiempo loco y pirata."

Sur en calidad de misionero protestante, se relacionó con Dampier, Wafer y otros bucaneros, quienes lo instruyeron de todas las ventajas que para la colonización presentaba la comarca del Darién. Pasó á Escocia, donde logró interesar en su proyecto á muchas de las más ricas familias y conseguir sumas considerables. (1) La expedición, compuesta de 1,200 hombres, llegó á la isla de Oro el 30 de Octubre de 1698 y desembarcó en el punto del Darién donde acostumbraban aportar los filibusteros. Inmediatamente se pusieron los nuevos colonos en relación con los indios; luégo construyeron chozas para formar la nueva ciudad, y levantaron un fuerte para defenderla: dieron á la colonia el nombre de Caledonia y á la ciudad el de Nueva-Edimburgo. Desentendiéronse de proveerse de víveres, porque esperaban que les serían enviados de fuera. Pero el Rey de Inglaterra, Guillermo III, cediendo á las quejas de la Compañía de las Indias Orientales y á las reclamaciones de la Corte de Castilla, dio un edicto en que prohibía á sus súbditos toda comunicación con la colonia del Darién y todo auxilio de armas, municiones, provisiones, etc. Con la falta de alimentos entraron las enfermedades en Caledonia, el desaliento se apoderó de los escoceses, y resolvieron embarcarse en cuatro buques que tenían. Salieron del Darién el 20 de Junio de 1669, en vía para Jamaica y Nueva-York. Perdieron en el viaje de mar 400 hombres.

Ocho semanas después de su partida llegaron de Escocia dos buques con 300 hombres de refuerzo. Uno de ellos estaba cargado de provisiones y de brandy. Una vela acercada imprudentemente á un barril de este licor que estaban vaciando, le prendió fuego y se incendió el buque con todo lo que tenía. No les quedó otro recurso á los escoceses que embarcarse para Jamaica en el otro buqe.

La tercera y última expedición, compuesta de 1,200 hombres, llegó á la bahía de Caledonia en cuatro navíos el 30 de Noviembre de 1699. La escasez de bastimentos los obligó pronto á enviar 500 colonos á Jamaica. Los demás se ocuparon en construír chozas.

Entre el 23 y el 25 de Febrero de 1700, once buques españoles anclaron en la bahía con fuerzas mandadas por el brigadier D. Juan Díaz Pimienta, Gobernador de Cartagena. Hubo algunas escaramuzas y se estrechó el sitio de la ciudad y del fuerte. Del 28 al 29 de Marzo los españoles abrieron fuego desde los bosques y quitaron el agua á la ciudad. La falta de ésta y de provisiones, así como las enfermedades, iban reduciendo el número de los colonos, que se vieron obligados á capitular el 31 de Marzo del año 1700.

(1) Cuatrocientas mil libras esterlinas (2.000,000 de pesos), suma enorme para aquel tiempo, se reunieron para los gastos de la expedición, en Escocia, Inglaterra, Hamburgo y Amsterdam.

Los españoles trataron generosamente á los vencidos; éstos estaban tan débiles que cuando se embarcaron para Jamaica, tuvieron sus contrarios que levantar las anclas y poner las velas de las naves.

Si los hombres que proyectaron establecer una colonia en el Darién hubieran sido ingleses y no escoceses, es muy posible que el rey Guillermo III les hubiera prestado apoyo decidido; y en este caso se habría formado en esa comarca una poderosa colonia británica que se habría apoderado pronto de todo el Istmo y del Chocó, llegando á ser una amenaza terrible para el resto de nuestro territorio.

La Providencia, que vela sobre los destinos de las naciones, permite muchas veces que en los grandes proyectos de los hombres queden gérmenes de destrucción apenas perceptibles, cuyo desarrollo produce más tarde su ruina. En el presente caso la rivalidad de dos pueblos nos salvó de un gran peligro.

La idea de fundar un establecimiento en el Darién preocupó por mucho tiempo á algunos de los ingleses que habían tenido ocasión de visitar aquel fértil y rico territorio.

Cuando Lionel Wafer hizo publicar en 1729 la segunda edición de su *Nuevo viaje y descripción del Istmo de América*, la hizo preceder de una dedicatoria al duque de Marlborough, capitán general de las fuerzas del Rey, uno de los miembros más distinguidos de su consejo privado, y empieza así: "El siguiente tratado es una segunda edición de mi relación del Istmo del Darién; la que publico actualmente, no tanto á causa de que la primera se ha vendido toda, sino principalmente para dar ocasión á los ministros de pensar en fundar un establemiento en una de las más valiosas comarcas del mundo. De esta manera se aprovecharía de parte de las minas que existen en las entrañas de la tierra y se desterraría de allí al enemigo, que al presente las tiene en su poder. Además de que por medio de este establecimiento se efectuaría fácilmente el paso del Atlántico al mar del Sur, lo que sería de gran consecuencia para el tráfico de las Indias Orientales." Después de desarrollar su idea, agrega: "Las dificultades y el gasto no pueden ponerse en competencia con la gloria y las ventajas de semejante expedición."

En 1789 escribía D. Francisco Silvestre: "Acuérdome de que informó al Virrey Zerda un inglés cogido en Panamá, que la comunicación que los ingleses tenían con los indios rebeldes del Darién, con los mosquitos en San-Juan de Nicaragua y bahía del Almirante, y la posesión de la Florida, eran tres espinas que aquella nación iba introduciendo en el corazón de España; con las cuales pretendía en su tiempo hacerse dueña del seno mexicano; del río San-Juan y laguna de Nicaragua; de los mares del Norte y Sur por aquella parte, y de

los mismos por la del Darién." (*Descripción del Reino de Santafé de Bogotá*).

Pero ningún mal hicieron los bucaneros de tanta trascendencia como haber atizado la discordia entre las tribus indígenas del Istmo y los españoles, enseñándoles á éstas á odiarlos como á sus verdaderos enemigos y dándoles medios de combatirlos. De aquí resultó una enemistad que causó la ruina definitiva del Darién, comarca que aun hoy está casi desierta á pesar de su magnífica posición geográfica, de la sorprendente riqueza de sus minas, de la feracidad de su suelo, de la abundancia de los ríos navegables que la riegan y de su clima sano en general.

Santa-Cruz de Cana se vio de nuevo saqueada por los ingleses en 1712 y tomada á fuego y sangre por los franceses, mandados por M. Carlos Tibon, en 1724.

En fin, por los años de 1726 y 27 sobrevino la sublevación general de los indios, unidos á los bucaneros franceses que vivían entre ellos. Un indio mestizo, muy audaz, Luis García, encabezó la rebelión, y no perdonó pueblo que no abrasara, ni crueldad que no cometiera. García pagó sus crímenes con la vida, pero el Darién se despobló y se arruinó, todas las personas acomodadas de la Provincia la desampararon, sus minas fueron abandonadas, con inclusión de la famosa veta de Espíritu-Santo, cuyo pozo se derrumbó.

La paz no se restableció por completo hasta 1772, pero el Darién no se volvió á levantar de la postración en que lo dejó tan larga serie de hostilidades.

En otros puntos del Istmo de Panamá siguieron también los indios salvajes sublevándose y cometiendo graves desórdenes. El inglés Juan Cockburn, prisionero de los españoles, estando de paso en Chiriquí en 1732, vio que dos ó trescientos indios mosquitos entraron á la ciudad y la saquearon; luégo, en odio al nombre español, se entregaron á una escena de caníbales. Se apoderaron del Cura, que era un fraile español y le dieron muerte, sometiéndolo á un bárbaro martirio. Le arrancaron la piel del cráneo, la fijaron en una lanza y danzaron largo tiempo alrededor. Luégo clavaron en tierra un alto madero en el cual sujetaron al Cura, gozando con salvaje alegría del espectáculo de sus torturas, haciendo mofa de sus funciones y diciendo que aquello no era sino una pequeña venganza por el torrente de sangre india que habían derramado los españoles. Después de que sus ojos se saciaron de contemplar tan lamentable cuadro, prendieron una gran fogata al pie del madero y continuaron danzando alrededor hasta que el cuerpo fue consumido por las llamas.

El bosquejo de las escenas de horror que hemos querido trazar

queda bien iluminado en su principio con el incendio de Panamá, y en su fin con las llamas que devoraron el cuerpo de un pobre fraile!

Si algo nos sorprende cuando recordamos la historia de los bucaneros, no son tanto los horribles excesos á que ellos se entregaron: eran bandidos de profesión y nada mejor se podía esperar de ellos. Pero que los gobiernos europeos, que habían llegado ya á un alto grado de civización y gozaban de instituciones humanitarias, toleraran á esos piratas, que tantos males causaron á la América española, y aun autorizaran á los gobernadores de las islas á que les dieron protección y amparo, es lo que la historia no podrá excusar.

# COSTUMBRES DE LOS INDIOS DARIENITAS.

Entre los autores que en estos últimos años han tratado de los indios darienitas, merecen ser mencionados especialmente los señores Wyse y Reclus. En ocho días que permanecieron en Paya y Tapalisa, en medio de ellos, preocupados en buscar un paso para el canal interoceánico, no tuvieron tiempo de analizar detenidamente las costumbres de los indios. Más tarde, cuando quisieron dar á luz la relación de sus viajes, revistieron ciertos hechos con la interpretación que les sugirió su imaginación, y en lo demás se contentaron con repetir, con algunas variantes, lo que acerca de los indios había escrito en 1774 D. Andrés de Ariza.

Así, dice Reclus: "Del techo penden...... cabezas de tucanes, estas últimas indican el número de personas que han muerto en la familia desde que se construyó la cabaña." Muchos indios fueron consultados por mí acerca de esta costumbre y ninguno me refirió algo que confirmara la aseveración de Reclus. En algunas casas conté hasta treinta de estos picos (pues no suspenden cabezas sino simplemente el pico que arrancan fácilmente calentándolo). No es natural que en familias tan poco numerosas como lo son aquéllas, haya habido hasta treinta defunciones en una misma casa. Además, es bien conocida la costumbre de los indios de quemar su habitación cuando en ella han muerto varios individuos, y aun frecuentemente cuando sólo ha muerto uno. Pudo suceder que algún intérprete mal informado les diera esta explicación. (1)

No pude averiguar tampoco de qué fuente tomaron las denominaciones genéricas de indios *do* y de indios *ti*.

Tampoco es exacto que casi todos los matrimonios se hagan allí entre hermanos, ni que tengan que hacer marchas de tres días para conseguir con qué alimentar la familia. No tuve noticia de caso alguno de matrimonio entre hermanos, aunque sí es cierto que en sus borracheras no respetan vínculo ninguno. En cuanto á la caza, ésta es allí tan copiosa, que basta una salida de pocas horas para traer sustento en abundancia.

Copio en seguida paralelamente algunos pasajes de M. Reclus y de D. Andrés de Ariza para que puedan ser cotejados:

(1) Wyse dice igualmente: "A cada muerte que acontece en una casa, suspenden al techo un pico de tucán."

| M. ARMANDO RECLUS. | D. ANDRÉS DE ARIZA. |
| --- | --- |
| "En cada aldea ó ranchería de indios, el primer personaje es el cacique; el segundo el lele, que equivale á adivino ó médico. . . (1) | "En cada río, ranchería ó población de indios hay para su gobierno un cacique ó capitán que siempre es la persona de primera clase; de la segunda es el lere. |
| "El lele tiene el encargo de procurar que los dioses sean propicios en ocasión de cualquier fiesta ó cacería. La víspera del gran día señalado se retira á una pieza sin techo, sobre una azotea que llaman *carro*, y pasa la noche haciendo conjuros mezclados con gritos y gruñidos de animales. Cuanto más semejantes son estas imitaciones, cuanto mejor sabe imitar los cantos y los aullidos, mayor es la legítima consideración de que goza. Cuando la tribu emprende una gran batida, el lele. . . . sirve de reclamo para las aves y la caza mayor. Su influencia es grande. Ella contrapesa la del cacique; y aunque sólo tenga éste autoridad en la aldea, las palabras del lele son más escuchadas. | "El ejercicio del lere es vaticinar lo que les puede suceder á los de su pueblo. Cuando hay alguna fiesta clásica se dedica anticipadamente el lere á lerear, ó á hacer oración; esto lo practica en un paraje independiente, cerrado á manera de observatorio, que llaman el carro. Sus oraciones se reducen á hablar mucho, y ha de imitar precisamente en ellas á los balidos y gaznerías con que se distinguen las varias especies da animales y aves. . . . especialmente á las que son propias de sus monterías, para lo cual siempre que van á cazar llevan al lere para reclamo. Es tanta la autoridad y respeto con que se portan los leres, que cuasi primero se trata con ellos algún asunto de importancia que con el cacique siendo gubernativo. |
| "Es preciso también que el camotura ó músico se halle dotado de inteligencia y de astucia. Tiene el tercer lugar en el orden jerárquico y gobierna cuando los otros dos jefes se ausentan. Durante las fiestas, en las que se ocupan naturalmente en bailar y en beber la chicha sin medida, le corresponde tocar el instrumento llamado camo. | "Camoturo significa tocador de flauta: es otro igual embustero como lo puede ser el lere; su empleo es el de tercera clase, pues gobierna el pueblo á falta de los dos primeros. Su ejercicio es tocar el camo ó flauta, al són de la cual arman sus bailes, cuando hacen sus chichas ó borracheras, porque á éstas reducen todas las fiestas. |

trasformado en simples rezadores, que no conservan
runias han desaparecido.

" El baile favorito de los indios es el *guayacán*, gran círculo formado de hombres y mujeres que giran al rededor del camotura, que ocupa el centro. Todos dan en el suelo dos fuertes golpes con el pie, dan dos pasos hacia adelante, rompen la cadena, luégo se enlazan las parejas y ejecutan piruetas con movimiento acelerado al compás del camo.

" El urunia es el cuarto dignatario de la aldea, el cual instruye á los guerreros y los conduce al combate. Debe ser, en cuanto sea posible, el hombre más fuerte y más valeroso de la tribu.

" Sus cacerías, verdaderas expediciones que duran muchos días, las hacen frecuentemente en común, bajo la dirección del cacique y del lele."

" El baile que comunmente usan al són del camo le llaman guayacán, el que disponen haciendo una gran rueda alternativa de hombres y mujeres, y el camoturo entra en el centro, y agarrados los danzantes unos con otros estrechamente por los brazos al compás de la flauta, dan dos fuertes patadas, á las que siguen dos ó tres pasos acelerados, haciendo entre todos perfecto círculo....

" El urunia es el primer papel de la plebe, por ser su ejercicio, como más valiente y esforzado, matar los extranjeros que contra sus leyes se presenten en sus tierras.

" Sus monterías ú otras expediciones las disponen de comunidad por quince ó veinte días; el director ó comandante de ellas es el cacique, siempre asociado del lere y otros distinguidos del pueblo."

Estas costumbres observadas por D. Andrés de Ariza en el siglo pasado, se han modificado profundamente, como se verá más adelante.

Wyse repite parte de lo que dice su compañero de viaje M. Reclus, agregando varias noticias, unas de ellas ciertas y otras inexactas. Dice, por ejemplo, que cuando nace un niño, su padre se somete rigurosamente á un régimen calmante que consiste en descansar y cuidarse mientras su esposa se dirige al baño con el niño. De esta costumbre, que parece existió entre alguna de las tribus que poblaban este país y en otras del Orinoco, no guardan los modernos payas ni aun la tradición. *C'est ainsi que l'on écrit l'histoire.*

Procedo á dar una ligera idea de las tradiciones, religión, usos y costumbres de los indios de Paya y Tapalisa.

Las tradiciones de los indios son muy escasas. Muchas preguntas les hice acerca de su origen, su historia y sus creencias, y poco me dijeron, pues parece que el pasado no les preocupa.

Su origen, según me lo refirieron los más ancianos, es el siguiente: á orillas del Tatarcuna, no lejos de Paya, vivían un hombre y dos

mujeres, india una de ellas, negra la otra. Cuando el sol estaba en la mitad de su carrera, la solitaria trinidad se sentaba á almorzar. La negra no se bañaba nunca; la india lo hacia todos los días antes de ir á tomar su alimento. Un día se demoró más de lo acostumbrado y á las doce vio bajar del cielo un niño en una cuna de oro, lo recibió en sus brazos y lo llevó á su casa. Ocho días seguidos en un mismo sitio y á una misma hora recibió la india otros tantos niños. La negra, llena de envidia, se fue á la orilla del río al noveno día, y mientras su compañera se bañaba, vio bajar otra canasta de oro; se apresuró á recibirla, pero canasta y niño subieron al cielo. Ella volvía á su casa despavorida y al pasar junto á un árbol salió un tigre que la devoró. Desde entonces no vinieron más niños. De los que habían bajado cuatro eran hombres y los demás mujeres. Éstos fueron los progenitores de los actuales payas y tapalisas.

Tienen idea de una gran catástrofe que duró cuarenta y tantos días. Durante este tiempo hubo violentos huracanes; los árboles, derribados por el viento, se incendiaban de una manera sobrenatural; fuertes tempestades se sucedían sin interrupción, y al ruido del trueno acompañaban detonaciones subterráneas y temblores de tierra; el sol retiró su luz á los mortales y la luna y las estrellas se ocultaron bajo el manto espeso de cuajadas nubes. Esta idea vaga del diluvio es probablemente un poco desfigurada: relación antigua de algún misionero que estuvo en medio de los cunas en tiempos lejanos.

En sus creencias religiosas están también muy atrasados. Creen en un Dios Todopoderoso y en el diablo ó *niya*, que temen mucho en este mundo.

El sol, que llaman *Tata* (padre) es el creador de la tierra.

Tienen ídolos de madera muy grotescos que invocan en sus enfermedades, poniendo en ellos una fe ciega. Los llaman San Antonios.

Creen en un alma que después de separada del cuerpo va á descansar á la tierra de los espíritus.

Odian á los españoles y, sin embargo, no conservan recuerdos ni de la Conquista ni de la Colonia. Dicen que ellos habitaban primitivamente en las serranías que circundan la meseta de Cana. Que allí tuvieron un misionero y que éste había fundado una escuela en la cual castigaba duramente á los niños. Indignados los indios, le hicieron una vergonzosa operación de resultas de la cual murió. Los españoles, en venganza, los atacaron y los persiguieron hasta orillas de la quebrada del Tigre, donde los indios emboscados se defendieron heroicamente; hubo mucha sangre de ambos lados y para suspender hostilidades, el Jefe cuna, llamado Tomasito, siguió para Bogotá á hacer arreglos con el *Capitán* español.

De sus antiguos caciques y de sus viejas costumbres no conservan memoria alguna.

Sus recuerdos sólo alcanzan á principios de este siglo. Paya fue fundada por el Capitán *Apchoquete* (sacristán), que curaba los enfermos al són de sus canciones. A éste le sucedió Tulilí y á éste Palilele (*lele*—adivino). Luégo vino Maquilón y después Candelario Ayala ó Lele, gran adivino ó curandero. Su capitanía fue marcada por un grave incidente. Una de sus hermanas se había soñado viuda; á los ocho días murió su esposo. Se reunió el consejo y la declaró bruja, y como tal, la condenaron á morir en una hoguera. Su mismo hermano, acompañado de uno de los principales del pueblo, se internó al monte, y algunas horas después entraron á Paya con la cabeza rapada y el cuerpo cubierto de jagua. Acababan de quemar viva á la infeliz mujer. A Lele sucedió el capitán Urrutia, que pasa los días gimiendo sobre la pérdida del mando en Ipeliza, en donde ha sido nombrado el capitán Bivió.

Cuando les nace un hijo no hacen fiesta alguna. La madre, acompañada de una amiga, se dirige al río con el recién nacido y se baña con él, luégo colocan al niño en su hamaca. A los tres ó cuatro días le untan el cuerpo de jagua para suavizarle el cutis. Si el padre del niño fuese de otro color, ó si éste al nacer viene al mundo mal conformado, ó si su madre no tiene modo de mantenerlo, el abuelo ó abuela le toma inmediatamente, se retira del poblado, abre un hoyo cuadrado, clava dos estacas en él, y allí coloca la hamaca con la infeliz criatura. Cubre el hoyo con tablas y echa tierra encima. El desgraciado muere de hambre ó asfixiado. Oí referir el caso de un niño que enterrado al pie de un árbol, en medio de la población, había vivido dos días. Los transeúntes podían oír sus débiles quejidos.

Si el niño naciere muerto ó viniere á morir en los primeros días, le colocan en una olla grande y en ella lo entierran.

Los niños dejan el seno de la madre cuando quieren. Gozan de plena libertad, son tratados con cariño, corregidos cuando se necesita, y en sus enfermedades son cuidados con ternura.

Siempre que se presenta un extranjero le llevan algunos niños para que los bautice, sirviéndoles también de padrino. Se acostumbra dar, en este caso, su nombre y apellido á los ahijados. Los indios gustan tanto de los nombres castellanos que reclaman el bautizo de sus hijos más bien para darles un nombre sonoro que para hacerlos cristianos.

Cuando un niño ha sido reconvenido y por esto se ha encolerizado, el padre, con mucha paciencia, saca un cuchillo y una totuma, raspa un poco de la madera del umbral y quicio de la puerta, de los horcones que sostienen la casa y de los asientos, mezcla todo esto con chicha y

lo da á beber á su colérico hijo. Después de tomar este talismán vuelve la calma.

Desde la edad de siete años los niños acompañan á su padre en todas las expediciones; van á montear con él llevando las provisiones; si se embarcan, le ayudan con la palanca ó el canalete. Principian á hacer uso del hacha y el machete, y aun se ejercitan en el manejo de las flechas y el arpón, aunque raras veces.

Cuando ya tienen diez ó más años se visten mientras están en la población, y asisten á las chichas, á los consejos y á las fiestas.

Los hombres, por lo general, son mejor configurados que las mujeres. Su cuerpo es pequeño y fornido. Son anchos de espaldas, pero sus brazos y piernas, aunque bien musculados, son delgados. Su color es cobrizo, algo quemado por el sol. El cabello largo y lacio, sólo lo cortan sobre su angosta frente á manera de *capul*, hacia atrás, lo recogen en un solo manojo, le dan dos ó tres vueltas al rededor de la corona y lo sostienen con un peine de macana. Tienen facciones bastante regulares; ojos pequeños pero negros y llenos de vivacidad y con una marcada expresión de benevolencia; la nariz aguileña, bien proporcionada; los pómulos ligeramente salientes; la boca un poco grande.

Son muy ágiles y diestros para los ejercicios del cuerpo.

"La raza (indígena) está degenerando," dice Gisborne en su obra sobre el Darién (1852); lo mismo dicen Wyse y Seldfridge, pero ninguno de estos autores nos da la verdadera causa. A mi modo de ver, esto proviene de que las alianzas de los cunas se hacen generalmente entre parientes cercanos, y probado está que estas uniones dan por lo general malos resultados.

Wafer se admira de no haber visto un solo individuo deforme. Esto no es raro, si se tiene en cuenta la costumbre general de los cunas de enterrar los niños contrahechos.

Los albinos no son raros. Wafer habla de ellos; Seldfridge y Gisborne lo mismo, y no ha faltado autor que saque de aquí la consecuencia de que tal vez algún náufrago europeo, botado en estas costas, haya dejado progenitura: opinión completamente errónea, pues es bien sabido que el albinismo proviene de la falta de pigmento en la sangre.

Cuando viajan, lo mismo que cuando van á montear, los indios van siempre desnudos, cubriéndose simplemente con un pañuelo á manera de pampanilla. Apenas llegan á la población se bañan y visten su camisa de algodón y pantalones. Andan casi siempre con la cabeza descubierta. En sus consejos usan turbantes formados por un tejido de unas dos cuartas y media de largo. Estos tejidos, que ellos mismos hacen con hilos de distintos colores y con dibujos caprichosos, los cosen en sus extremos; otros se atan á la cabeza un pañuelo colorado. En

sus bailes usan gorros de plumas de vivos colores fabricados con exquisito gusto.

Casi todos se pintan la nariz con el color rojo que extraen de un bejuco. Usan con este objeto vasijas diminutas labradas en alguna espina ó fruta, y allí colocan el color, lo humedecen, y luégo con un pincel de madera labrado en una astilla de caña con dos dientes en uno de sus extremos, trazan en la cara figuras de animales.

A la mujer la visten desde muy niña, y es la compañera de la madre. Está siempre á su lado y la ayuda en todos sus trabajos. Una de las cosas que más me llamó la atención entre los indios fue la buena voluntad con que trabajan las niñas.

Las mujeres son muy pequeñas, pero las hay muy bonitas. Llevan el cabello suelto sobre sus espaldas y cubierta la frente por una espesa *capul*. Sus ojos son vivos y expresivos, y las orejas bien proporcionadas. A la nariz, un poco achatada, suspenden una argolla de oro que les quita mucho de su gracia natural.

Las mujeres visten una faja de algodón que envuelven al rededor de la cintura, y encima una túnica suelta que les cubre hasta las rodillas. Esta última es generalmente de color azul; en la parte baja lleva una faja de unos diez centímetros con adornos colorados y amarillos. Pesados collares de cuentas de vidrio y petos con cuentas y monedas adornan su cuello. Los brazos y las piernas llevan también brazaletes, etc.

El modo de hacer estos brazaletes es muy curioso. Toman un hilo bastante largo, en el cual van ensartando cuentas de distintos colores, sucesivamente blancas y negras; y luégo que las han ensartado todas, fijan en un cilindro formado por un zuro *(tusa)*, forrado en trapo, una de las extremidades del hilo, que van envolviendo hasta fijar el otro extremo; juntan los hilos y obtienen así brazaletes con dibujos muy simétricos y de buen gusto.

Cuando la niña llega á la edad de la pubertad, tiene lugar la gran fiesta de los indios.

Todos los hombres del pueblo, de toda edad y condición, traen los palos necesarios para hacer á la joven un cuartito de un metro cuadrado de superficie en la parte baja de la casa de su padre. Lo hacen á una altura suficiente para que ningún ojo indiscreto penetre al interior del recinto, que cubren por encima con hojas de platanillo. Por todo mueble colocan una hamaca y una canoa cuyos dos extremos salen al exterior. Allí entra por una puerta angosta la joven acompañada de dos mujeres. Éstas hacen un hoyo profundo en forma de embudo, puesto al revés, que ocupa casi toda la superficie del cuarto. La abertura la tapan con cuatro balsos que cubren igualmente con hojas de

platanillo. Encima, de pie, la joven recibe de manos de sus dos compañeras frecuentes baños con el agua que contiene la canoa, agua que están reemplazando constantemente las mujeres del pueblo, cargando grandes ollas, calabazas ó totumas, según sus fuerzas. Esta agua la echan por los extremos de la canoa.

Durante diez días la joven se queda encerrada y no sale fuera por ningún pretexto, debilitando su cuerpo con los baños, sin más alimento que carne de gallina. A la entrada del cuarto hay colocada una cuerda larga donde las demás mujeres atan cada una un paquetito de algodón bruto que van amarrando á continuación. Las viejas, compañeras de la víctima, le traen paquete por paquete, y ella se los vuelve á entregar después de sacarles la semilla. A las siete de la noche envuelven á la doncella y la acuestan en su hamaca hasta que cante el primer gallo.

Mientras dura el encierro los hombres han ido á montear y pescar, y unas pocas mujeres se ocupan en sacar las espinas de los pescados y cocinarlos con yuca.

El día fijado para la salida de la joven se reúnen los hombres en consejo; cuatro de ellos deben presidirlo y se sientan en medio sobre haces de caña; los demás se colocan de dos en dos, de frente, sobre bancos de madera. Al lado de los cuatro presidentes están colocados un plato con el pescado y la yuca, y una totuma grande de chicha. Esta última la pasan de mano en mano al principal de la reunión, quien ofrece á cada invitado una totumita llena, amarrada en la extremidad de una varilla. Lo mismo hacen con el pescado hasta haber repartido ocho totumas de chicha y ocho platos. Luégo se hacen algunos nombramientos: de cuatro individuos para coger jagua, de dos para buscar cangrejos, de uno para cortar la leña que servirá para cocinarlos y de otro, en fin, para hacer una nueva puerta al cuarto de la doncella. El consejo se disuelve y todos sus miembros salen tocando distintos instrumentos, gritando y haciendo el mayor ruido posible para que mujeres y niños se escondan y no presencien las ceremonias que han de seguir, pues esto sería perjudicial á la joven.

Los cuatro cogedores de jagua se dirigen al monte: uno de ellos ata á su frente, con uno de los hilos trabajados durante el consejo, una de las canastillas. En ésta lleva un simulacro de comida compuesto de una perdiz muy tierna, un pedacito de yuca, otro de pescado y un *merique* (pequeña fruta) con chicha y su respectiva totumita. Al llegar al pie del árbol que han designado, mientras dos de ellos se colocan como centinelas á alguna distancia, los otros dos, frente el uno del otro, se cogen del tronco y principian á darle vueltas y á rezarle, suplicándole se encuentren en su copa las jaguas en abundancia y bien colocadas. Éstas han de estar engastadas con la punta dirigida hacia arriba y han

de ser cogidas, tres mirando al oriente, tres al occidente, dos al norte y otras tantas al sur; las amarran del hilo que llevaban y bajan del árbol. Uno de los centinelas ha hecho mientras tanto un fogoncito y calentado el contenido de la canasta. Vuelven al pueblo, y hacen bastante ruido para que se escondan las mujeres y los niños.

A su turno vienen los encargados de cortar la leña y pescar los cangrejos, que la joven prepara con plátano en un fogón que ella misma ha arreglado.

Traídas las jaguas se reúne un consejo de mujeres, exactamente lo mismo que el anterior: cuatro indias presiden, y reparten ocho totumas de chicha y otros tantos platos de pescado á sus compañeras, colocadas de dos en dos, una frente á otra. Mientras tanto van cortando las jaguas, las cuales han de ser divididas en dos partes y con mucha lentitud; cada india debe apoyar ligeramente el cuchillo de modo que la operación dure el tiempo necesario para beber la chicha.

Una vez cortada la jagua la entregan á las matronas cuidadoras de la joven, quienes deben separar las dos mitades. Si el color del corte resultare negro, este indicio indicaría que la joven ha perdido su virginidad, pero las compañeras deberán guardar un profundo secreto. La untan de jagua, la dan el último baño y bien envuelta la tienden en su hamaca.

Al día siguiente hay una comida á la cual asisten todos los de la tribu. Allí se nombran seis ó siete individuos para ir á montear y otros á cortar leña para la gran chicha. La preparación de ésta dura doce días, durante los cuales la joven trabaja en su casa, no saliendo sino al río cuando necesita hacerlo. Entonces debe salir con la cabeza cubierta, caminando lo más lentamente posible, no haciendo ni el menor ruido para que no se espanten los animales del monte y sea abundante la caza. Lleva en sus salidas un puñado de maíz en la mano y va mascando los granos uno á uno.

Para hacer la chicha muelen con agua el grano de maíz y forman una pasta que dejan fermentar. Cuando ésta tiene un gusto ligeramente ácido hacen con ella tamales, poniendo en el interior de cada uno un plátano maduro. Los tamales envueltos en hojas los cuecen en una olla; de allí los sacan para ponerlos en artesas de madera, y una vez enfriados los pilan hasta obtener una sustancia medio líquida que distribuyen en grandes ollas, bien alineadas, llenas de agua caliente. Veinticuatro horas después le agregan jugo de caña. Luégo tapan las vasijas con hojas de bijao, dejando libre una abertura rectangular para dar entrada á la totuma probadora, cubierta con otra hoja. Encima de las hojas colocan ají fuerte para que *Niya* (el Diablo) no se tome antes que ellos el fermentado licor.

Terminada la chicha, tiene lugar la gran fiesta de los indios, la que principia por una comida á la cual asisten todos los individuos de la tribu, hombres, mujeres y niños. Allí figuran revueltos en un mismo plato carnes de cuantos animales trajeron de sus cacerías los comisionados: aves, cuadrúpedos, iguanas, peces, etc.; todo acompañado de yucas, plátanos y ñame. Los hombres, vestidos con su mejor traje y con la cabeza cubierta de magníficos gorros de plumas, voluminosos, es cierto, pero hechos con primor, se dirigen á casa del anfitrión, tocando cada uno algún instrumento de música. Las mujeres van ataviadas de sus más vistosos trajes, llevando al cuello pesados collares ó petos de cuentas adornados con monedas de plata, los brazos y las piernas llenos de brazaletes y pulceras. Después de la comida, las mujeres levantan los trastos y la habitación queda transformada de comedor en sala de baile. Los hombres toman asiento en el orden de su categoría, frente uno de otro, y lo mismo las mujeres, aunque separadas de ellos. Con estas últimas está la joven festejada, á quien este día han pintado con jagua. Los niños traen la chicha, que antes de la fiesta han mezclado de nuevo con jugo de caña, y la ofrecen á los ocho principales, quienes se ponen de pie, lanzan á un tiempo un descompasado grito y beben, hecho lo cual, ponen las totumas en el suelo. Los niños las cogen, vuelven con ellas llenas y las presentan á otros ocho, que repiten la misma ceremonia. Después llega el turno de las mujeres. Cuando ya están un poco alegrones, si hay algún pretendiente de la hija del anfitrión, aprovecha este momento para pedirla á sus padres; si aceptan y ella le corresponde, se arreglan en el momento.

Al hartazgo sigue el baile. Dos indios se colocan al frente uno de otro contra uno de los postes de madera de la casa; ambos permanecen de pie, aspirando el aroma que despiden algunos granos de cacao que arden en el suelo. Cada uno tiene un *camo* (flauta hecha en un pedazo de guadua) que tocan por un momento para entonar después una larga gama. Luégo uno de ellos canta y el compañero le contesta. De cuando en cuando cambian de asiento. Cerca de éstos, en el suelo, de dos en dos, están sentados ocho cantores más, con la cabeza inclinada para aspirar el humo del cacao. Los muchachos, en fila, presentando siempre el frente á la concurrencia, recorren la sala en todos sentidos, marcando el paso y tocando *teotecú* (especie de zampoña). Tres ó más hombres con sus gorros de plumas salen á bailar; se colocan de frente y dan algunos pasos adelante, se hacen la venia y retroceden luégo á su puesto, de la misma manera que lo hacemos en los lanceros Las venias las hacen con el objeto de que las altas plumas de sus gorros suban y bajen inclinándose como espigas al soplo del viento. La chicha sigue circulando de mano en mano, sea que bailen, sea que estén to-

cando. Los que se sienten muy agitados por el ejercicio ó por el licor salen, se echan al río y vuelven á ocupar su puesto. Estas salidas son constantes; terminada la primera parte del baile, los más ancianos forman círculo en medio del cuarto, tocando *camutitiati* (especie de pito hecho con la cabeza del armadillo); los demás músicos contestan, tocando cada cual lo que á bien tiene, siguiéndose de aquí una algarabía infernal, un conjunto de sonidos discordes en que la palma se adjudica al que más ruido haga. Establecida de nuevo la calma, hombres y mujeres se cogen la mano formando un gran círculo y bailan el gallinazo ó la danta, según que en sus movimientos quieran imitar el paso de uno ú otro de estos animales.

De cuando en cuando pasa un muchacho con un rollo de hojas de tabaco encendido en un extremo y colocado el otro en la boca; se acerca á los invitados, quienes aspiran el aroma juntando las manos á los lados de la nariz.

La fiesta dura mientras haya chicha. Si un indio se embriaga hasta el punto de caerse, su mujer le lleva sola ó ayudada por una compañera, lo baña en el río y luégo lo acuesta en su hamaca, donde permanece á su lado lavándole la cara y las manos hasta que se disipe su embriaguez.

Durante estas borracheras hay siempre escándalos, peleas, abusos, infidelidades, etc.

Como vimos atrás, antes de dar principio al baile el indio que pretendía á la reina de la fiesta había pedido su mano. Si el pretendiente ha sido aceptado, después de la fiesta va á dormir ocho noches seguidas á casa de su futura, la cual le da todas las tardes, cuando él llega, una totuma llena de chicha, pero no sin dirigirle la palabra. Por la noche duermen en dos hamacas colgadas á alguna distancia, y colocadas entre las del padre y la madre. Al levantarse el novio recibe otra totuma de chicha de mano de su amada, y se retira al monte á cazar; el producto de la caza deberá traerlo para mantener á la novia.

Pasados los ocho días, más ó menos, según lo exija el padre de la niña, el joven trae del monte tantos troncos de madera cuantos días pasó en casa de sus suegros, y los deposita en la puerta; el hermano de la pretendida ó el más próximo pariente los cogen de allí y los llevan á la cocina. Esa noche es ya dueño del objeto de su amor. La pareja se queda viviendo en casa de los padres de la esposa hasta que tengan familia.

Generalmente cada indio se casa con una sola mujer, aunque la poligamia es permitida. Conocí á uno de ellos casado con dos hermanas.

Las infidelidades son frecuentes por no castigarse como se hacía en otro tiempo, y debido también á que es muy superior el número de los hombres, y al mal ejemplo que dieron los caucheros.

La fortuna de un indio consiste en su casa y su sementera. Las habitaciones, bastante cómodas, están compuestas generalmente de dos departamentos, el de mujeres y el de hombres. Trazan con fuertes maderos un gran rectángulo que mide hasta 15 metros de largo por seis ú ocho de ancho. Entre las dos avenidas de horcones colocados á lo largo, hay otros de una altura de 8 ó más metros que vienen á formar una serie de columnas en el interior de la habitación y que soportan las vigas sobre las cuales está colocada la armazón del techo. Los cuatro costados del edificio están cubiertos de paredes formadas por palos largos, delgados y livianos, bien atados unos á otros. El techo lo cubren con guagara *(choosca)*, palma real *(waa)* ó platanillo *(tacara)*. Dos ó más puertas de madera, toscamente labradas, sirven de entrada á la parte baja, ó sea al departamento de las mujeres. En el interior del edificio, á una altura de 3 metros, y ocupando poco más ó menos la tercera parte de la habitación, colocan un enmaderado que sirve de departamento de hombres. A éste se sube del interior por una viga inclinada y labrada, formando escala, y por la parte exterior por otra viga que va dar á una ventana colocada á la altura del piso, de modo que, cuando uno va á visitar á algún indio, entra á su casa por la ventana.

El interior de la casa no tiene adornos. El fogón está formado por tres ó más grandes piedras, sobre las cuales colocan ollas de barro de forma particular. Contra las paredes hay una multitud de canastos, de formas y dimensiones distintas, en los cuales guardan la ropa; los collares y demás adornos están casi siempre colgados á la vista de todos. En varios puntos, tanto en la parte alta como en la baja del edificio, hay multitud de hamacas colgadas, pues allí nadie duerme en el suelo ni en cama. En el departamento de los hombres se ven algunos bancos de madera. Estos asientos labrados en un solo tronco, imitan la forma de algún animal; la tortuga sobre todo aparece á cada paso. Como es de suponerse, la escultura entre ellos está muy atrasada, y estas imágenes son demasiado imperfectas. También está allí un canasto grande que sirve de botiquín, formado por una verdadera colección de resinas, maderas, frutas, piedras, huesos de animales, dientes y colmillos, picos de aves, etc. Entre el empajado del techo van colocados los instrumentos de música, y suspendidos algunos picos de tucán, flores de cuipo y botellas con petróleo, manteca, etc. Cada indio tiene su escopeta y munición suficiente.

Para hacer una sementera empiezan por rozar, y luégo á las mujeres toca sembrar el grano, cuidar la plantación, coger el fruto, etc.

Cuando los hombres van á montear, y matan un jabalí ú otro animal pesado, lo descuartizan y disparan dos tiros seguidos; á

esta señal la mujer sale de su casa, y, mientras el esposo sigue con la escopeta, ella trae á espaldas ó colocados sobre sus hombros, en los extremos de un palo, los cuartos del animal.

Es trabajo exclusivo de las mujeres cuidar los hijos, ocuparse en la cocina, moler la caña y cargar la leña.

La base principal de la alimentación de los indios la componen el maíz y el plátano. Sus alimentos de predilección son :

La *olla podrida*, compuesta de carnes de animales de caza ó domésticos, con cuantas verduras se pueden procurar. Todo esto lo sirven en grandes fuentes, con un pedazo de sal en el medio, quedando así muy simples los bocados que se sacan de los bordes y demasiado salados los del centro. Todos los indios de una misma casa y los invitados comen en un mismo plato ;

El *mato* ó tamal que preparan moliendo el maíz verde, dejándole fermentar y cociéndole luégo envuelto en hojas. También le preparan sin dejar fermentar el grano ; entonces le llaman *mato de opa ;*

El *upe chaca*. Tuestan el maíz, le muelen y le someten á la ebullición con jugo de caña, le ponen en hojas y le dejan secar ;

El *cuatirre*. Muelen bien el maíz, le mezclan agua y lo cuelan, después lo ponen á hervir con cacao y lo dejan enfriar. Algunas veces reemplazan el maíz por el arroz ;

La *cuata*. El maíz molido y mezclado con agua hierve durante un día con jugo de caña. Al día siguiente lo beben ;

La *inna palo*. El maíz remojado y pelado es puesto á hervir con jugo de caña. Al retirarlo del fuego le agregan un tamal de maíz bien molido. Al rato le agregan otro tamal, á medida que lo van masticando, y lo toman sin fermentar ó fermentado, indistintamente. Cuando lo hacen de maíz nuevo le dan el nombre de *inna palo tutú*.

Hacen también tamales de maíz y plátano, que cargan en sus excursiones y que disuelven en el agua de algún torrente, cuando les acosa la sed, obteniendo así una bebida nutritiva, agradable y fresca. Las hojas en que van envueltos estos tamales deberán ser colgadas en alguna rama, pues si uno las bota, se considera esto de mal agüero.

Gustan mucho de la carne de marrano y de gallina, únicos animales domésticos que, con el perro, poseen los indios.

La gallina es en algunos casos como un sello de alianza. Un indio invita á algún compañero á almorzar. Cuando llega el momento de comer la gallina, le pasa un pedazo y toma él otro en la mano, lo prueba y lo pasa al compañero; si el otro hace lo mismo los dos individuos deberán contarse hasta sus más íntimos secretos. Si uno de ellos calla algo ó dice una mentira, la alianza se rompe y los dos indios no volverán á ser amigos nunca.

Decíamos que las mujeres preparan los alimentos y muelen la caña. Nada más primitivo que los trapiches improvisados, en que todos los días ve uno á las indias entregadas á un fuerte ejercicio. Cada casa tiene el suyo. Consisten éstos en una viga gruesa y sólida, tendida horizontalmente á unos cincuenta centímetros del suelo, y fijada en uno de sus extremos en el ancho hueco abierto en el tronco de un árbol, y descansando el otro sobre una gruesa estaca. Un madero más largo que éste, fuerte y flexible, viene colocado encima con un extremo fijo en el mismo hueco del árbol y el otro libre. Una india coloca la caña entre los dos troncos horizontales, y tres ó cuatro se sientan en el extremo libre del palo superior, y allí se entregan á un ejercicio constante de subir y bajar. Cuando el palo sube, la india que tiene la caña la empuja, al bajar el palo queda la caña comprimida por el peso de las otras indias y suelta su jugo. En este ingenioso pero incompleto trapiche se pierde mucho del jugo de la caña.

Los indios cunas son poco industriosos y sólo fabrican productos de primera necesidad, como son: piraguas, ollas, canastos, armas, hamacas y adornos.

Cuando encuentran un árbol bastante corpulento y de madera propia para la navegación, le derriban, y en el mismo punto le labran en forma de piragua. De allí, ayudados por sus compañeros, la botan al río, haciéndola rodar por sobre maderos cilíndricos. Sus embarcaciones son generalmente hechas con perfección.

Fuera de las escopetas, que compran en Pinogana ó en la costa de San-Blas, usan arpones, arcos y flechas. Estas últimas las hacen con punta de macana labrada en forma de sierra, para la cacería de animales grandes, ó con punta de hierro para la pesca, y con punta de madera, labrada en forma de bola, para matar las aves sin despedazarlas.

Para hacer las hamacas usan de los mismos telares que describe Wafer en su viaje al Darién. Consisten éstos en un marco de madera en el cual atan los hilos verticales del tejido, una plancha pequeña ó lanzadera, y otra más pequeña para apretar unos contra otros los hilos que van colocados horizontalmente.

Los indios tienen sus curanderos especiales, sus cantores *(cantule)* y sus rezadores. Antiguamente los curanderos eran adivinos *(leles)*, Pero éstos han desaparecido. Cuando un indio enferma, sólo su mujer y sus hijos, el curandero y el rezador lo atienden; las demás personas de la familia y los amigos lo tratan con la mayor indiferencia. Si la naturaleza del indio es bastante fuerte para resistir á las enfermedades, no lo es suficientemente para no ceder ante la energía de los remedios. Al enfermo de fiebre, por ejemplo, desde que siente moli-

miento en el cuerpo, lo acuestan en una hamaca, bien envuelto en telas de algodón y debajo colocan un olla grande llena de agua. Calientan tres piedras al rojo vivo y las echan adentro, la ebullición se produce, y el indio bien arropado recibe sobre su espalda el vapor de agua y principia á sudar; en ese momento dos indios cogen la hamaca, se dirigen al río y le dan bruscamente un baño frío. Lo secan y lo acuestan en otra hamaca.

Cuando el enfermo está muy grave llaman al rezador, el cual lleva una multitud de ídolos pequeños de madera que coloca al rededor de la cama del moribundo, en las paredes de la casa, suspendidos al techo, en una palabra, por todos lados. Ahí pasa la noche, recitando oraciones en voz alta y gritando para arrojar fuera los malos espíritus.

Si la enfermedad es contagiosa, le abandonan en un rancho, fuera de la población.

Muerto un individuo, lo lavan y lo visten. Luégo lo envuelven en una sábana y lo colocan en su hamaca, debajo de la cual ponen el machete, la escopeta y las flechas y una canoa pequeña, de madera, que le servirá para atravesar el espacio que separa la tierra del mundo de los espíritus. Dos palos labrados, con escalones, descansan en el suelo y están apoyados en los dos extremos de la hamaca; éstos sirven al alma para subir á su lecho y bajar de él. Las alhajas y otros objetos de su uso van colocados sobre el pecho. Matan en ese día todas las gallinas del difunto y después de preparadas van debajo de la hamaca á acompañar la canoa. Por la noche velan el cadáver. Cuatro individuos se colocan en los extremos de la hamaca; dos de ellos tienen en su mano una totuma que pasan por encima del cuerpo los que están de pie, enfrente, diagonalmente, preguntando *napre cope?* (está buena?) Después de beber la pasan á los compañeros y éstos á la concurrencia. Avanzada la noche, comen las gallinas que estaban en la canoa. Al día siguiente amarran la hamaca, tal como está, en los extremos de un palo largo que llevan los deudos á hombros; los acompañan los amigos del pueblo, cargando los canastos con la ropa y bienes del difunto. Si tenía escopeta van haciendo tiros hasta quemar toda la pólvora que dejó al morir. Salen del poblado y llegan al punto designado para darle sepultura, la cual hacen siempre al pie de algún árbol corpulento. Suspenden en dos palos colocados en dos de los ángulos de un hoyo rectangular la hamaca con el cadáver, debajo ponen las armas, canastos y bienes y en una alacena pequeña una luz. Cubren con tablas el hoyo, y encima echan tierra. Luégo los parientes ponen sobre su sepultura algunos alimentos, que reemplazan todos los días hasta que el olvido haya traído la indiferencia. Estos alimentos desaparecen siempre, como es natural, pues no faltan perros ó animales

del monte que vengan por la noche á devorarlos. Los indios creen que el espíritu del muerto es el que viene allí á hacer sus cenas nocturnas.

Sepulcros semejantes á éstos encontraron los españoles en el Sinú. En el Darién se han hallado féretros de piedra labrada.

Viniendo de Tapalisa me mostraron los indios un cementerio abandonado en el monte, en donde me dijeron habían sepultado durante muchos años á sus ascendientes con sus bienes.

El idioma cuna es de una monotonía desapacible, y, sobre todo, muy pobre. Cuando dicen la cosa más insignificante, necesitan repetirla tres ó más veces, dándole formas distintas hasta que el interlocutor repita exactamente la idea del compañero y le demuestre que ha comprendido. En sus discusiones proceden por alegoría y comparación.

Dos indios se encuentran, se saludan y el de más edad hace al menor una serie de preguntas que el otro deberá repetir antes de contestar; si se equivoca ó pasa por alto alguna de ellas, el primero vuelve á repetirlas y el segundo debe contestar á todas ellas, pronunciando muy aprisa las primeras palabras de cada frase y apoyando ó aun cantando las últimas.

Cuentan por decenas, como sigue:

| | | | |
|---|---|---|---|
| Uno | —*cuenchacua* | Seis | —*nercua.* |
| Dos | —*pocua* | Siete | —*cúgule.* |
| Tres | —*pacua* | Ocho | —*pávaca.* |
| Cuatro | —*paquegua* | Nueve | —*paquepaue.* |
| Cinco | —*atale* | Diez | —*ampegui.* |

Al decir *ampegui*, extienden bien los dedos de las manos y siguen acompañando la palabra con la mímica.

Once—*ampegui cuenchacua* (diez–uno).

Doce—*ampegui pocua* (diez–dos).

Abren siempre los diez dedos y luégo los cierran todos menos uno, si dicen once; menos dos, si dicen doce, etc.

Veinte—*tulacuena;* al pronunciar esta palabra colocan los dedos de las manos sobre los de los pies y siguen contando, *tulacuena cuenchacua* (veinte–uno), etc., haciendo el mismo movimiento y luégo cerrrando los dedos de las manos, menos uno, etc.

Treinta—*tula cuena cacampegui* (veinte más diez). Abren los dedos primero al aire y luégo los colocan sobre los de los pies y siguen como atrás: *tula cuena cacampegui cuenchacua* (veinte más diez–uno).

Cuarenta—*tula pocua* (veinte–dos), colocando dos veces los dedos de las manos sobre los pies, etc.

Cincuenta—*tula pocua cacampegui* (veinte–dos, más diez).

Sesenta—*tala pocua* (veinte–tres).

# ÍNDICE

DE LAS PRINCIPALES OBRAS DE QUE HEMOS TOMADO DATOS PARA ESCRIBIR EL ESTUDIO SOBRE LOS BUCANEROS.

---

José Exquemelin, *Piratas de América*. Madrid, 1743.

William Dampier, *Voyages round the world.*

Captain Sharp, *Journal of his expedition into the South sea.*

Lionel Wafer, *A new voyage and description of the Isthmus of America.*

N. Davis, *Expedition to the gold mines.*

Estas cuatro relaciones están publicadas en la obra en cuatro tomos intitulada: *A collection of Voyages*. London, 1729.

B. Ringrose, *The history of the Bucaniers of America.*

Raveneau de Lussan, *Journal du voyage fait à la mer du Sud avec les flibustiers de l'Amérique en* 1684–1688.

James Burney, *History of the Buccaneers of America.* London, 1816.

Esta es la mejor historia de los bucaneros que se ha escrito. Es un libro erudito y lleno de noticias interesantes. Es muy superior á la *Historia de los Filibusteros* del alemán Archenholtz.

Hubert H. Bancroft, *History of Central America*. San-Francisco, 1882–1887.

P. Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue.*

Patrick Browne, *The civil and natural History of Jamaica*. London, 1789.

John Cockburn, *A journey over land from the gulph of Honduras to the great South Sea*. London, 1779.

Doctor Cullen, *Isthmus of Darien ship Canal*. 1853.

D. Andrés de Ariza, *Comentos de la rica y fertilísima Provincia del Darién*. 1774.

D. Fernando de Guzmán y D. José Martínez Carrillo (Procuradores generales de Panamá). *Memorial á Su Magestad*. Madrid, 1689.

D. Dionisio de Alcedo y Herrera, *Aviso histórico, político y geográfico con las noticias más particulares del Perú, Tierra-Firme, Chile y Nuevo Reino de Granada*. Madrid, 1740.

Las singulares aventuras de los bucaneros han servido de tema para muchas novelas. Las más conocidas son: Paul Duplessis, *Les Boucaniers;* Landelle, *Les Flibustiers;* Emmanuel González, *Les Frères de la Côte, etc.*

